Ignacio Ramonet

Guerras del siglo XXI

Nuevos miedos, nuevas amenazas

Lectulandia

En *Guerras del siglo XXI* Ignacio Ramonet expone de manera contundente las preguntas clave que debemos hacernos en el inicio de este siglo XXI y presenta un retrato del nuevo rostro del mundo tras los atentados del 11 de septiembre, la ofensiva de Estados Unidos contra el terrorismo internacional, el recrudecimiento del conflicto israelí-palestino en Oriente Próximo y el ascenso de la ultraderecha en el paisaje electoral europeo.

Este nuevo orden mundial viene condicionado por otro fenómeno central, la globalización, que ha iniciado en la Tierra otra era de conquistas cuyos protagonistas no son en esta ocasión estados colonizadores sino empresas y multinacionales privadas dispuestas a dominar el planeta invadiendo mercados en lugar de países. Esta mercantilización del mundo se traduce en un formidable agravamiento de las desigualdades y en una destrucción impresionante de la naturaleza, a la cual se saquea para extraer beneficios.

Ante los efectos de la globalización económica, y los nuevos miedos y amenazas que acechan al mundo, los ciudadanos reclaman una serie de nuevos derechos colectivos que incluyen el derecho a la preservación de la naturaleza y a un medio ambiente no contaminado, a una ciudad humana, a una información no manipulada, a la paz y al desarrollo de los pueblos. No podemos contentarnos con un planeta donde un millardo de habitantes viven en la prosperidad y tres millardos en la más atroz de las miserias. Las sociedades civiles deben reclamar su protagonismo en las grandes negociaciones internacionales. Para cambiar este mundo hay que poder soñar un futuro diferente.

Lectulandia

Ignacio Ramonet

Guerras del siglo XXI

Nuevos miedos, nuevas amenazas

ePub r1.0
Titivillus 02.04.16

Título original: *Guerres du XXIe siècle*
Ignacio Ramonet, 2002
Traducción: José Antonio Soriano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi madre, luchadora social.
A mi padre, combatiente de la guerra de España.

ÍNDICE

[1]— EL NUEVO ROSTRO DEL MUNDO ⇒

[2]— 11 DE SEPTIEMBRE DE 2001. GUERRA MUNDIAL CONTRA EL TERRORISMO ⇒

[3]— ORIENTE PRÓXIMO. LA NUEVA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS ⇒

[4]— GLOBALIZACIÓN / ANTIGLOBALIZACÓN. GUERRA SOCIAL PLANETARIA ⇒

[5]— LA GUERRA DE KOSOVO Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL ⇒

[6]— EL ECOSISTEMA EN PELIGRO. NUEVOS MIEDOS, NUEVAS AMENAZAS ⇒

[7]— OTRO MUNDO ES POSIBLE ⇒

BIBLIOGRAFÍA ⇒

EL NUEVO ROSTRO DEL MUNDO

Un año después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, y tras la guerra contra la red terrorista al-Qaida y el régimen de los talibanes en Afganistán, ¿cuáles son las principales características geopolíticas del planeta en estos comienzos del siglo XXI?

Estados Unidos domina el mundo como ningún otro imperio lo ha hecho jamás. Su supremacía es aplastante en las cinco esferas tradicionales del poder: política, económica, militar, tecnológica y cultural. «En cierto modo, Estados Unidos es el primer Estado protomundial —opina un analista norteamericano—. Tiene la capacidad de liderar una versión moderna del imperio universal, un imperio espontáneo cuyos miembros se someten voluntariamente a su autoridad».[1]

Así pues, por primera vez en la historia de la humanidad, el mundo se encuentra dominado por una única hiperpotencia. Esta hiperpotencia ha exhibido en Afganistán su hegemonía imperial de tres maneras: aniquilando bajo las bombas en cuestión de semanas al régimen talibán y a la mayoría de las redes armadas de al-Qaida que lo sostenían; poniendo en pie una formidable coalición diplomática de apoyo a su acción de represalia (con la contribución, en particular, de Rusia y China) al tiempo que limitaba al mínimo la referencia a la Organización de las Naciones Unidas (ONU); y, por último, reclutando como simples tropas auxiliares a las antaño orgullosas fuerzas británicas, mientras mantenía a distancia a aliados solícitos pero prescindibles, como Francia, Alemania, España, Italia, Canadá o Japón.

No obstante, en esta nueva era, tal despliegue de poderío militar y diplomático resulta engañoso. En efecto, a pesar de su inmensa superioridad, Estados Unidos no se ha planteado ocupar y conquistar militarmente Afganistán (como intentaron hacerlo Inglaterra en el siglo XIX y la Unión Soviética en el XX), aunque la empresa no ofreciera ninguna dificultad técnica.[2] ¿Por qué? Porque, a diferencia de lo que ocurría en el siglo XIX y durante gran parte del XX, la supremacía militar ya no se traduce en conquistas territoriales. En la coyuntura actual, y consideradas a largo plazo, éstas resultan políticamente incontrolables, militarmente peligrosas, económicamente ruinosas y mediáticamente funestas, en un contexto que ha confirmado a los medios de comunicación como actores estratégicos de primer orden.[3]

La dinámica de la globalización

Otro fenómeno esencial: todos los estados se ven afectados por la dinámica de la globalización. En cierto modo, se trata de una segunda revolución capitalista. La globalización económica se extiende a los rincones más apartados del planeta soslayando tanto la independencia de los pueblos como la diversidad de los

regímenes políticos.

Tanto es así que la Tierra vive una nueva era de conquistas, como en la época de las colonizaciones. Pero si los principales actores de la anterior expansión conquistadora eran estados, esta vez quienes pretenden dominar el mundo son empresas privadas y conglomerados, grupos industriales y financieros. Los dueños de la Tierra nunca fueron tan pocos ni tan poderosos. Estos grupos están situados fundamentalmente en la tríada Estados Unidos-Unión Europea-Japón. La mitad de ellos tiene su base en Estados Unidos.

Esta concentración del capital y del poder se ha acelerado formidablemente durante los últimos veinte años, bajo el efecto de las revoluciones de las tecnologías de la información. El siglo XXI que comienza será testigo de un nuevo salto cualitativo impulsado por las modernas técnicas genéticas de manipulación de la vida. La privatización del genoma humano y la concesión generalizada de patentes sobre los procesos biológicos abren nuevas perspectivas de expansión al capitalismo. Se prepara una privatización a gran escala de todo lo que afecta a la vida y la naturaleza, que favorecerá la aparición de un poder probablemente más absoluto que cualquier otro que haya podido conocerse a lo largo de la Historia.

La globalización no aspira tanto a conquistar países como a ganar mercados. El objetivo de este poder moderno no es la anexión de territorios, como en las épocas de las grandes invasiones o en los períodos coloniales, sino el control de riquezas.

Esta conquista trae consigo destrucciones impresionantes, como atestigua la espectacular quiebra de Argentina en diciembre de 2001. Dicho país era el mejor exponente del modelo universal preconizado por el FMI, que intenta exportarlo a todo el planeta con dogmática tozudez. La caída de Argentina es al neoliberalismo lo que la caída del muro de Berlín fue al socialismo estatal: la evidencia del descrédito, la constatación del fracaso. En el resto del mundo, en todas las regiones, sectores industriales enteros se ven abocados al cierre con los sufrimientos sociales que de ello se deriva: paro masivo, subempleo, precariedad, exclusión… Dieciocho millones de parados en la Unión Europea, mil millones de desempleados y subempleados en el mundo… Sobreexplotación de los hombres, de las mujeres y, lo que es más escandaloso, de los niños: trescientos millones de menores la sufren en condiciones de extrema brutalidad.

La globalización es también el saqueo de la naturaleza, el pillaje planetario. Las grandes empresas privadas depredan el medio ambiente utilizando herramientas desmesuradas; esquilman las riquezas naturales, que son el bien común de la humanidad; y lo hacen sin escrúpulos y sin freno. Este fenómeno se añade a una criminalidad económica ligada al mundo financiero y a la gran banca, que reciclan sumas superiores al billón de euros por año, es decir, más que el producto nacional bruto (PNB) de un tercio de la humanidad.

Entidades caóticas ingobernables

La mercantilización generalizada se traduce en un formidable agravamiento de las desigualdades. Aunque la producción mundial de alimentos básicos equivale a más del 110% de las necesidades del planeta, treinta millones de personas siguen muriendo de hambre cada año y más de ochocientos millones sufren malnutrición.

En 1960, el 20% de los más ricos de la población mundial tenía unas rentas treinta veces superiores a las del 20% de los más pobres. Era una situación escandalosa, pero, lejos de mejorar, ha seguido agravándose: en la actualidad, las rentas de los ricos son, no treinta, sino ochenta y dos veces superiores a las de los pobres… De los seis mil millones de habitantes del planeta, apenas quinientos millones viven desahogadamente, mientras que cinco mil quinientos subsisten en condiciones precarias. El mundo ha perdido el rumbo.

Las estructuras estatales, al igual que las estructuras sociales tradicionales, son barridas de forma desastrosa. En mayor o menor medida pero de forma generalizada, en los países del Sur y del Este, el Estado se desmorona. La autoridades se retiran o son expulsadas de los territorios periféricos, que se convierten en auténticas zonas sin ley. En Pakistán, en el Cáucaso, en Argelia, en Somalia, en Sudán, en el Congo, en Colombia, en Filipinas o en Sri Lanka, se desarrollan entidades caóticas e ingobernables que se sustraen a cualquier forma de legalidad y vuelven a un estado de barbarie. La fuerza prevalece sobre el derecho, y sólo los grupos violentos se muestran capaces de imponer su ley sometiendo a las poblaciones.

Surgen nuevas amenazas: hiperterrorismo, fanatismos religiosos o étnicos, proliferación nuclear, crimen organizado, redes mafiosas, especulación financiera, quiebra de macroempresas (Enron), corrupción a gran escala, extensión de nuevas pandemias (sida, virus Ebola, enfermedad de Creutzfeld-Jakob…), desastres ecológicos, efecto invernadero, desertización, etcétera.

Paradójicamente, cuando la democracia y la libertad triunfan, en apariencia, en un planeta que se ha desembarazado de la mayoría de los peores regímenes dictatoriales, la censura y las manipulaciones retornan con renovada fuerza bajo diversos disfraces. Seductores «opios de las masas» proponen una especie de «mundo feliz», distraen a los ciudadanos e intentan apartarlos de la acción cívica y reivindicativa. En esta nueva era de la alienación, en la época de Internet, la World Culture, o «cultura global», y la comunicación planetaria, las tecnologías de la información desempeñan un papel ideológico fundamental para amordazar el pensamiento.

El estallido del mundo

Todos estos cambios estructurales y conceptuales, iniciados hace una década, han producido un auténtico estallido del mundo. Conceptos geopolíticos fundamentales

como Estado, poder, soberanía, independencia, frontera o democracia han adquirido significados totalmente nuevos. Hasta tal punto que, si observamos el funcionamiento real de la vida internacional, no podemos dejar de constatar que sus actores han cambiado.

A escala planetaria, los tres protagonistas principales (que, bajo el Antiguo Régimen monárquico, eran la nobleza, el clero y el estado llano), son actualmente: 1) las asociaciones de estados: Aleña (Estados Unidos, Canadá y México), Unión Europea, Mercosur, Asean, etc.; 2) las empresas globales y los grandes grupos mediáticos o financieros, y 3) las organizaciones no gubernamentales (ONG) de dimensión mundial (Greenpeace, Amnistía Internacional, Attac, Human Rights Watch, World Wide Life, etc.).

Estos tres nuevos actores operan en un marco planetario fijado no tanto por la Organización de las Naciones Unidas, como —signo de los tiempos— por la Organización Mundial del Comercio (OMC), nuevo árbitro global.

El voto democrático del conjunto de los ciudadanos tiene muy poco peso en el funcionamiento interno de estos tres nuevos actores. Esta gran mutación del mundo, que vacía de contenido a la democracia, se ha consumado sin que nadie lo advirtiera, ni siquiera los propios responsables políticos.

Actuar contra la globalización liberal

En efecto, todos estos cambios, rápidos y brutales, desestabilizan a los dirigentes políticos. En su mayoría, se sienten desbordados por una globalización que modifica las reglas del juego y los reduce, siquiera parcialmente, a la impotencia. Porque los verdaderos dueños del mundo no son aquellos que ostentan las apariencias del poder político.

Ésta es la razón de que los ciudadanos multipliquen las acciones y las movilizaciones contra los nuevos poderes, como pudo verse en diciembre de 1999, con motivo de la cumbre de la OMC en Seattle, y más tarde en Praga, Davos, Niza, Quebec, Genova y Barcelona. Están convencidos de que, en el fondo, el objetivo de la globalización liberal, en el milenio que acabamos de iniciar, es la destrucción de lo colectivo, la apropiación de las esferas pública y social por parte del mercado y el sector privado. Y están decididos a oponerse.

Otra evidencia: en la era del neoliberalismo, la supremacía geopolítica y el ejercicio de la hiperpotencia distan de garantizar un nivel de desarrollo humano satisfactorio a todos los ciudadanos. Entre los habitantes de un país tan rico como Estados Unidos, por ejemplo, hay treinta y dos millones de personas cuya esperanza de vida es inferior a sesenta años; cuarenta millones sin cobertura médica; cuarenta y cinco millones viviendo por debajo del umbral de la pobreza, y cincuenta y dos millones de analfabetos funcionales… De modo similar, en el seno de la opulenta

Unión Europea, en el momento del nacimiento del euro, tenemos cincuenta millones de pobres y dieciocho millones de desempleados…

A nivel mundial, la pobreza sigue siendo la regla y el bienestar, la excepción. Las desigualdades se han convertido en una de las características estructurales de nuestro tiempo. Y siguen agravándose y alejando a los ricos de los pobres cada vez más. Las doscientas veinticinco mayores fortunas del mundo representan un total de más de un billón de euros, o el equivalente a los ingresos anuales del 47% de las personas más pobres de la población mundial (¡dos mil quinientos millones de seres humanos!). Hoy por hoy, hay particulares más ricos que muchos estados: el patrimonio de las quince personas más ricas del planeta supera el producto interior bruto (PIB)[4] total del conjunto de los países del África subsahariana…

Dominadores y dominados

¿Quién domina el mundo en este umbral del siglo XXI? Puede afirmarse que las riendas del planeta están en manos de un doble triunvirato, que actúa como una especie de ejecutivo mundial. En el plano geopolítico y militar, el triunvirato está constituido por Estados Unidos, el Reino Unido y Francia. En el económico, financiero y comercial, por Estados Unidos, Alemania y Japón. En ambos casos, Estados Unidos ocupa una posición hiperdominante.

El número de estados del planeta, que a comienzos del siglo XX eran apenas una cuarentena, ha ido aumentando hasta aproximarse a los dos centenares. La proliferación de estados ha sido una de las grandes características del siglo XX. Pero, en el plano geopolítico, el mundo sigue dominado por el pequeño grupo de estados (Reino Unido, Francia, Alemania, Japón y Estados Unidos) que lo dirigía a finales del siglo XIX. Entre las decenas de países surgidos del desmantelamiento de los grandes imperios coloniales británico, francés, español, holandés, portugués y belga, apenas tres (Corea del Sur, Singapur y Taiwán) han alcanzado un nivel de progreso suficiente para permitirles acceder a la categoría de países desarrollados. Los demás siguen estancados en un subdesarrollo crónico y en una pobreza aparentemente eterna.

Salir de esa situación les será tanto más difícil cuanto que el precio de las materias primas (incluidos los hidrocarburos), de cuya venta depende esencialmente su economía, experimenta una imparable caída, dado que los grandes países desarrollados, además de no querer pagar las materias primas a su justo precio, han reducido considerablemente el uso de buen número de productos básicos (metales, fibras, comestibles), cuando no los han reemplazado por productos sintéticos. En Japón, por ejemplo, cada unidad de producción industrial ha reducido su consumo de materias primas en casi un 40% respecto a 1973.

A medida que avance el siglo XXI, la nueva riqueza de las naciones se basará cada vez más en la materia gris, el saber, la información, la investigación y la capacidad de innovar, y no en la producción de materias primas. A este respecto, no es exagerado afirmar que, en esta era postindustrial, los tres factores tradicionales del poder —extensión del territorio, importancia demográfica y abundancia de materias primas— han dejado de constituir atributos envidiables para convertirse, paradójicamente, en graves desventajas.

Los estados muy extensos, muy poblados y muy ricos en materias primas —Rusia, India, China, Brasil, Nigeria, Indonesia, Pakistán, México…— figuran entre los más pobres del planeta. La excepción de Estados Unidos confirma la regla.

En el extremo opuesto, en nuestra época de globalización financiera, microestados sin apenas territorio, con muy poca población y ninguna materia prima —Monaco, Liechtenstein, Gibraltar, las islas Caimán, Singapur…—, tienen algunas de las rentas per cápita más altas del mundo.

Caos generalizado

El área del caos generalizado se amplía de forma constante, englobando y atrayendo a un número creciente de estados cuyo sistema económico se halla definitivamente estancado, y sumiendo a un número creciente de países en la violencia endémica. Desde 1989, año que vio el fin de la guerra fría, se han producido más de sesenta conflictos armados, con un saldo de centenares de miles de muertos y más de diecisiete millones de refugiados. En la actualidad, en muchos lugares del planeta la vida cotidiana es sencillamente infernal. No es de extrañar que un número creciente de personas, en especial los más jóvenes, quiera huir del caos y la violencia e intente emigrar a toda costa hacia zonas desarrolladas y pacificadas de Europa occidental y América del Norte.

En muchos países pobres del Sur, el Estado ha fracasado, ha sido incapaz de garantizar la paz, el desarrollo y la seguridad a sus ciudadanos. Y éstos se han visto obligados a emigrar masivamente. Cerca de ciento veinte mil marroquíes, por ejemplo, emigran cada año, la mayoría de ellos clandestinamente. Seis millones de marroquíes, de los treinta que tiene Marruecos, viven ya en el extranjero, es decir, un habitante de cada cinco… Es una proporción muy superior a la que conocieron, en los siglos XIX y XX, los grandes países de emigración europeos, como Irlanda, Italia, Polonia, Portugal y España. Se ha dado el hecho de que los habitantes de determinados países del Sur renieguen de la lucha de sus mayores por la independencia y reclamen el retorno de la potencia colonial (en las Islas Comores), o incluso la pura y simple absorción por la metrópolis dominante (en Puerto Rico). En tanto que entidad política, el Tercer Mundo ha dejado de existir.

Son otros tantos síntomas de la crisis del Estado-nación y de la política, en un

momento en que la segunda revolución capitalista, la globalización de la economía y las mutaciones tecnológicas están transformando el panorama geopolítico. En un momento en el que, por añadidura, el número de macroempresas cuyo peso supera a menudo al de los estados se multiplica a golpe de fusiones y de concentraciones. El volumen de negocio de General Motors es superior al PIB de Dinamarca; el de Exxon Mobil excede al PIB de Austria. Cada una de las cien empresas globales más importantes del mundo vende más de lo que exporta cualquiera de los ciento veinte países más pobres. Estas macroempresas globales controlan el 70% del comercio mundial.

Sus dirigentes, como los de los grandes grupos financieros y mediáticos, ocupan la realidad del poder y, por el intermedio de sus poderosos lobbies, influyen con todo su peso sobre las decisiones políticas de los gobiernos legítimos y los parlamentos elegidos. En definitiva, secuestran la democracia en su provecho.

Necesidad de contrapoderes

Los contrapoderes tradicionales (partidos, sindicatos, prensa libre), más necesarios que nunca, parecen poco operantes. Y los ciudadanos se preguntan qué audaces iniciativas restablecerán el contrato social frente al contrato privado en este siglo XXI. Recuerdan que, en octubre de 1917, a la revolución bolchevique le bastaron diez días para «convulsionar el mundo». Y que, por primera vez, la apisonadora del capitalismo tuvo que detenerse prolongadamente.

El ímpetu del capitalismo se había beneficiado del impulso de las aportaciones de grandes teóricos (Adam Smith, David Ricardo), de decisivos avances tecnológicos (máquina de vapor, ferrocarril) y de importantes transformaciones geopolíticas (consolidación del Imperio británico, unificación de Alemania, emergencia de Estados Unidos). La conjunción de todos estos factores produjo la primera revolución capitalista. Pero, al mismo tiempo, esta expansión aplastaba a los mismos trabajadores cuyo esfuerzo creaba la riqueza en las nuevas fábricas, como atestiguaron, en novelas estremecedoras, Charles Dickens, Émile Zola o Jack London.

¿Cómo obtener provecho colectivo de la formidable riqueza producida por la industrialización, evitando al mismo tiempo la aniquilación social de los humildes? Ésta es la pregunta a la que respondería Karl Marx en su obra fundamental, El capital (1867). Y habrá que esperar otros cincuenta años para que un genial estratega político llamado Lenin consiga conquistar el poder en Rusia a la cabeza de los bolcheviques y funde la Unión Soviética con la esperanza mesiánica de liberar a los «proletarios de todo el mundo».

Segunda revolución capitalista

Ochenta años después, la Unión Soviética se ha ido a pique y el mundo experimenta otra gran mutación, que he dado en llamar la «segunda revolución capitalista». Como la primera, es el resultado de la convergencia de un haz de transformaciones sobrevenidas en tres campos.

En primer lugar, en el ámbito tecnológico. La informatización de todos los sectores de actividades y la revolución digital (sonidos, textos e imágenes transmitidos a la velocidad de la luz mediante un código único) han permitido la realización de las autopistas de la información y llevan aparejados cambios revolucionarios en el trabajo, la economía, las comunicaciones, la educación, la creación, el ocio, etc.

En segundo lugar, en el ámbito económico. Las nuevas tecnologías favorecen la expansión de la esfera financiera y estimulan las actividades que poseen cuatro cualidades fundamentales: globalidad, permanencia, inmediatez e inmaterialidad. El *big bang* de las bolsas y la desreglamentación, impulsados en los años ochenta por Margaret Thatcher y Ronald Reagan, han favorecido la globalización de la economía, que constituye la dinámica fundamental de este inicio de siglo y a cuya influencia ningún país puede sustraerse.

En tercer lugar, en el ámbito sociológico. Las dos transformaciones antedichas hacen tabla rasa de las prerrogativas tradicionales del Estado-nación e invalidan cierta concepción de la representación política y del poder. Éste, antaño jerárquico, vertical y autoritario, tiende hoy a adoptar una estructura reticular, horizontal y —gracias a la manipulación de las conciencias que facilitan los grandes medios de masas— consensual.

Desorientadas, las sociedades se lanzan a una búsqueda desesperada de sentido y de modelos, pues estos tres grandes cambios se producen simultáneamente, lo que acentúa el efecto de choque.

Comunicación y mercado

Al mismo tiempo, dos de los pilares sobre los que descansaban las democracias modernas —el progreso y la cohesión social— son reemplazados por otros dos —la comunicación y el mercado— que desvirtúan su naturaleza.

La comunicación, convertida en la primera superstición del tiempo presente, se nos ofrece como un medio capaz de regularlo todo, incluidos los conflictos interpersonales, tanto en el seno de la familia como en el de la escuela, la empresa, la fábrica o el Estado. Es la pacificadora universal. Sin embargo, cabe temer que su misma abundancia origine una nueva forma de alienación y que sus excesos, en lugar de liberar las conciencias, acaben aprisionándolas.[5]

En la actualidad, el mercado tiende a gestionar, a reglamentar todas las actividades humanas. Antaño, ciertos ámbitos —la cultura, el deporte, la religión— se mantenían fuera de su alcance. Ahora, son absorbidos por la esfera del mercado. Los gobiernos le ceden terreno de forma gradual y le abandonan actividades del sector público (electricidad, ferrocarriles, correos, enseñanza, etc.) mediante las privatizaciones. Sin embargo, el mercado sigue siendo el principal enemigo de la cohesión social (y de la cohesión mundial), pues su lógica sólo concibe una sociedad dividida en dos grupos: los solventes y los insolventes. Estos últimos, que ni producen ni consumen, no le interesan en absoluto; están, por decirlo así, fuera de juego. Por naturaleza, el mercado es un productor de desigualdades, lo que no le impide exhibir una arrogancia pasmosa.

Basta como muestra la siguiente anécdota: hace algún tiempo, un mismo anuncio empapelaba los pasillos de decenas de aeropuertos de toda Europa; imitando el estilo gráfico de las imágenes de la revolución cultural china, representaba una fila de manifestantes que avanzaban sonrientes a la cabeza de una marcha, enarbolando estandartes multicolores agitados por el viento y gritando: «¡Capitalistas de todo el mundo, unios!».

Se trataba de un anuncio publicitario de Forbes, la revista estadounidense de los millonarios. Parodiar el celebérrimo eslogan comunista («¡Proletarios de todo el mundo, unios!») era para esta revista una forma irónica de celebrar los ciento cincuenta años de la aparición del Manifiesto del partido comunista de Karl Marx y Friedrich Engels (dos jóvenes: Marx tenía treinta años y Engels, veintiocho), así como el de la revolución de 1848 (que impuso el sufragio universal masculino y la abolición de la esclavitud) y la revuelta de mayo del 68…

Era también una forma de afirmar, sin temor a recibir un mentís (los carteles no estaban ni rasgados ni emborronados), dos cosas: el comunismo ya no inspira miedo; el capitalismo ha pasado a la ofensiva. ¿Cómo explicar esta nueva arrogancia del capital?

Una ilusión destruida

Empezó tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética, en un contexto de estupor político que manifestaba el duelo por la destrucción de una ilusión. Las súbitas revelaciones de todas las consecuencias de decenios de estatalización en el Este habían conmocionado y sacudido las conciencias. El sistema sin libertades ni economía de mercado mostró toda su trágica absurdidad y su corolario de injusticias. En cierto modo, el pensamiento socialista se derrumbó entonces de forma duradera. Lo mismo que el paradigma del progreso como ideología que aspiraba a la planificación absoluta del futuro y a la programación matemática de la felicidad.

En el seno de la izquierda tomaron cuerpo cuatro convicciones nuevas que condicionaban la esperanza de transformar radicalmente la sociedad: ningún país puede desarrollarse seriamente sin economía de mercado; la estatalización sistemática de los medios de producción y de intercambio provoca despilfarros y penuria; la austeridad al servicio de la igualdad no constituye en sí misma un programa de gobierno; la libertad de pensamiento y de expresión tiene como condición necesaria cierto grado de libertad económica.

El fracaso del comunismo y el repliegue del socialismo han provocado, de rebote, el desmantelamiento ideológico de la derecha tradicional (cuya única base doctrinal, como ha podido verse, era el anticomunismo) y han consagrado como gran vencedor del enfrentamiento Este-Oeste al neoliberalismo. Éste, que había visto frenada su dinámica a principios del siglo XX, ha asistido a la desaparición de sus principales adversarios y se despliega hoy a escala planetaria con duplicada energía. Sueña con imponer su visión del mundo, su propia utopía, en tanto que pensamiento único, a la Tierra entera.

Esta empresa de conquista se llama «globalización». Es el resultado de la interdependencia cada vez más estrecha de las economías de todos los países, ligada a la libertad absoluta de circulación de capitales, a la supresión de las barreras arancelarias y las reglamentaciones y a la intensificación del comercio y del libre cambio, propugnada por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE) y la OMC.

Entre la economía financiera y la economía real se ha establecido una desconexión. Del casi billón y medio de euros que representan las transacciones financieras diarias a escala mundial, sólo un 1% se dedica a la creación de nuevas riquezas. El resto es de naturaleza especulativa.

Este espectacular auge del neoliberalismo trae consigo, incluso en los países más desarrollados, una significativa reducción del papel de los actores públicos, empezando por los parlamentos, la depredación ecológica, la acentuación de las desigualdades y un sensible repunte de la pobreza y el paro, así como de sus consecuencias sociales: la explosión de la violencia, la delincuencia y la inseguridad. Todo ello representa la negación del Estado moderno y de la ciudadanía.

Tecnociencias y sociedad

Asistimos igualmente a una desvinculación radical entre la evolución de las nuevas tecnologías, por un lado, y la noción de progreso de la sociedad por el otro. Los avances experimentados por la biología molecular desde comienzos de los años sesenta, combinados con la potencia de cálculo que proporciona actualmente la informática, han hecho añicos la estabilidad general del sistema técnico, cuyo control plantea dificultades cada vez mayores a los poderes públicos. Resultado: los

responsables políticos se muestran incapaces de calibrar las amenazas que esta aceleración de las tecno-ciencias entraña para el porvenir de la humanidad.[6] Una vez más, las decisiones capitales han sido tomadas por expertos no elegidos, que no han consultado a los ciudadanos y que, desde la sombra, han dictado las decisiones gubernamentales.

El porvenir de la humanidad

Visto de lejos, el planeta Tierra seduce por su hermoso color azul, salpicado por el blanco algodonoso de las nubes, y por la impresión de riqueza y opulencia que desprende. Una vegetación lujuriante, una flora exuberante y una fauna abundante. Durante milenios, esta naturaleza generosa, paradisíaca, ubérrima, ha prevalecido como dueña y señora. Desde su aparición sobre el planeta, el hombre se ha nutrido en el seno de la madre Naturaleza, con la que ha vivido en simbiosis durante siglos.

Pero desde la segunda mitad del siglo XIX y la revolución industrial, en nombre del progreso y el desarrollo, el hombre parece empeñado en la destrucción sistemática del medio natural. Las tierras, las aguas y la atmósfera del planeta han sido y son víctimas de devastaciones y pillajes de toda especie. Urbanización galopante, deforestación tropical, contaminación de mares y ríos, calentamiento del clima, empobrecimiento de la capa de ozono, lluvias ácidas… Hoy en día, la contaminación produce efectos que ponen en peligro el futuro de nuestro planeta.

Por añadidura, el ser humano posee en la actualidad el poder de modificarse genéticamente. La aventura científica se acelera y permite entrever el momento en que la clonación de la especie humana será una opción razonable para algunos. Y eso cuando aún no se han fijado, ni a escala internacional ni a escala nacional, los límites que no deben franquearse. En la primavera de 1997, el caso de Dolly, la oveja clonada, que ya ha alcanzado la edad adulta, proporcionó la prueba definitiva a quienes aún lo dudaban.

Por otra parte, la llegada al mercado europeo de productos como el maíz o la soja genéticamente manipulados plantea numerosos interrogantes sobre posibles riesgos: ¿por quién han sido desarrollados los organismos genéticamente modificados (OGM), y con qué fin? ¿Era realmente necesario? ¿Era sensato?

En el año 2003, la mitad de la población mundial podría enfrentarse a una grave escasez de agua potable. En 2010, la capa forestal del globo habrá disminuido más de un 40% respecto a 1990. En 2025, la población mundial podría oscilar entre los siete mil quinientos y los nueve mil quinientos millones de habitantes frente a los seis mil millones actuales. En 2040, la acumulación de gases que producen el efecto invernadero podría haber ocasionado un aumento de entre uno y dos grados centígrados de la temperatura media del planeta y una elevación del nivel de los océanos de entre 0,2 y 1,5 metros.

Tanto los países industrializados —cuya prosperidad se basa en buena medida en el productivismo excesivo y la sobreexplotación del entorno—, como los países en vías de desarrollo, deben apresurarse a dar respuesta a las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer las suyas.

Desastres ecológicos

¿Cuáles son los principales retos a los que se enfrenta la humanidad en estos comienzos del sigloXXI? Evitar las derivas de una ciencia convertida en gran medida en tecnociencia y cada vez más próxima al mercado; reducir la contaminación y luchar contra el cambio climático global; proteger la biodiversidad y frenar el agotamiento de los recursos; atajar la erosión de los suelos y la desertización; hallar el modo de alimentar de ocho a diez mil millones de seres humanos.

El productivismo a ultranza es el primer responsable del actual saqueo de los recursos naturales. La proliferación de los desastres ecológicos y los problemas que ocasionan preocupan cada vez más a todos los ciudadanos del mundo. La desaparición de numerosas especies de la fauna y la flora crea inquietantes desequilibrios. Proteger la biodiversidad, preservar la variedad de la vida mediante un desarrollo sostenible, se ha convertido en un imperativo. El problema de la protección del medio ambiente plantea la cuestión de la supervivencia de la especie humana.

La degradación del entorno tiene consecuencias a largo plazo y sus efectos pueden ser irreversibles. Un ejemplo: habrán de pasar siglos, si no milenios, para que determinados residuos nucleares pierdan su radioactividad. El planeta se desmorona bajo los desechos. A escala mundial, cada año se generan más de dos mil millones de toneladas de residuos industriales sólidos y cerca de trescientos cincuenta millones de toneladas de detritos peligrosos, a los que hay que añadir las siete mil toneladas de productos nucleares con las que seguimos sin saber qué hacer. Los países de la OCDE, o sea los más ricos del mundo, son responsables del 90% de la producción de estos peligrosos residuos.

La preocupación por la salvaguarda de la naturaleza se remonta a tiempos muy lejanos: a los escritos de los agrónomos latinos sobre la preservación de los suelos y a las primeras reglamentaciones —del siglo XIX d. C.— destinadas a prevenir la despoblación forestal a causa de la expansión demográfica. Pero hubo que esperar hasta comienzos del siglo XX para que el pensamiento ecológico tomara cuerpo.

En 1910, el químico sueco Svante Arrhenius formula por primera vez la hipótesis de un calentamiento climático planetario ligado a la acumulación progresiva de gases industriales en la atmósfera. Precursores como el biólogo Vladimir Vernadsky, en 1926, y más tarde, en los años 1950, el economista Kenneth Boulding, se interesan por el impacto de las actividades humanas sobre el medio ambiente.

A partir de 1970, la opinión pública empezó a preocuparse por las consecuencias

que podría acarrear a largo plazo una rápida expansión económica y demográfica. Obras como *Sólo tenemos una tierra* (B. Ward, 1964) y el informe del Club de Roma Alto al crecimiento, de 1972, alimentaron el temor a una catástrofe ecológica de grandes proporciones causada por la superpoblación, la contaminación y el agotamiento de los recursos naturales.

La conferencia de Estocolmo de 1972 y, más tarde, la World Conservation Strategy (UICN, 1980) intentaron definir las características de una modalidad de desarrollo sostenible y respetuoso con el medio ambiente. Tras un relativo eclipse durante los años de la crisis, el tema del «desarrollo sostenible» o «ecodesarrollo» volvió al primer plano de la actualidad en 1987 con la publicación del informe de la ONU Our Common Future («Nuestro futuro común»).

La escasez de agua potable

En el siglo XVI había cuatrocientos cincuenta millones de individuos sobre la Tierra. En 1900, mil quinientos millones, y mil millones más en 1950. Hoy, la población mundial crece a un ritmo sin precedentes. Nuestro planeta alberga seis mil trescientos millones de individuos. No obstante, cabe prever que esta cifra se estabilice en torno a los diez mil millones hacia 2050. En 2002, el 95% de los recién llegados al planeta nacían en los países menos desarrollados.

Si todos los habitantes de la Tierra gozáramos del nivel de vida de los suizos, el planeta apenas podría subvenir a las necesidades de seiscientos millones de personas. Si, por el contrario, aceptáramos vivir como los campesinos bengalies, los recursos disponibles serían suficientes para entre dieciocho y veinte mil millones de seres humanos. En el último decenio, cien millones de personas carecían de leña para cocinar dos comidas diarias, y en la actualidad mil quinientos millones de seres humanos viven bajo la inminente amenaza de la falta de leña para cocinar y calentarse. Se calcula que ochocientos millones de personas sufren de malnutrición.

La escasez de agua en el planeta resulta igual de inquietante. Irremediablemente, el agua será motivo de tensiones sociales y económicas que podrían llegar a convertirse en gravísimas y probablemente en guerras. África del Norte y Oriente Próximo son las regiones más afectadas. Según las proyecciones de los expertos, la disponibilidad de agua per cápita habrá disminuido un 80% en un período equivalente a la duración de una vida humana. Entre 1960 y 2025, habrá pasado de 3.450 metros cúbicos por persona a 667.

Las amenazas que pesan sobre las aguas dulces son múltiples. En primer lugar, el desvío de los ríos para la irrigación provoca la desecación de las regiones situadas en la parte inferior del cauce. Ésa es la razón de que, en los confines de Kazajistán y Uzbekistán, el mar de Aral, cuya superficie disminuyó un 40% entre 1960 y 1989, se transforme progresivamente en un desierto salado. En segundo lugar, la construcción

de presas y embalses, sea para la irrigación o la producción hidroeléctrica, anega regiones enteras, perturba las migraciones de los peces y puede provocar inundaciones río abajo. A su vez, éstas son causadas por la deforestación, que llena los ríos de tierra y troncos de madera. Debido a todos estos problemas, el control de los ríos se ha convertido en motivo de frecuentes conflictos entre los pueblos. Otro importante motivo de preocupación: los vertidos relacionados con la agricultura y la industria, así como con la falta de tratamiento de las aguas residuales. El Danubio, por poner un solo ejemplo, es víctima de numerosos atentados ecológicos, especialmente en Alemania, donde tiene su origen.

No carecemos de indicios para pensar que el agua lleva camino de convertirse en una riqueza escasa o un bien raro. Sin duda, las tensiones que suscita aquí y allí no son más que signos tempranos de conflictos más graves. El agua dulce constituye uno de los retos más evidentes del siglo XXI, a menos que en el próximo decenio se descubra un procedimiento poco costoso para desalinizar el agua del mar… Pero, aunque en un grado mucho menor, mares y océanos no tardarán en convertirse en retos del mismo orden. El agotamiento de la riqueza piscícola ya es fuente de múltiples fricciones, como las que se han producido recientemente entre España y Marruecos. En el futuro, la contaminación de determinados mares, entre los que no puede olvidarse el Mediterráneo, podría acabar enfrentando a los países ribereños.

La Cumbre de la Tierra celebrada en Rio de Janeiro en 1992 y la conferencia mundial sobre el clima celebrada en Berlín en abril de 1995 ratificaron la idea de que el mercado no está en condiciones de responder a las amenazas globales que pesan sobre el medio ambiente. Y el Protocolo de Kioto, firmado en noviembre de 1997, así como la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible celebrada en Johannesburgo, del 26 de agosto al 4 de septiembre de 2002, mostraron que el efecto invernadero podría tener consecuencias catastróficas a largo plazo. No es una certeza, pero, si esperamos a tener certezas científicas (o cuasi certezas), será demasiado tarde para actuar. Para entonces, puede que la elevación del nivel de los océanos ya haya causado daños irreparables y que la desertización de regiones enteras se haya consumado.

A causa de la desertización, todos los años desaparecen seis millones de hectáreas de tierras cultivables. En todo el mundo, la erosión, la sobreexplotación y el pastoreo excesivo merman la superficie de tierras fértiles a un ritmo acelerado. Como resultado, las zonas áridas y semiáridas se transforman en desiertos. La tierra no puede seguir alimentando a los habitantes de esas regiones. La fauna y la flora se empobrecen.

La muerte de los bosques

La principal causa de la destrucción de la biodiversidad y la gran amenaza para la

humanidad es la deforestación. En los últimos diez años, catorce millones de kilómetros cuadrados de bosques (treinta veces la superficie de España) se han transformado en desiertos y más de treinta millones de kilómetros cuadrados corren idéntico riesgo. El fenómeno podría frenarse poniendo fin a la tala indiscriminada, al cultivo de terrenos frágiles y al pastoreo excesivo.

Sobre los equilibrios ecológicos del planeta pesa, fundamentalmente, la amenaza de la contaminación industrial de los países del Norte, pero también, a nivel regional, la pobreza de los países del Sur. Esto no quiere decir que hayamos alcanzado los límites físicos de la producción y del número de habitantes del planeta. Tan sólo significa que una serie de condiciones sociales, económicas y políticas absurdas permiten que muchos seres humanos sigan muriendo de hambre.

Según otras fuentes, cada año desaparecen entre diez y diecisiete millones de hectáreas de bosques. Cuatro veces la extensión de Suiza. Cada año, unas seis mil especies animales son borradas para siempre de la faz del planeta. La pérdida de la biodiversidad conoce un ritmo aterrador: están actualmente amenazadas el 34% de las especies de peces, el 25% de los mamíferos, otro 25 % de los anfibios, el 20% de los reptiles, el 11% de las aves y el 12,5% de todas las plantas.

Paralelamente, la disminución de la capa vegetal acelera la erosión de millones de hectáreas de terreno. Los incendios forestales envían grandes cantidades de gas carbónico (CO2) a la atmósfera. Los árboles que podrían absorber los excedentes de CO2 han desaparecido. Conclusión: la deforestación es una de las causas fundamentales del efecto invernadero.

Los bosques más afectados son los tropicales, que pierden de un 1,5 a un 2% de su superficie por año. Así, en Indonesia, ha desaparecido casi el 80% de la selva húmeda de la isla de Sumatra desde los años setenta. Y en Borneo el número de árboles abatidos casi se ha quintuplicado en los últimos dieciséis años. Esta devastación se debe principalmente al rápido crecimiento de la población, que utiliza la madera como combustible para cocinar y dedica las tierras a la agricultura. La explotación forestal con destino a los países ricos representa un 20% de las talas efectuadas en el Tercer Mundo. La deforestación destruye un patrimonio biológico único: las selvas tropicales húmedas albergan el 70% de las especies censadas en nuestro planeta. Ciertamente, el comercio internacional acelera la degradación de los suelos y la deforestación.

La noción de «desarrollo sostenible» sigue haciendo progresos. La idea general es sencilla: el desarrollo es sostenible si las generaciones futuras heredan un entorno de una calidad al menos igual al que han recibido las generaciones precedentes. No obstante, cabe preguntarse si la actual lógica de desarrollo, basada fundamentalmente en el mercado, es realmente compatible con la sostenibilidad.

A este respecto, el ejemplo de la agricultura en Europa Occidental resulta aleccionador. En nombre del productivismo, muchos campesinos se han convertido en una especie de industriales sin la menor relación directa con la naturaleza, puesto

que actualmente la ganadería y la agricultura pueden prescindir de la tierra. Esta ruptura de un vínculo ancestral ha abierto el camino a todo tipo de transgresiones, en particular a la «cosificación» del animal, a la transformación de los herbívoros en carnívoros, consumidores obligados de los restos de sus propios congéneres, tanto sanos como contaminados. Esta perversión de la cadena alimentaria natural, en nombre de la desreglamentación y de los dogmas liberales, y agravada por el laxismo de los controles sanitarios de las autoridades, ha permitido la aparición de la llamada «enfermedad de las vacas locas», que extiende por el Viejo Continente y más allá un nuevo «gran pavor».

Con toda probabilidad, en los próximos diez años, dos dinámicas contrarias desempeñarán un papel determinante sobre el planeta. De un lado, los intereses de las grandes empresas mundiales, que se rigen por criterios puramente financieros y se sirven de la tecnociencia con el exclusivo fin de obtener beneficios. Del otro, una aspiración a la ética, a la responsabilidad y a un desarrollo más equitativo que sepa imponerse restricciones en favor del medio ambiente, sin duda vitales para el porvenir de la humanidad.

Lo conocido pierde el norte, se acumulan las incertidumbres, el mundo se vuelve opaco y la historia rehuye cualquier interpretación. Los ciudadanos se ven atrapados en el corazón de la crisis, en el sentido que Antonio Gramsci daba a ese término: «Cuando lo viejo ha muerto y lo nuevo no termina de nacer». O, como diría Tocqueville, «cuando el pasado deja de iluminar el futuro y el espíritu avanza entre tinieblas».

Hipertecnología

A todo esto debe añadirse la revolución informática, que ha desestructurado la sociedad contemporánea, desquiciado la circulación de los bienes y favorecido la expansión de la economía informacional y la mundialización. Ésta aún no ha hecho bascular a todos los países del mundo hacia una sociedad única, pero los empuja hacia la convergencia en un único e idéntico modelo económico mediante la puesta en red de todo el planeta. Crea una especie de vínculo social liberal enteramente constituido por redes que dividen la humanidad en individuos aislados entre sí en un universo hipertecnológico.

Consecuencia: la lógica de la competitividad se ha visto elevada al rango de imperativo natural de la sociedad, cuando lo cierto es que conduce a la pérdida del sentido del «vivir juntos», del «bien común». Dado que los beneficios de la productividad se redistribuyen en favor del capital y en detrimento del trabajo, las desigualdades se ahondan. En Estados Unidos, por ejemplo, el 1% de la población posee el 39% de la riqueza del país. El coste de la solidaridad se considera insoportable, y se procede a demoler el edificio del Estado de bienestar.[7]

Neofascismos

En este contexto económico y sobre este humus social, hecho de miedos y confusión, los partidos surgidos de la corriente fascista experimentan un auge considerable. «De los trescientos ochenta millones de personas con que cuenta aproximadamente la Unión Europea —si añadimos a los quince estados miembros, por toda una serie de buenas razones, a Suiza y Noruega—, el 8,5% han votado por alguna variedad de la extrema derecha. Aunque no es muy elevada, esta cifra esconde enormes variaciones a nivel nacional… Así, Suiza, Italia y Austria han registrado el mismo porcentaje de votos a favor de la extrema derecha: en torno al 25%. Les siguen Noruega, Francia y Flandes, con un 15% de votos aproximadamente».[8]

En Dinamarca, durante las elecciones legislativas del 20 de noviembre de 2001, el Partido del Pueblo Danés (DPF, extrema derecha, xenófobo) obtuvo el 12% de los votos y veintidós diputados.

En Holanda, la Lista Pim Fortuyn obtuvo el 34% de los votos en las elecciones municipales de Rotterdam en marzo de 2002, y triunfó en las legislativas del 15 de mayo, después del asesinato de su líder el 6 de mayo.

En Francia, tanto el Frente Nacional (FN) de Jean-Marie Le Pen como el Movimiento Nacional Republicano (MNR) de Bruno Mégret proponen el culto a la sangre y el suelo, la restauración de la nación (en el sentido étnico del término), el establecimiento de un régimen autoritario so pretexto de luchar contra la inseguridad, la drástica reducción del impuesto sobre la renta, el retorno al proteccionismo económico, la reclusión de la mujer en el hogar y la expulsión de tres millones de extranjeros para liberar puestos de trabajo destinados a los franceses. Según una encuesta, «más de uno de cada cuatro franceses está de acuerdo con las ideas del Frente Nacional».[9]

Herederos de Pétain y del colaboracionismo, alimentados por el resentimiento de los nostálgicos de la Argelia francesa, estos dos partidos (sin raíces en la Resistencia) no han dejado de exhibir su racismo, su xenofobia y su antisemitismo, a pesar de algunas precauciones de fachada. Encarnan la negación misma de los valores de la República. Pero, a diferencia de la mayoría del resto de las formaciones políticas, son partidos interclasistas, en cuyas filas se codean burgueses y proletarios, pequeños empresarios y parados.[10] Están presentes en numerosos barrios problemáticos, donde ofrecen calor y solidaridad a personas necesitadas, y sus militantes dan frecuentes pruebas del celo y la abnegación que solían caracterizar a los comunistas de antaño.[11] Eso, entre otras consideraciones, explica que sus candidatos obtengan un importante porcentaje de votos populares en todas las elecciones, y que en algunas regiones (Provenza-Alpes-Costa Azul o Alsacia) su influencia no deje de crecer.

En diciembre de 2001, a pesar de la discreta precampaña de su partido, los sondeos adjudicaban ya a Jean-Marie Le Pen un 11% de la intención de voto para las elecciones presidenciales de mayo de 2002, convirtiéndolo así en el tercer mejor

candidato. En cuanto a Bruno Mégret, las encuestas de opinión le otorgaban entre el 1 y el 3% de las intenciones de voto. En total, las previsiones de voto a los candidatos neofascistas arrojaban el muy impresionante resultado del 15% (¡casi uno de cada seis votantes!), equivalente al que habían conseguido unos meses antes, con ocasión de las elecciones cantonales.[12]

El seísmo de Le Pen

Pero el resultado sobrepasó cuanto se temía. Mas de cinco millones y medio de franceses (¡casi el 20% de los electores!) votaron el 21 de abril de 2002 por la extrema derecha, provocando un seísmo político que sobrecogió a toda Europa. Sobre todo porque, en esa primera vuelta de la elección presidencial en Francia, Jean-Marie Le Pen obtuvo más votos que el primer ministro y candidato socialista, Lionel Jospin, y eliminó a éste de la carrera a la presidencia.

Este seísmo hay que relacionarlo con la subida del nacional-populismo en Italia, Austria, Suiza, Portugal, Bélgica, Dinamarca, Noruega y Holanda. Es un fenómeno que se basa esencialmente en el hecho de que nuestras sociedades han conocido en los últimos diez años toda una serie de traumatismos y convulsiones que las han modificado radicalmente sin que todos los ciudadanos se hayan beneficiado de ellos y sin que siquiera hayan comprendido exactamente la naturaleza de estos cambios.

Es decir, el fin de la guerra fría, de la era industrial, la irrupción de las nuevas tecnologías, la globalización liberal, la hiperhegemonía estadounidense, la aparición de un superpoder económico que determina el poder político, la integración europea, la desaparición de la moneda nacional, la supresión de las fronteras, la pérdida de soberanía de los estados, la destrucción del Estado de bienestar, las privatizaciones masivas, la llegada masiva de inmigrantes pertenecientes a culturas lejanas, etc. Todo esto se ha producido en apenas diez años y ha hecho que el entorno político, económico, social y cultural se haya transformando radicalmente.

A causa de la globalización, en muchos países europeos, la incertidumbre es hoy el parámetro dominante, así como la inseguridad económica y social, y la inseguridad frente al ascenso de la delincuencia y de la violencia. Muchas personas relacionan esto con la instalación reciente, en el seno de nuestras sociedades, de inmigrantes con culturas muy diferentes… Todo ello ha creado un entorno literalmente terrorífico para muchos ciudadanos que han visto derrumbarse el mundo al que estaban acostumbrados. Muchos tienen miedo, sienten nuevos temores y amenazas. Además, tras el 11 de septiembre de 2001, se ha extendido la idea de que los musulmanes, y por consiguiente los inmigrantes magrebies, son terroristas y que el islam es una amenaza para los países europeos. De tal manera que, a los miedos que ya había, se han añadido nuevos pavores.

Además, muchos electores consideran que los gobernantes no dominan la

situación. Gobernantes, por otra parte, acusados constantemente por los medios de comunicación de ser unos podridos, unos corruptos, unos ladrones, unos mentirosos. Por consiguiente, cuando mucha gente tiene la sensación de que el mundo se está hundiendo, los dirigentes políticos no parecen aptos para responder al desafío de los nuevos tiempos. Y estas personas son, en general, las más vulnerables de nuestras sociedades, es decir, los parados, obreros, jóvenes, pobres, jubilados, ancianos, etc. Todas ellas piensan que la extrema derecha, que propone autoridad, severidad, mano dura, identidad, patriotismo, puede ser la solución… De hecho, este nacional populismo propone soluciones sencillas para problemas complicados de nuestras sociedades, soluciones militares o policiales para problemas políticos y problemas de inseguridad y delincuencia. Estas personas que votan por la extrema derecha no son militantes de extrema derecha, sólo son electores. Aterrorizados por lo que les ocurre, estos electores, al votar por la extrema derecha, quieren aterrorizar a su vez un sistema político en su conjunto. Lo que meten en la urna es literalmente una bomba con la que piensan hacer estallar un sistema político que, según ellos, no les defiende.

En Italia, como ha ocurrido en otros períodos de la historia contemporánea, tienen cierto adelanto en estos temas. En este país, la extrema derecha en su versión renovada y con Silvio Berlusconi a su cabeza llegó por primera vez al poder en 1994 y lo volvió a conquistar, con mayoría absoluta, el año pasado. Muchos comentaristas europeos habían ironizado sobre este fenómeno, achacándolo prácticamente al carácter folclórico de una Italia de pandereta y carnaval. Se olvidaron que ya en los años 1920 este país había servido de laboratorio social y político para la creación del fascismo que luego, bajo formas ligeramente diferentes como el nazismo o el falangismo, se extendió por Europa y acabaría provocando la tragedia de la Segunda Guerra Mundial.

Nacional populismo

Después del susto Le Pen en Francia y la subida de la extrema derecha xenófoba en Holanda, muchos comentaristas se han dado cuenta de que, una vez más, Italia ha sido precursora de un fenómeno político que se está extendiendo por toda Europa y concierne ya a Noruega, Dinamarca, Austria, Suiza, Bélgica, Irlanda, Portugal y Francia. A veces, por pereza intelectual, se califica a todos estos movimientos de fascistas. Es un error.

Estos nuevos partidos de la derecha dura son más bien nacional-populistas, han abandonado el culto al Estado (una característica capital del fascismo tradicional), aceptan el juego democrático, y son mucho más regionalistas (como la Liga Norte de Umberto Bossi, o el Vlaams Block de Flandes) que nacionalistas, son ultraliberales en economía y a la vez proteccionistas feroces y partidarios de la supresión de los impuestos directos. También son partidarios de la preferencia nacional frente a los

extranjeros y, con respecto a éstos, si algunos partidos preconizan su expulsión (como el Front National de Le Pen), otros sólo exigen que se ponga fin a la llegada de clandestinos y apuestan por la integración de los extranjeros ya instalados en el país, aunque se oponen al reagrupamiento familiar, es decir, a la venida del resto de la familia (esposo o esposa e hijos) que se había quedado en el extranjero…

Todos estos movimientos son fervientes partidarios de la restauración de la autoridad, piden mayor severidad con la delincuencia y exigen una justicia rápida que castigue sin miramientos. Todos se oponen también al multiculturalismo, es decir a la coexistencia en el seno de una misma sociedad de culturas diferentes venidas del extranjero. La presencia del islam sobre todo les horripila y todo lo que esta presencia conlleva, construcción de mezquitas, fiestas religiosas, indumentarias tradicionales, etc.

Sus electores pertenecen a dos categorías sociales bien distintas; los más pobres, los más golpeados por la globalización, y por otra parte los más ricos, que temen los programas socialdemócratas de redistribución de riquezas y aumento de los impuestos. Todos tienen una concepción muy tradicional y muy homogénea de sus respectivas sociedades y temen, como un crimen de impureza, toda modificación de la composición étnica y religiosa de su país. Por eso los inmigrantes simbolizan para estos nuevos partidos de extrema derecha la suma de todos los males y de todos los miedos: robo del trabajo, delincuencia, rivalidad sexual, droga, amenaza religiosa, degeneración étnica…

Incluso electores habituales de la izquierda votan por estos partidos neofascistas, y militantes procedentes de la derecha tradicional tampoco dudan en unirse a ellos. Diversos estudios han establecido que sólo el 1% de los cuadros del FN proviene de la extrema derecha, frente a un 40% procedente de los «movimientos gaullistas».[13] Determinadas personalidades políticas buscan ya abiertamente el apoyo de los neofascistas, argumentando (nefasto efecto de las tesis de François Furet y del *Libro negro del comunismo* de Stéphane Courtois) que el partido socialista nunca ha tenido reparos en aliarse con el comunista. «Es más inmoral —ha llegado a afirmar, por ejemplo, Michel Poniatowski— aceptar los votos de los comunistas, que han asesinado a millones de personas en Europa, que los del Frente Nacional».[14]

En la Alemania de principios de los años treinta, este tipo de razonamiento condujo a la derecha tradicional a acoger como aliado al partido nacionalsocialista (nazi), que se presentaba con su atuendo más seductor.[15] Huelga decir lo que ocurrió con los partidos de derecha. Y con la democracia.

En Italia, Silvio Berlusconi, viejo protegido del partido socialista y amigo de su antiguo jefe, Bettino Craxi, no ha dudado en aliarse con el partido posfascista Alianza Nacional y con la xenófoba Liga del Norte para ganar las elecciones legislativas en dos ocasiones, 1994 y 2001.

En todas partes, sean cuales sean las consultas electorales, la abstención aumenta, así como los votos en blanco y la no inscripción en las listas electorales. En Francia,

uno de cada tres jóvenes menores de veinticinco años no estaba inscrito la víspera de las elecciones presidenciales de mayo de 2002; el porcentaje de afiliación a los partidos políticos no sobrepasa el 2% de los electores, y sólo el 8% de los asalariados en activo pertenecen a algún sindicato (estas dos últimas cifras son las más bajas de todo el mundo occidental).

Estancamiento de la izquierda

A la izquierda, el partido comunista ya no tiene identidad política e incluso ha perdido buena parte de su identidad sociológica. En cuanto al partido socialista, prácticamente ya no cuenta con cuadros salidos de las capas populares.

El socialismo, que ha sido uno de los grandes mitos unificadores de la humanidad, también ha sido traicionado por los dirigentes socialdemócratas europeos. La dimisión de Oskar Lafontaine, ministro alemán de economía, el 12 de marzo de 1999, ya había revelado de forma espectacular el estancamiento socialdemócrata y la incapacidad de esta corriente ideológica para proponer una solución de recambio a la hegemonía neoliberal. A sus ojos, hasta el keynesianismo, que en los años treinta permitió al presidente Franklin Roosevelt levantar unos Estados Unidos sumidos en la crisis, estaría hoy demasiado a la izquierda…

Sus propios camaradas socialistas acusaron a Oskar Lafontaine de haber cometido cinco sacrilegios: preconizar una política de resurgimiento europeo; defender una fiscalidad más justa; criticar al Banco Central Europeo, reclamar una reforma del sistema monetario internacional, y haber pedido al Bundesbank, en el pasado, que bajara los tipos de interés para abaratar los créditos, con el fin de incentivar el consumo y combatir el paro.

Otro ejemplo de la dimisión intelectual de la socialdemocracia nos lo proporcionó la guerra de Kosovo, iniciada el 23 de marzo de 1999. No olvidemos que fue Javier Solana, el entonces secretario general de la OTAN, quien anunció la decisión de poner fin a las negociaciones con el régimen de Belgrado y comenzar los bombardeos sobre Serbia.

Javier Solana, como dirigente histórico del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), pudo contar para esta guerra de Kosovo con el inestimable apoyo de Gerhard Schroder, Lionel Jospin, Massimo d’Alema y Anthony Blair, los entonces jefes de Gobierno de Alemania, Francia, Italia y Reino Unido respectivamente y todos ellos miembros eminentes de la socialdemocracia europea. Para salir del impasse de las negociaciones de paz de Rambouillet, todos aceptaron la vía militar propuesta por Washington como «única solución», cuando ninguno de ellos ignoraba que el recurso a la OTAN y los bombardeos de Serbia acarrearían la muerte de numerosos civiles inocentes y la destrucción de todo un país, y no evitarían la extensión del conflicto a los Balcanes, como demostró la guerra de Macedonia en

2001.

¿Cómo pudieron los dirigentes socialdemócratas, herederos de Jean Jaurés y de una larga tradición de legalismo internacional, ceder hasta ese punto a las presiones de Washington y embarcarse en la aventura militar de Kosovo en 1999, sin la menor legitimidad internacional? Ninguna resolución de las Naciones Unidas relativa a esa región autorizaba explícitamente al uso de la fuerza y, antes de iniciar los bombardeos, no se consultó al Consejo de Seguridad, órgano supremo del planeta en materia de conflictos, que por tanto no pudo dar el visto bueno al empleo de las armas contra Serbia.

Por último, antes de desenterrar el hacha de guerra, a ninguno de los mencionados dirigentes socialdemócratas se le ocurrió explicarse ante su Parlamento y mucho menos pedirle autorización para comprometer a las fuerzas armadas de la nación en dicho conflicto.

¿Cómo no ver en estos ejemplos signos suplementarios del derrumbe ideológico de la socialdemocracia y su conversión al social liberalismo? Carente de brújula y de asideros teóricos (a no ser que llamemos teoría a esos catálogos de renuncias y palinodias que son *La tercera vía*, de Anthony Giddens, asesor de Tony Blair, y *La buena elección*, de Bodo Hombach, inspirador de Gerhard Schroder), la socialdemocracia navega a la deriva, obsesionada por la urgencia y la inmediatez.

La derecha moderna

Para la socialdemocracia, que gobierna en solitario en varios grandes países europeos, la política es la economía; la economía, las finanzas; y las finanzas, los mercados. En consecuencia, se esfuerza en favorecer las privatizaciones, el desmantelamiento del sector público y las concentraciones y fusiones de macroempresas. Por más que, aquí o allí, haga aprobar leyes sociales importantes,[16] en el fondo la socialdemocracia ha aceptado convertirse al social liberalismo y ha renunciado a fijarse como objetivos prioritarios el pleno empleo y la erradicación de la miseria, como respuesta a las necesidades de los dieciocho millones de parados y los cincuenta de pobres que viven en la Unión Europea.

La socialdemocracia ganó la batalla intelectual tras la caída del muro de Berlín en 1989. Los partidos conservadores la perdieron, y se aprestan a abandonar la historia como tuvo que hacerlo la aristocracia después de 1789 y el radicalismo después de 1945. En el abanico político, la izquierda está hoy por reinventar, y el testigo del conformismo, del conservadurismo, ha pasado a manos de la socialdemocracia. Es la moderna derecha.[17] Por vacuidad teórica y por oportunismo, ha aceptado la misión histórica de aclimatar el neoliberalismo. En nombre del «realismo», ya no quiere cambiar nada. Y menos que nada el orden social.

Una necesidad de utopía

Para numerosos ciudadanos, la tesis ultraliberal de que Occidente está maduro para vivir en condiciones de libertad absoluta es tan utópica —tan dogmática— como la ambición revolucionaria del igualitarismo absoluto. Se preguntan cómo pensar el futuro. Y expresan la necesidad de otra utopía, de una nueva racionalización del mundo. Esperan una especie de profecía política, un proyecto sensato para el futuro, la promesa de una sociedad reconciliada, en plena armonía consigo misma.

Pero ¿queda hoy en día algún espacio, entre las ruinas del sueño socialista y los escombros de nuestras sociedades desestructuradas por la barbarie neoliberal, para una nueva utopía? *A priori*, parece poco probable, porque la desconfianza respecto a los grandes proyectos políticos se ha generalizado y, al mismo tiempo, vivimos una grave crisis de la representación política, un enorme descrédito de las élites tecnocráticas e intelectuales y un profundo divorcio entre los medios de masas y su público.

Son muchos los ciudadanos a los que les gustaría añadir una pizca de humanidad a la maquinaria neoliberal. Buscan el modo de implicarse responsablemente, sienten la necesidad de una acción colectiva. Querrían verse las caras con responsables políticos bien definidos, personas de carne y hueso sobre las que descargar sus reproches, sus inquietudes, sus angustias y su desorientación, cuando la verdad es que el poder se ha convertido en algo abstracto, invisible, lejano e impersonal. Les gustaría seguir creyendo que la política tiene respuestas para todo, cuando lo cierto es que se las ve y se las desea para proponer soluciones simples y claras a los complejos problemas de la sociedad.

Con todo, cada cual siente la necesidad de un dique contra la marea neoliberal, de un contraproyecto global, de una contraideología, de un edificio conceptual capaz de oponerse al modelo dominante en la actualidad. Poner en pie un contraproyecto semejante dista de ser fácil, pues partimos de una situación de práctica tabla rasa, puesto que las precedentes utopías de progreso incurrieron con demasiada frecuencia en el autoritarismo, la opresión, la supresión de las libertades y la manipulación de las conciencias.

Una vez más, se palpa en el ambiente la necesidad de soñadores que piensen y pensadores que sueñen, para encontrar, no un proyecto de sociedad al uso, sino un modo de ver y analizar la sociedad que permita reemplazar a tiempo, por medio de una nueva arquitectura de conceptos, la ideología liberal.

Respuestas ciudadanas

Favoreciendo la fragmentación y la parcelación, esta ideología fabrica una sociedad egoísta. En consecuencia, resulta indispensable reintroducir valores

colectivos preñados de futuro.[18] Y la acción colectiva pasa en la actualidad por las asociaciones y las organizaciones no gubernamentales (ONG) tanto como por los partidos y los sindicatos. Durante los último años, Europa ha asistido a una multiplicación de las asociaciones y las ONG, de Attac a Droit au Logement (DAL, «Derecho a la Vivienda»), de Agir Ensemble Contre le Chómage (AC!, «Actuar juntos contra el paro») a Act Up, pasando por las ramas locales de grandes ONG internacionales como Greenpeace, Amnistía Internacional, Médicos del Mundo, Transparency o Media Watch Global (Observatorio Internacional de los Medios).

Los partidos tienen, entre otras, dos características que los hacen menos creíbles: son generalistas (pretenden solucionar todos los problemas de la sociedad) y locales (su radio de acción acaba en las fronteras del país). Por el contrario, las asociaciones y las ONG poseen dos atributos simétricos e inversos a los mencionados: son temáticas (acometen un solo problema social: el poder financiero, el paro, la vivienda, el medio ambiente, etc.) y transnacionales (su área de intervención se extiende a todo el planeta).[19]

A lo largo de la pasada década, las dos formas de compromiso (compromiso global y compromiso inmediato respecto a una causa específica) se han dado la espalda en más de una ocasión. En la actualidad, sin embargo, se percibe un movimiento de convergencia, cuya consolidación resulta indispensable. Es una de las ecuaciones por resolver para restaurar la política. Porque, si bien las asociaciones nacen en la base, como testimonio de la riqueza de la sociedad civil, y palian las deficiencias del sindicalismo y los partidos, en ocasiones no son más que simples grupos de presión carentes de la legitimidad democrática de las urnas para llevar a buen término sus reivindicaciones. Tarde o temprano, la acción política toma el relevo. Así pues, es de importancia capital que el vínculo entre asociaciones y partidos se consume.

Las asociaciones de ciudadanos, fundándose en una concepción radical de la democracia, siguen creyendo que otro mundo es posible. Sin lugar a dudas, constituyen los embriones de un renacimiento de la acción política en Europa. Con toda probabilidad, sus militantes creen de nuevo en las utopías positivas tal como las anunciaban las palabras de Victor Hugo («La utopía es la verdad de mañana») y de Lamartine («Las utopías no son más que verdades prematuras»). Y se dan cita cada año, desde 2001, en el Foro Social Mundial de Porto Alegre que es la Asamblea de las gentes. Allí están representadas cinco mil millones de personas de los seis mil millones con que cuenta el planeta. El Foro de Porto Alegre representa a la humanidad. Lo que se reúne allí cada año a finales de enero, por primera vez en la historia, es la humanidad.[20]

Y lo hace, entre otros objetivos, para reclamar el restablecimiento, en el corazón del dispositivo del derecho internacional, de unas Naciones Unidas capaces de decidir, actuar e imponer un proyecto de paz permanente; para respaldar a los tribunales internacionales de justicia que juzgarán los crímenes contra la humanidad,

contra la democracia y contra el bien común; para condenar las manipulaciones mediáticas de masas; para poner fin a la discriminación de las mujeres; para establecer nuevos derechos de carácter ecológico; para instaurar el principio del desarrollo sostenible; para proscribir los paraísos fiscales; para estimular una economía solidaria, etc.

«Atrévete a andar por caminos que nadie ha recorrido, atrévete a pensar ideas que nadie ha pensado», podía leerse en los muros del teatro del Odeón en el París de mayo de 1968. Si queremos fundar una ética para el siglo XXI, la situación actual invita a semejantes atrevimientos.

11 DE SEPTIEMBRE DE 2001. GUERRA MUNDIAL CONTRA EL TERRORISMO

Era un 11 de septiembre. Desviados de su ruta programada por pilotos decididos a todo, los aviones se precipitan hacia el corazón de la gran ciudad, resueltos a derribar los símbolos del odiado sistema político. Todo ocurre muy deprisa: explosiones, fachadas que saltan en pedazos, el estruendo infernal de los desmoronamientos, el terror de los supervivientes, que huyen cubiertos de polvo… Y los medios de comunicación transmitiendo la tragedia en directo…

¿Nueva York, 2001? No, Santiago de Chile, 11 de septiembre de 1973. Con la complicidad de Estados Unidos, golpe de Estado del general Pinochet contra el socialista Salvador Allende, y bombardeo sistemático del palacio presidencial por las fuerzas aéreas. Decenas de muertos y el comienzo de un régimen de terror de quince años…

Más allá de la legítima compasión por las víctimas de los execrables atentados de Nueva York en septiembre de 2001, ¿cómo no convenir que Estados Unidos no es un país más inocente que los demás? ¿Acaso no ha participado en acciones políticas violentas, ilegales y a menudo clandestinas en América Latina, en África, en Oriente Próximo, en Asia…? Con el saldo de una trágica muchedumbre de muertos, de «desaparecidos», de torturados, de presos, de exiliados…

La actitud de los dirigentes y de los medios de comunicación occidentales, su fervor proestadounidense a raíz de los criminales atentados del 11 de septiembre, no deben ocultarnos la cruel realidad. En todo el mundo, y en particular en los países del Sur, el sentimiento expresado con más frecuencia por la opinión pública ante esta tragedia fue: «Lo que les ha pasado es muy triste, pero se lo tienen merecido».

En efecto, y paradójicamente, en muchas regiones del planeta estos espantosos atentados no han levantado olas de simpatía hacia Estados Unidos. Todo lo contrario. Tanto es así que el presidente George W. Bush llegó a declarar: «Me impresiona que exista tal desconocimiento respecto a lo que es nuestro país y que haya gente que pueda odiarnos. Soy como la mayoría de los norteamericanos, no puedo creerlo, porque sé que somos buenos».

El libro negro de la guerra fría

Para comprender esas reacciones hostiles hacia Estados Unidos, que han asombrado a muchos norteamericanos, empezando por su presidente, George W. Bush, tal vez no esté de más recordar que, ya durante la «guerra fría» (1948-1989), Estados Unidos se lanzó a una larga «cruzada», en aquel entonces contra el comunismo. Cruzada que, en determinados casos, alcanzó proporciones de guerra de

exterminio: miles de comunistas eliminados en Irán, doscientos mil opositores de izquierda exterminados en Guatemala, más de medio millón de comunistas aniquilados en Indonesia… Las páginas más abominables del libro negro del imperialismo estadounidense se escribieron a lo largo de esos años, marcados igualmente por los horrores de la guerra de Vietnam (1962-1975).

Ya entonces era «el Bien contra el Mal». Pero, en aquella época, según Washington, apoyar a determinados terroristas no era necesariamente inmoral. Por intermedio de la Central Intelligence Agency (CIA), Estados Unidos organizó atentados en lugares públicos, desapariciones de oponentes, secuestros de aviones, sabotajes y asesinatos. En Cuba contra el régimen de Fidel Castro, en Nicaragua contra los sandinistas o en Afganistán contra los soviéticos. Fue allí, en Afganistán, con el apoyo de dos estados muy poco democráticos, Arabia Saudí y Pakistán, donde Estados Unidos patrocinó, en los años setenta, la creación de brigadas islamistas reclutadas en el mundo árabe musulmán y compuestas por lo que los medios llamaban entonces *freedom fighters*, ¡luchadores por la libertad! Como es bien sabido, ésas fueron las circunstancias en las que la CIA reclutó y entrenó al hoy célebre Osama Bin Laden.

Hiperpotencia y terror

Desde 1991 Estados Unidos permanece instalado en una posición de hiperpotencia única y ha marginado, de hecho, a las Naciones Unidas. En compensación, prometió instaurar un «orden internacional» más justo. En nombre de ese proyecto, dirigió y ganó, en 1991, la guerra del Golfo contra Irak. Sin embargo, concluido el conflicto, ha seguido manteniendo una escandalosa parcialidad en favor de Israel y en detrimento de los derechos de los palestinos.[21] Por si fuera poco, haciendo oídos sordos a las protestas internacionales, ha mantenido contra Irak un embargo implacable, que mata a miles de inocentes y deja indemne al régimen. Este «nuevo orden mundial» no parece mucho más justo a los ojos de miles de habitantes de los países pobres del Sur. Y todo ello ha ultrajado, en particular, los sentimientos del mundo árabe y musulmán y facilitado la creación del caldo de cultivo del que ha surgido el islamismo radical y antinorteamericano.

Como el doctor Frankenstein, el 11 de septiembre de 2001 Estados Unidos vio alzarse en su contra a su antigua creación —Osama Bin Laden— con una violencia demencial. Y decidió combatirlo apoyándose en los dos estados —Arabia Saudí y Pakistán— que más han contribuido en los últimos treinta años a extender por todo el mundo las redes islámicas radicales, con la ayuda de métodos terroristas cuando lo han considerado oportuno.

La amenaza Pakistán

Si existe un país con una tradición política trágica, ése es Pakistán. Ningún jefe del ejecutivo de este Estado de ciento cuarenta millones de habitantes ha abandonado nunca el poder voluntariamente. Nacido en 1947 de la partición del imperio británico de la India, durante la cual millones de musulmanes e hindúes huyeron en condiciones apocalípticas de las regiones en las que eran respectivamente minoritarios, Pakistán, el «país de los puros», es el primer Estado creado, artificialmente, sobre una base confesional: la del islam.

Con el tiempo, este cemento religioso ha demostrado su incapacidad para aglutinar a una nación. En 1971, la secesión del Pakistán Oriental, convertido en Bangladesh, probaba que los criterios étnicos podían tener más fuerza que los religiosos. El otro elemento de cohesión, el odio a la India, mostró igualmente sus límites en las tres guerras libradas por ambos países, en 1947, 1965 y 1971, y saldadas con sendas derrotas de Pakistán.

Antes de las tensiones de la primavera de 2002, el último gran enfrentamiento tuvo lugar en julio de 1999, por el control de los altos de Kargil, en Cachemira. Esta región de mayoría musulmana permanece dividida por una línea de armisticio desde 1948. El sur de Cachemira está bajo la administración de la India, que se enfrenta en esa zona a una fuerte resistencia protagonizada por organizaciones separatistas islámicas (sostenidas clandestinamente por la red al-Qaida de Osama Bin Laden). Instigadas asimismo por los servicios secretos de Pakistán, dichas organizaciones (Lashkar-e-Taiba y Jaish-e-Mohammad) no dudan en recurrir a la violencia más extrema y cometer sangrientos atentados, como el perpetrado contra el Parlamento indio el 13 de diciembre de 2001, que costó la vida a catorce personas y puso a los dos países, una vez más, al borde de la guerra.

Nuevos atentados islamistas, en mayo y junio de 2002, provocaron una nueva y brutal subida de la fiebre bélica. Cada país movilizó, a lo largo de la frontera de Cachemira, mas de un millón de soldados dispuestos a enfrentarse en una guerra total. La población sumada de India y Pakistán alcanza los mil doscientos millones de personas, o sea un quinto de la población mundial… El planeta entero se aterrorizó ante la perspectiva de ese choque, ya que por primera vez en la historia se habrían enfrentado dos países con capacidad nuclear. Un eventual uso, por los dos adversarios, de sus respectivas bombas atómicas provocaría, en los primeros días, unos doce millones de muertos… Los heridos habrían ocupado todas las camas de todos los hospitales de todos los países desde Japón hasta Egipto… Las consecuencias en términos de aumento de la radiactividad general hubiesen sido nefastas para toda la humanidad. Y esa trágica guerra, además, lanzaría hacia los estados vecinos y hacia los países ricos a millones de nuevos emigrantes indios y paquistaníes en fuga del horror nuclear. Todo ello provocaría formidables consecuencias en cascada.

Tanto Islamabad como Nueva Delhi consideran Cachemira una cuestión central, vital, de la que pendería la identidad de ambas naciones.

La derrota militar paquistaní del verano de 1999, seguida de la humillante retirada de las fuerzas de invasión exigida por Washington, viejo aliado de Islamabad, determinó sin duda la caída del primer ministro Nawaz Sharif, derrocado el 12 de octubre de 1999 por el general Pervez Musharraf.

Era la primera vez, desde el final de la guerra fría, que se producía un golpe de Estado militar en un país importante y, lo que es más grave, en un Estado en posesión de armas nucleares. Único país islámico que dispone de la bomba atómica, Pakistán, un Estado en descomposición dirigido por militares, dispone también de misiles capaces de transportar cargas nucleares a una distancia de mil quinientos kilómetros…

Para colmo de males, se trata de una potencia situada en una zona extremadamente peligrosa, que debe hacer frente a la hostilidad de dos de sus vecinos, la India e Irán, y a la creciente desconfianza de un antiguo aliado, China. Antes de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y de la respuesta estadounidense, Pakistán toleraba el activismo extremista de un Estado amigo, un cuasiprotectorado, Afganistán, que acogía y amparaba a redes islamistas como la de Bin Laden, al-Qaida, directa o indirectamente favorecidas por Arabia Saudí (otro aliado de Islamabad). La influencia de estas redes terroristas se extendía hasta el Asia central ex soviética (Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán) y el norte del Cáucaso (Dagestán y Chechenia, que forman parte de la Federación Rusa).

Al borde de la bancarrota, Pakistán es una de las principales plataformas del fundamentalismo musulmán. En el plano interior, es un polvorín. Está dividido por disensiones religiosas que oponen a sunníes y shiíes (el 20% de la población), enfrentamientos étnicos entre pastunes, baluchis, sindhis y punjabíes, y desigualdades sociales: el 40% de la población vive por debajo del umbral de la pobreza, y el número de niños esclavos asciende a unos veinte millones… Por añadidura, es uno de los países más corruptos del mundo, con una economía criminal que, según la ONU, supera, en valor absoluto, a la economía legal.

Todo esto no ha impedido que, después del 11 de septiembre de 2001, la administración norteamericana del presidente Bush, abandonando cualquier escrúpulo, haya hecho de Pakistán su principal aliado en Asia del Sur…

¡Al fin un adversario!

Y es que, veteranos de la guerra fría, los hombres y las mujeres que rodean al presidente George W. Bush no pueden quejarse del giro de los acontecimientos tras el 11 de septiembre. Cabe incluso imaginarlos frotándose las manos. Porque, milagrosamente, los atentados les han restituido un elemento estratégico fundamental

del que los había privado durante una década el derrumbamiento de la Unión Soviética en 1991: un adversario. ¡Al fin!

Bajo el nombre de «terrorismo internacional», el adversario elegido es el islamismo radical. Eso justifica todas las medidas autoritarias y todos los excesos. Incluida una versión moderna del macartismo, que tendría como blanco, más allá de las organizaciones terroristas, a todos aquellos que se oponen a la hegemonía estadounidense, e incluso a los adversarios de la mundialización liberal.

Embarcado en el primer conflicto armado del siglo XXI, Estados Unidos se fijó de inmediato varios objetivos militares. El primero fue anunciado el día siguiente al 11 de septiembre: desmantelar la red al-Qaida y capturar, «vivo o muerto», a Osama Bin Laden, responsable de crímenes —unos tres mil muertos— que ninguna causa puede justificar bajo ninguna circunstancia.

Un imperio contra un hombre

Este objetivo, fácil de formular, no era tan sencillo de cumplir. No obstante, *a priori* la desproporción de fuerzas entre ambos adversarios parecía abismal. A decir verdad, la situación militar no podía ser más insólita, puesto que era la primera vez que un imperio declaraba la guerra no a un Estado sino a un individuo…

Empleando sus aplastantes medios militares, Washington lanzó a la batalla todas sus fuerzas y no podía por menos de ganarla. Al comienzo, sin embargo, muchos dudaban de la victoria estadounidense, pues abundan los ejemplos de grandes potencias incapaces de dar cuenta de adversarios más débiles. La historia militar enseña, en efecto, que en un combate desigual aquel que puede lo más no siempre puede lo menos. «Durante casi treinta años, el poder británico ha sido incapaz de acabar con un ejército como el del IRA —nos recuerda el historiador Eric Hobsbawn — por supuesto, el IRA no ha vencido, pero tampoco ha sido vencido».[22]

Como la mayoría de los ejércitos, el de Estados Unidos está organizado para combatir a otros estados y no para enfrentarse a un «enemigo invisible». Pero, en el siglo que comienza, las guerras entre estados llevan camino de convertirse en anacrónicas. La aplastante victoria de 1991 en el conflicto del Golfo no es una buena referencia. Puede incluso resultar engañosa como ejemplo. «Nuestra ofensiva de 1991 en el Golfo resultó victoriosa —explica el antiguo general de los marines Anthony Zinm— porque tuvimos la suerte de dar con el único malo del mundo lo bastante estúpido como para enfrentarse a Estados Unidos en un combate de tú a tú».[23] Otro tanto podría decirse de Slobodan Milosevic con relación a la guerra de Kosovo de 1999.

Este nuevo tipo de conflicto, en el que el fuerte se enfrenta al débil o al loco, es más fácil de empezar que de concluir. Y, por masivo que sea, el empleo de medios militares ultramodernos no garantiza necesariamente que se alcancen los objetivos

perseguidos. Basta recordar los fracasos estadounidenses en Vietnam, en 1975, y en Somalia, en 1994.

Al atacar a Afganistán con el convincente pretexto de que el régimen talibán de ese país protegía a Bin Laden, el gobierno estadounidense sabía perfectamente que iniciaba la fase más sencilla del conflicto. Y que la concluiría satisfactoriamente y con un coste mínimo en cuestión de semanas. Pero la victoria contra uno de los regímenes más odiosos del planeta no aseguraba la consecución del primer objetivo de esta guerra: capturar a Bin Laden.

¿Qué es el terrorismo?

El segundo objetivo parece demasiado ambicioso: acabar con el «terrorismo internacional». En primer lugar, porque el término «terrorismo» es impreciso. Desde hace dos siglos, se utiliza para designar indistintamente a todos aquellos que recurren, con razón o sin ella, a la violencia para intentar cambiar el orden político. La experiencia demuestra que, en ciertos casos, dicha violencia era necesaria. «Sic semper tirannis», exclamaba ya Bruto al apuñalar a Julio César, que había derribado la República. «Todos los medios son legítimos para luchar contra los tiranos», decía a su vez el revolucionario francés Gracchus Babeuf en 1792.

Numerosos antiguos «terroristas» se han convertido con el tiempo en respetados hombres de Estado. Por ejemplo, y por no citar a todos los dirigentes franceses surgidos de la Resistencia, calificados de «terroristas» por las autoridades alemanas de la ocupación: Menahem Beguin, antiguo jefe del Irgun, convertido en primer ministro de Israel; Abdelaziz Buteflika, antiguo responsable del FLN argelino, convertido en presidente de Argelia; o Nelson Mandela, antiguo jefe de la ANC, convertido en presidente de Sudáfrica y premio Nobel de la Paz.

La actual «guerra mundial contra el terrorismo» y la propaganda que la acompaña pueden dar la impresión de que no hay más terrorismo que el islamista. Evidentemente, no es así. En el momento mismo en que se desarrolla esta nueva «guerra mundial», diversas organizaciones «terroristas» siguen actuando en casi todos los rincones del mundo no musulmán. ETA en España, las FARC y los paramilitares en Colombia, los Tigres tamiles en Sri Lanka, etc. Y hasta hace bien poco, el IRA y los unionistas en Irlanda del Norte.

Al albur de las circunstancias, casi todas las familias políticas han reivindicado el terrorismo como principio de acción. El primer teórico que propuso una doctrina del terrorismo fue el alemán Karl Heinzen, en su ensayo *Der Mora* (*«El asesinato»*), de 1848, donde afirma que todos los medios, incluido el atentado suicida, son buenos para acelerar el advenimiento de… ¡la democracia! En tanto que demócrata radical, Heinzen escribe lo siguiente: «Si, para destruir el partido de los bárbaros, hay que hacer saltar por los aires la mitad de un continente y provocar un baño de sangre, no

tengáis ningún escrúpulo de conciencia. Quien no esté dispuesto a sacrificar gustosamente su vida por la satisfacción de exterminar a un millón de bárbaros no es un auténtico republicano».[24]

El absurdo de este ejemplo muestra que ni siquiera los mejores fines justifican todos los medios. Los ciudadanos harán bien en temer lo peor de una República —laica o religiosa— construida sobre un baño de sangre. En la actualidad, se acepta de forma general que el uso de la violencia terrorista en un contexto de auténtica democracia política (como en Irlanda del Norte, el PaísVasco español o Córcega) resulta inadmisible.

Adiós libertades

Cabe temer igualmente que la cacería universal de «terroristas» que anuncia Washington como objetivo último de esta «guerra sin fin» se preste a peligrosos abusos y atentados contra las libertades fundamentales.

Porque, si admitimos que los trágicos sucesos del 11 de septiembre de 2001 han inaugurado un nuevo período de la historia contemporánea, no podemos por menos de preguntarnos qué otro ciclo han cerrado esos mismos hechos y cuáles son las consecuencias.

La época que termina se había iniciado el 9 de noviembre de 1989 con la caída del muro de Berlín y confirmado con la desaparición de la Unión Soviética el 25 de diciembre de 1991. Constantemente celebradas, las características fundamentales de esa etapa —que vio, por otra parte, el despegue de la globalización liberal— habrán sido: la exaltación del sistema democrático, la apoteosis del Estado de derecho y la glorificación de los derechos humanos. Tanto en política interior como exterior, esta moderna Trinidad era una especie de imperativo categórico constantemente invocado y, si bien no carecía de ambigüedades (¿realmente pueden conciliarse globalización liberal y democracia planetaria?), contaba con la adhesión de los ciudadanos, que veían en ella una victoria del derecho sobre la barbarie.

A este respecto, el 11 de septiembre de 2001 marca una clara ruptura. En nombre de la «guerra justa» contra el terrorismo, todas esas ideas generosas parecen repentinamente olvidadas. Para empezar, antes de atacar Afganistán, Washington no dudó en establecer alianzas con dirigentes que hasta ayer mismo eran considerados indeseables: el general golpista Pervez Musharraf de Pakistán o el dictador de Uzbekistán, Islam Karimov. Los gritos del legítimo presidente paquistaní, Nawaz Sharif, y de los defensores de las libertades uzbekos no consiguieron traspasar los muros de sus mazmorras… Valores antaño calificados de «fundamentales» abandonan la escena política sin hacer ruido, y estados democráticos se hunden, desde el punto de vista del derecho, en la regresión.

Medidas liberticidas

Lo prueba el alud de medidas liberticidas adoptadas por el gobierno estadounidense, que, al día siguiente de los atentados, implantaba en el país una justicia de excepción. El ministro del ramo, John Ashcroft, hacía aprobar una ley antiterrorista, motejada de «ley patriótica», que permite a las autoridades detener a sospechosos extranjeros por tiempo casi indefinido, deportarlos, encerrarlos en celdas de aislamiento, vigilar su correo, sus conversaciones telefónicas y sus comunicaciones vía Internet, y registrar su domicilio sin autorización judicial.

En aplicación de la mencionada ley, se detuvo en secreto a no menos de mil doscientos extranjeros, de los que más de seiscientos seguían en prisión a finales de diciembre de 2001, en muchos casos sin haber comparecido ante un juez ni recibido la asistencia de un abogado.[25] El gobierno de Estados Unidos expresaba además su intención de hacer interrogar a unos cinco mil hombres de edades comprendidas entre los dieciséis y los cuarenta y cinco años, llegados al país con visados de turista y sospechosos por el simple hecho de ser originarios de Oriente Próximo.[26]

En mayo de 2002, el gobierno norteamericano concedió poderes ilimitados al Federal Bureau of Investigations (FBI), que podrá ahora espiar a los estadounidenses, inmiscuirse en sus reuniones aunque tengan lugar en una iglesia, una sinagoga o una mezquita, asistir a sus mitines políticos y husmear sus correos electrónicos y chats bajo el pretexto de buscar terroristas. El nuevo FBI se convierte así en una especie de CIA interior, una agencia interna de seguridad y espionaje con poderes ilimitados para llamar a la puerta de cualquier persona que levante sospechas, aunque no haya nadie ni nada que la relacione con una trama terrorista.[27]

En esa misma línea, el 6 de junio de 2002, después de las revelaciones sobre los errores cometidos por el FBI y la CIA antes del 11 de septiembre que impidieron evitar los trágicos atentados, el presidente Bush anunció la reforma más importante del sistema de seguridad norteamericano desde 1947, cuando el presidente Harry Truman creó el Pentágono, la CIA y el Consejo Nacional de Seguridad. «Sabemos que miles de asesinos profesionales están conspirando contra nosotros para atacarnos —ha declarado George W. Bush— y esa tremenda constatación nos obliga a actuar de modo diferente. Estados Unidos, como líder del mundo civilizado, debe proseguir y hacer más eficaz su lucha titánica contra el terrorismo».[28]

Por consiguiente, el presidente ha decidido crear un superministerio contra el terrorismo, un nuevo departamento que reagrupará veintidós agencias y servicios, dispondrá de ciento setenta mil funcionarios y de un presupuesto de más de treinta y siete mil millones de euros…

Aunque los tribunales ordinarios de Estados Unidos son perfectamente competentes para juzgar a los extranjeros acusados de terrorismo,[29] el 13 de noviembre de 2001 el presidente George W. Bush ya había creado tribunales militares con procedimientos especiales. Estos procesos secretos podrán celebrarse en navíos

de guerra y bases militares;[30] la sentencia será pronunciada por una comisión constituida por oficiales del ejército; no será necesaria la unanimidad para condenar a muerte al acusado; el veredicto será inapelable; las conversaciones del acusado con su abogado podrán ser escuchadas clandestinamente; el procedimiento judicial se mantendrá en secreto y los detalles del proceso no se harán públicos en décadas…

¿Recurrir a la tortura?

Responsables del Federal Bureau of Investigations (FBI) han llegado a proponer que se extradite a determinados acusados a países amigos con regímenes dictatoriales para que la policía autóctona pueda interrogarlos utilizando métodos «violentos, expeditivos y eficaces». El recurso a la violencia y a la tortura se ha reclamado abiertamente en las columnas de las grandes revistas.[31] En la cadena CNN, el comentarista republicano Tucker Carlson fue muy explícito: «La tortura no está bien. Pero el terrorismo es peor. De modo que, en determinadas circunstancias, la tortura es un mal menor». Por su parte, Steve Chapman recordaba en el Chicago Tribune que un Estado democrático como Israel no duda en aplicar la tortura, «presiones físicas moderadas», al 85% de los detenidos palestinos.[32]

En el programa estrella del canal CBS Sixty minutes, consagrado, el domingo 20 de enero de 2002, al tema «¿Está o no justificada la tortura a los talibanes detenidos?», se ofreció el testimonio del general francés Paul Aussaresses, que ha admitido haber utilizado la tortura contra los patriotas argelinos durante la guerra de Argelia (1954-1962), condenado por la justicia de su país por «complicidad en la apología de crímenes de guerra». CBS se justificó diciendo lo siguiente: «El general Aussaresses defiende un método [la tortura] para evitar la muerte de inocentes a manos de terroristas».

¡Matadlos a todos!

Tras revocar una decisión de 1974 que prohibía a la CIA asesinar a dirigentes extranjeros, el presidente Bush dio carta blanca a la agencia para llevar a cabo todas las operaciones secretas necesarias para la eliminación física de los jefes de al-Qaida. Olvidando las recomendaciones de las convenciones de Ginebra, la guerra de Afganistán se desarrolló con ese mismo espíritu: ejecutar a los miembros de al-Qaida incluso si se rendían. El secretario de Defensa estadounidense, Donald Rumsfeld, se mostró inflexible y rechazó toda posibilidad de solución negociada y rendición. «No queremos que se escape ningún terrorista de al-Qaida —declaró Rumsfeld—. Queremos impedir que se reconstituya la red en otro lugar del mundo. Limpiaremos

las grutas de Tora Bora una por una si es necesario.» A continuación, hizo un claro llamamiento al asesinato de todos los prisioneros árabes y no afganos que luchaban al lado de los talibanes.[33]

Más de cuatrocientos de estos combatientes fueron exterminados a raíz del alzamiento de la fortaleza de Qalae-Jhangi y un número sin duda más elevado tras la toma de Tora Bora.

Todo indica que los norteamericanos sencillamente no quisieron dejar con vida a ninguno de los miembros de la secta terrorista al-Qaida. Ni siquiera cuando se rendían y se constituían prisioneros. En varias ocasiones, en Kandahar y en Tora Bora por ejemplo, los oficiales norteamericanos presentes sobre el terreno se mostraron inflexibles y se negaron a aceptar los pactos y acuerdos de rendición establecidos entre los miembros de al-Qaida y las fuerzas antitalibán aliadas. Exigieron que se prosiguiesen los combates hasta la liquidación total de los supervivientes. «¡Hay que matar a todos los combatientes de al-Qaida, y hay que matarlos ahora! Nada de aceptar que depongan las armas», exigieron miembros de la CIA a los combatientes de la Alianza en el frente de Tora Bora. Otro crimen también lo constituyó el uso indiscriminado, y prohibido por la Convención de Ottawa, de las bombas de fragmentación. Muy controvertidas, estas bombas (*cluster bombs*) son como muñecas rusas que contienen otras más pequeñas en su interior. Cada B-52 suelta una treintena de gruesas bombas (CBU-87), cada una de éstas desparrama más de doscientas pequeñas bombas (LU-97),y cada una de ellas, a su vez, libera trescientas granadas de color amarillo y grandes como una lata de cerveza. Por consiguiente, cada bomba de fragmentación disemina más de sesenta mil ingenios explosivos, y un único avión B-52 puede soltar, de una sola vez, ¡más de un millón ochocientas mil bombas! Y pensemos que estos aviones estuvieron bombardeando, en algunas zonas, sin descanso durante semanas enteras.

Cada bomba CBU-87 lo destruye todo, personas y material, en una superficie equivalente a una docena de campos de fútbol. Una media del 10% de las pequeñas bombas amarillas no estallan al tocar tierra. De manera que, disimuladas en la arena o en los matorrales, funcionan como minas antipersonal o antivehículo, y siguen sembrando la muerte entre los campesinos inocentes mucho después de haber sido lanzadas.

Para impedir el enjuiciamiento de militares estadounidenses por operaciones realizadas en el extranjero, Washington se niega a la ratificación del acuerdo que instituiría el Tribunal Penal Internacional (CPI). A tal efecto, el Senado ha aprobado, en primera lectura, la ley ASPA (American Servicemembers Protection Act), que permite a Estados Unidos tomar medidas extremas —que pueden llegar hasta la invasión militar de un país— para recuperar a cualquier ciudadano estadounidense amenazado con ser citado ante el futuro CPI.

Aprovechando la «guerra mundial contra el terrorismo», otros países —el Reino Unido, Alemania, Italia, España, Francia…— han reforzado igualmente sus

legislaciones represivas.

Así pues, los defensores de los derechos públicos tienen motivos de sobra para inquietarse: el movimiento general de nuestras sociedades, que tendía hacia un respeto cada vez mayor por el individuo y sus libertades, se ha visto brutalmente atajado. Y todo indica que ha empezado la deriva hacia un Estado crecientemente policial…

En su informe anual sobre el estado de los derechos humanos en el mundo, presentado el 28 de mayo de 2002, Amnistía Internacional confirma esta deriva y denuncia que varios gobiernos aprovecharon ese horror y la ola de indignación que provocó para subirse al tren del «antiterrorismo» y utilizaron el brutal momento para «incrementar la represión, socavar la protección a los derechos humanos y reprimir la disidencia política».[34]

Un cambio geopolítico radical

Desde ese punto de vista, asistimos a un profundo cambio geopolítico que va a afectar a nuestras vidas irremediablemente. Todo empieza ese fatídico martes 11 de septiembre de 2001 con el descubrimiento de una nueva arma: un avión comercial, cargado de carburante y transformado en misil de destrucción y gigantesca bomba incendiaria. Ignorada hasta entonces, esta monstruosa arma nueva estalla por sorpresa ese día en Estados Unidos repetidas veces y en un breve lapso. La violencia del impacto es tal que consigue sacudir el mundo entero de forma efectiva.

Lo que cambia, para empezar, es la percepción misma del terrorismo. De inmediato, se habla de «hiperterrorismo»[35] para subrayar que no volverá a ser como antes. Se ha rebasado un límite impensable, inconcebible. La desmesura de la agresión la convierte en un hecho sin precedentes. Hasta el punto de que nadie sabe cómo llamarla. ¿Atentado? ¿Ataque? ¿Acto de guerra? Los límites de la violencia extrema parecen haberse ampliado. Y ya no se puede dar marcha atrás. Todos sabemos que los crímenes del 11 de septiembre —inaugurales— se reproducirán.[36] Quizá en otro sitio, y sin duda en circunstancias diferentes, pero se repetirán. La historia de los conflictos enseña que, cuando aparece un arma nueva, por horribles que sean sus efectos, siempre vuelve a utilizarse. Lo confirma el empleo de gases de combate después de 1918, o la destrucción de ciudades mediante bombardeos aéreos después de Guernica, en 1937. En definitiva, ése es el miedo que perpetúa, cincuenta años después de Hiroshima, la amenaza nuclear…

Golpear las conciencias

Al tiempo que una crueldad insólita, la agresión del 11 de septiembre revela en sus autores un altísimo nivel de complejidad. Querían golpear con fuerza, golpear en lo más vivo, pero sobre todo golpear las conciencias. Y pretendían producir al menos tres tipos de efectos: enormes daños materiales, un impacto simbólico y una gran conmoción mediática.

Los resultados son de sobra conocidos: destrucción de unas tres mil vidas humanas, de las dos torres del World Trade Center, de un ala del Pentágono y, si el cuarto avión no se hubiera estrellado en Pensilvania, probablemente también destrucción de la Casa Blanca. Pero es evidente que estos estragos no constituían el objetivo principal. De otro modo, los aviones se habrían lanzado, por ejemplo, contra presas, embalses o centrales nucleares y habrían provocado desastres apocalípticos y decenas de miles de muertos…[37] El segundo objetivo pretendía impresionar la imaginación colectiva desacreditando, ofendiendo y humillando los signos fundamentales de la grandeza de Estados Unidos, los símbolos de su hegemonía imperial en materia económica (el World Trade Center), militar (el Pentágono) y política (la Casa Blanca).

El tercer objetivo, menos evidente que los dos anteriores, era de orden mediático. Mediante una especie de golpe de Estado televisivo, Osama Bin Laden, presunto cerebro de la agresión, pretendía ocupar las pantallas, imponerles —como un realizador diabólico— sus imágenes, las escenas de su obra de destrucción. De ese modo, y con grave perjuicio para la administración norteamericana,[38] se hizo con el control de todas las pantallas de televisión de Estados Unidos (y, más allá, del mundo entero). Ello le permitió develar, demostrar, evidenciar la insólita vulnerabilidad de la primera hiperpotencia, exhibir en el interior de los hogares norteamericanos su propio poder maléfico y poner personalmente en escena la coreografía de su crimen.

Mesianismo mediático

Una muestra de narcisismo que completa la otra imagen dominante del comienzo de esta crisis: la del propio Bin Laden. Sobre fondo de una cueva afgana, el autorretrato de un hombre de mirada extrañamente dulce… De la noche a la mañana, esta imagen convirtió a un hombre prácticamente desconocido la víspera del 11 de septiembre en la persona más famosa del mundo.[39]

Desde que un dispositivo técnico global permite difundir imágenes en directo a la totalidad del planeta, se sabía que el mundo estaba maduro para la aparición de un «mesianismo mediático». El caso Diana [de Gales], en particular, demostró que los medios de comunicación, mucho más numerosos que antes, están más unificados y uniformizados que nunca. Y que este estado de cosas sería aprovechado tarde o temprano por alguna especie de profeta electrónico.[40]

Osama Bin Laden es el primero. La agresión del 11 de septiembre le permitió acceder a todas las pantallas del mundo y transmitir su mensaje planetario. Genio del mal o moderno doctor Mabuse para muchos, pudo aparecer a los ojos de millones de personas, especialmente en el mundo árabe-musulmán, como un héroe. Y, más aún que como un héroe, como un mesías, «aquel que, elegido y enviado por Dios, viene a librar del mal a la humanidad»…

Y que, con ese fin y por paradójico que pueda parecer, no duda en inventar un terrorismo de un nuevo tipo. Resulta obvio que en adelante tendremos que hacer frente a un terrorismo global. Global en su organización, pero también en su alcance y sus objetivos. Y que no plantea reivindicaciones muy precisas. Ni la independencia de un territorio, ni concesiones políticas concretas, ni la instauración de un tipo particular de régimen. Esta nueva forma de terror se manifiesta como una especie de castigo o escarmiento contra un «comportamiento general», sin más precisiones, de Estados Unidos y, más ampliamente, de los países occidentales.

Tanto el presidente George W. Bush —que habló de «cruzada», para retractarse después— como Osama Bin Laden han descrito este enfrentamiento en términos de choque de civilizaciones, incluso de guerra de religión: «El mundo se ha escindido en dos campos —ha afirmado Bin Laden—, uno bajo la bandera de la cruz, como lo afirma el jefe de los infieles, Bush, y el otro bajo la bandera del islam».[41]

Atacado por primera vez dentro de sus fronteras,[42] en el corazón de su propia metrópoli y de un modo particularmente cruento, Estados Unidos decidió reaccionar rompiendo la baraja de la política internacional. Temiendo, en un primer momento, una respuesta precipitada e impulsiva, el mundo contuvo el aliento. No obstante, bajo la influencia del secretario de Estado Colin Powell, que ha demostrado ser la personalidad más lúcida de la administración norteamericana,[43] Estados Unidos consiguió mantener su sangre fría. Y supo sacar partido de la emoción internacional y la solidaridad expresada por casi todas las cancillerías (con la única excepción de Irak) para reforzar su hegemonía planetaria.

Indiscutible supremacía

Desde la desaparición de la Unión Soviética en diciembre de 1991, se sabía que Estados Unidos se había convertido en hiperpotencia única. Pero, aquí y allí, algunos recalcitrantes —Rusia, China, Francia a su manera, etc.— se resistían a admitirlo. Los sucesos del 11 de septiembre barrieron todas las reticencias: Moscú, Pekín, París y muchas otras capitales reconocieron explícitamente la supremacía estadounidense. Numerosos dirigentes —y, el primero de todos, el presidente francés, Jacques Chirac— se apresuraron a presentarse en Washington, oficialmente para ofrecer sus condolencias, en realidad para rendir vasallaje incondicional. Todos comprendieron que había pasado el momento de las evasivas. «Quien no está con nosotros, está con

los terroristas», había advertido el presidente Bush, antes de añadir que se acordaría de todos aquellos que en aquel momento particular hubieran permanecido pasivos.

Una vez constatado el acatamiento universal —que incluía los de la ONU, la OTAN y la Unión Europea—, Washington se comportó de manera soberana, es decir, sin tomar en consideración las recomendaciones o deseos de los países adictos. La coalición constituida obedeció a una geometría variable, en la que Washington escogió a su pareja en todo momento, le fijó unilateralmente la misión que debía cumplir y no le dejó ningún margen de maniobra. «La participación de Europa en esta guerra —constata un analista estadounidense— se hace sobre bases unilaterales que suponen la clara aceptación de una sola autoridad: el mando norteamericano».[44]

Y no sólo en el terreno militar. En el de la información —la «guerra invisible»—, más de cincuenta países pusieron igualmente sus servicios de inteligencia y de contraespionaje a las órdenes de la CIA y del FBI. Gracias a ello fueron detenidos, en apenas unas semanas, más de trescientos sesenta sospechosos en todo el mundo, acusados de vinculación con la red al-Qaida de Osama Bin Laden.[45]

La supremacía de Estados Unidos era grande; ahora es aplastante. «A comienzos del año 2002, el mundo se encuentra en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad —constata el politólogo estadounidense William Pfaff—. Una sola nación, Estados Unidos, goza de un poder militar y económico sin rival y puede imponerse prácticamente en cualquier sitio. Incluso sin recurrir a las armas nucleares, Estados Unidos podría destruir las fuerzas militares de cualquier otra nación del planeta. Si quisiera, Estados Unidos podría imponer una quiebra social y económica completa a cualquier otro país. Ninguna nación ha tenido nunca un poder semejante, ni una invulnerabilidad comparable».[46]

A su lado, las otras potencias occidentales (Francia, Alemania, Japón, Italia, Canadá y el Reino Unido) son figuras liliputienses. La prueba más espectacular del impresionante poder de intimidación que ejerce Estados Unidos se nos ofreció el día siguiente al 11 de septiembre.

La estrategia de Bin Laden

Al hacer asesinar al comandante Massud, jefe militar de la Alianza del Norte afgana, el 9 de septiembre, Osama Bin Laden creyó haber eliminado una de las bazas decisivas de las que podría haberse servido Washington tras los atentados. Estados Unidos, se dijo, no podría seguir apoyándose en la Alianza del Norte. Si persistía en hacerlo para derrocar el régimen de los talibanes, protectores de al-Qaida, se encontraría enfrente a Pakistán, una potencia militar temible, con ciento cincuenta millones de habitantes y en posesión de armamento nuclear. Islamabad no aceptaría jamás, pensaba Bin Laden, el desmantelamiento del régimen de los talibanes, que había permitido a Pakistán hacer realidad una ambición ancestral: controlar al fin

Afganistán y reducirlo, de hecho, al rango de protectorado.

Más al norte, Rusia, tensa con Washington debido a su grave desacuerdo con el proyecto de escudo antimisiles acariciado por el presidente Bush, tampoco colaboraría con los estadounidenses, ni les ofrecería ninguna intermediación ante sus estrechos aliados de Asia Central, Uzbekistán y Tayikistán.

Según este razonamiento, de sentido común, después del 11 de septiembre Estados Unidos habría tenido que resignarse a bombardear Afganistán desde muy lejos, con misiles de crucero Tomahawk, como tuvo que hacer William Clinton en 1998 tras los atentados contra las embajadas estadounidenses de Nairobi y Dar-es-Salam. Una respuesta sin duda espectacular pero sin consecuencias reales…

Como ha demostrado el desarrollo de los acontecimientos, Osama Bin Laden se equivocaba. En menos de veinticuatro horas, puestos en la ineludible disyuntiva de ayudar a Estados Unidos o asumir considerables riesgos en ámbitos estratégicos tan prioritarios como Cachemira, la rivalidad con la India y la posesión de armamento nuclear, el alto mando paquistaní y el presidente general Pervez Musharraf no lo dudaron un segundo. Optaron, como es bien sabido, por sacrificar Afganistán.

En cuanto a Rusia, tampoco vaciló un instante. El 11 de septiembre, Vladimir Putin fue el primero en ponerse en contacto con Bush para expresarle su solidaridad. Ésta fue tan lejos en Asia central que la jerarquía del ejército estadounidense no pudo por menos de conmoverse. La recompensa de Washington ha sido doble: silencio norteamericano sobre las atrocidades cometidas por el ejército ruso en su lucha «contra el terrorismo» en Chechenia; y aceptación de que Rusia se integre, de hecho, en la OTAN.[47]

Aterradora advertencia

La nueva actitud de Moscú significa claramente que ya no hay ninguna posibilidad de que se constituya una coalición militar capaz de actuar como contrapeso al poderío de Estados Unidos. Hoy por hoy su predominio militar es absoluto. Desde ese punto de vista, el «castigo» que infligió a Afganistán desde el 7 de octubre, bombardeándolo día y noche durante varios meses, representa una aterradora advertencia a todos los países del mundo. Quien esté contra Estados Unidos se encontrará solo frente a ellos, sin ningún aliado y expuesto a que lo bombardeen hasta devolverlo a la Edad de Piedra. La lista de próximos «blancos» potenciales se anuncia públicamente en los periódicos norteamericanos: Somalia, Yemen, Sudán, Irak, Irán, Siria, Corea del Norte… Y el presidente Bush, en su discurso sobre el estado de la nación, el 29 de enero de 2002, con la apelación «eje del mal» ha designado explícitamente tres próximas dianas: Corea del Norte, Irán y sobre todo Irak.

Otra lección posterior al 11 de septiembre es que la globalización continúa y se

afianza como la principal característica del mundo contemporáneo. No obstante, la crisis actual ha revelado su vulnerabilidad. Por ese motivo, Estados Unidos sostiene que es urgente constituir lo que se podría llamar el aparato de seguridad de la globalización. Con la adhesión de Rusia, la entrada de China en la OMC y el pretexto de la lucha mundial contra el terrorismo, que permite recortar las libertades y el perímetro de la democracia en todas partes,[48] en la actualidad parecen darse todas las condiciones para que este dispositivo global de seguridad se ultime. Sea bajo los auspicios de la nueva OTAN o, más probablemente, bajo el control directo de las fuerzas armadas estadounidenses. Que ya están actuando directamente, con el argumento de «combatir el terrorismo», en frentes tan dispersos como Filipinas, Afganistán, Pakistán, Georgia, Yemen, Somalia y Colombia.

Se abre paso la idea de que hemos entrado en un nuevo período de la historia contemporánea en el que, de nuevo, es posible dar soluciones militares a problemas políticos.

A causa de la globalización…

También se escuchan voces que hacen responsable parcial de los hechos del 11 de septiembre a la globalización liberal, porque ha agravado las injusticias, las desigualdades y la pobreza a escala planetaria.[49] Y porque, en consecuencia, ha agudizado la desesperación y el rencor de millones de personas dispuestas a rebelarse, de personas decididas, en el mundo árabe-musulmán, a apoyar a los grupos islámicos más radicales, incluido al-Qaida, que apelan a la violencia más extrema.

Debilitando los estados, devaluando la política y desmantelando las principales reglamentaciones, la globalización ha favorecido el desarrollo de organizaciones de estructura flexible, no jerárquica, no vertical, reticular. Tanto las empresas globales como las ONG, por ejemplo, han aprovechado este nuevo *statu quo* y se han multiplicado.

Pero, en esas mismas condiciones, han proliferado también organizaciones parásitas, aprovechando de forma caótica espacios degradados por la globalización: mafias, organizaciones delictivas, redes criminales de todo tipo, sectas y grupos terroristas.[50]

Desde este punto de vista, la red-secta al-Qaida es una organización perfectamente adaptada a la era de la globalización, con sus ramificaciones multinacionales, sus redes financieras, sus conexiones mediáticas y comunicacionales, sus recursos económicos, sus fuentes de aprovisionamiento, sus centros de enseñanza y de formación, sus organizaciones humanitarias, sus órganos de propaganda, sus filiales y subfiliales…

A la manera de Bin Laden y de al-Qaida, determinadas empresas globales se apropiarán de un Estado hueco, vacío, desestructurado, presa del desorden endémico

y del caos, para utilizarlo a su capricho. También desde este punto de vista Osama Bin Laden habrá sido en cierto modo un terrorífico precursor.

¿Hacia el individuo-estado?

A lo largo de la historia, el mundo ha conocido ciudades-Estado (Atenas, Esparta, Venecia, Hong-Kong, Singapur…), regiones-Estado (en la época feudal, pero también en la contemporánea, con las descentralizaciones, las autonomías y el neofederalismo), partidos-Estado (el partido fascista en la Italia de Mussolini, el nacionalsocialista en la Alemania de Hitler o el comunista en la Unión Soviética de Stalin) y naciones-Estado (en los siglos XIX y XX).

Pero, con la globalización, estamos asistiendo a la aparición de la red-Estado e incluso del individuo-Estado, del que Osama Bin Laden es el primer ejemplo evidente. Aunque, por el momento, este último siga necesitando —como el cangrejo ermitaño necesita una concha vacía— un «Estado vacío» (Somalia, Afganistán) para apropiárselo y ponerlo al servicio total de sus ambiciones.

La mundialización favorece este fenómeno, como probablemente favorecerá mañana la aparición de empresas-Estado.

ORIENTE PRÓXIMO. LA NUEVA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

En septiembre de 2002, un año después de los trágicos atentados del 11 de septiembre del 2001, acabada la aplastante ofensiva de Estados Unidos en Afganistán contra el régimen de los talibanes y contra la red al-Qaida de Osama Bin Laden, la «guerra de los cien años» que enfrenta a israelíes y palestinos sigue haciendo estragos en Oriente Próximo. La guerra entre Israel y Palestina resulta inextricable y, para muchos, es el «agujero negro» de la política internacional.

La «segunda Intifada» y su represión ya habían sobrepasado, en febrero de 2002, la barrera del millar de muertos (más de doscientos sesenta israelíes y alrededor de novecientos quince palestinos). Sin contar la decena de millares de heridos en ambos campos, inválidos de por vida en muchos casos.

En circunstancias dramáticas y mientras siguen corriendo ríos de sangre, ¿cómo no recordar las palabras pronunciadas por Isaac Rabin, antes de caer a su vez bajo las balas de un judío fanático: «Nosotros, los soldados que hemos vuelto del combate manchados de sangre, nosotros, que hemos luchado contra vosotros, palestinos, os decimos hoy con voz fuerte y clara: “Basta de sangre y basta de lágrimas. ¡Basta!”»?

Sin embargo, en los siete años transcurridos, ¡cuánta sangre y cuántas lágrimas se han seguido vertiendo sobre las martirizadas tierras de Israel y Palestina! La provocación del general Ariel Sharon al presentarse el 28 de septiembre de 2000, protegido por decenas de policías, en la Explanada de las Mezquitas (el monte del Templo para los judíos) puso en marcha un nuevo engranaje trágico: protestas de civiles palestinos, brutalidad desproporcionada de la represión,[51] niños y adolescentes palestinos abatidos por las balas, horrible linchamiento de dos militares israelíes, represalias contra los árabes israelíes, atentados suicidas en las calles de las ciudades israelíes, reocupación militar de las ciudades autónomas palestinas, provocaciones de colonos extremistas, nuevos y odiosos atentados contra civiles israelíes, etc. La espiral de violencia parecía no tener fin.

El choque planetario del 11 de septiembre de 2001 no interrumpió el ciclo de venganzas y represalias. Antes bien, parece haberlo relanzado e intensificado, sobre todo después de la operación «Muro de contención» lanzada en marzo y abril de 2002 por el ejército israelí, después de unos atentados palestinos especialmente crueles, y que se caracterizó, en particular, por la destrucción de una parte de la ciudad cisjordana de Yenin.[52]

Barbarie cotidiana. Regresión política hacia un conflicto étnico-religioso como los de Bosnia, Kosovo o Chechenia. Con llamadas, entre los fanáticos de ambos campos, a la «limpieza étnica» o a la «segregación de las poblaciones».[53] Retorno a la desesperación de los civiles palestinos, cuyas condiciones de vida se han vuelto infernales debido a los sucesivos bloqueos de las ciudades.[54] Y retorno de la

inquietud y el miedo en el seno de la sociedad israelí, que, traumatizada y martirizada, sigue siendo no obstante mayoritariamente partidaria de un acuerdo de paz.[55]

¡Qué trágica decepción para quienes creyeron ver el fin de un siglo de enfrentamientos en los acuerdos de Oslo de 1993!

Reveses

El asesinato de Isaac Rabin fue el primer revés importante al proyecto de paz. Después, en 1996, la apretada elección de Benjamín Netanyahu por una población en estado de *shock* tras una serie de incalificables atentados islamistas, supuso su ruina definitiva. Como primer ministro, Netanyahu bloqueó las negociaciones, saboteó los acuerdos de Oslo, violó las resoluciones de la ONU y, mediante una política de bloqueos y fomento de la colonización, agravó la situación material de los palestinos hasta límites insoportables y, en no pocos casos, los empujó a los brazos de organizaciones armadas, hostiles a su vez a los acuerdos de Oslo y partidarias del terrorismo.

En Gaza, por ejemplo, un millón de palestinos viven hacinados en condiciones de miseria indescriptibles, mientras que unos seis mil colonos judíos extremistas, protegidos por soldados armados hasta los dientes, ocupan un tercio del territorio, constituido por las tierras mejor regadas… En la Jerusalén árabe, despreciando el derecho internacional, Netanyahu promovió la implantación de poblaciones judías venidas en muchos casos de ultramar. En lo tocante a los palestinos, practicó una política de humillación y represión, y no vaciló en recurrir a la tortura, lo que le valió la condena de la ONU y la denuncia de la organización israelí de defensa de los derechos humanos Betselem. El periódico Haaretz no dudó entonces en presentar a Israel como «el único Estado del mundo en legitimar jurídicamente la tortura, de forma completamente oficial».[56]

Israel, un proyecto moral

Huelga decir que esta actitud colonial y represiva de las autoridades repugna a numerosos ciudadanos israelí es. Porque este singular Estado no se parece a ningún otro. Ciertamente, es el fruto de las tesis sionistas formuladas en 1896 por Theodor Herlz. No obstante, según el historiador israelí Zeev Sternhell, en el fondo el sionismo no sería otra cosa que «una variante clásica de ese nacionalismo cerrado que apareció en Europa en las postrimerías del siglo… No tiene el menor inconveniente en negar a otros los mismos derechos elementales que exige para sí con absoluto

aplomo».

El Estado de Israel surge también, indiscutiblemente, del antisemitismo europeo, de los pogromos rusos y del genocidio nazi. Constituye el puerto y el refugio al que se han acogido millones de perseguidos y discriminados en busca de un espacio de paz y libertad.[57] Así pues, para todos ellos, y en particular para los supervivientes de los campos de exterminio, Israel no es solamente un proyecto nacional, sino también un proyecto moral.

Un proyecto moral traicionado, como deben admitir incluso quienes se obstinan en cerrar los ojos ante los terribles abusos de las autoridades israelí es. Los llamados «nuevos historiadores» israelíes supieron, pruebas irrefutables en mano, poner en tela de juicio la leyenda de la inocencia de su Estado.[58]

Discriminaciones y represalias

Documentos escalofriantes han revelado la realidad de las matanzas cometidas en 1948 por soldados israelíes con el fin de aterrorizar a los palestinos y hacerlos huir. Los que se quedaron en Israel son hoy más de un millón (del que un 15% profesa el cristianismo), es decir, la sexta parte de la población del país. Menos sometidos a la discriminación que antaño (permanecieron sujetos a la autoridad militar hasta 1966), siguen siendo ciudadanos de segunda categoría, a pesar de lo prometido por la declaración de independencia, leída por David Ben Gurión el 14 de mayo de 1948: «El Estado de Israel garantizará la igualdad social y política más completa a todos sus habitantes, sin distinción de credo religioso, raza o sexo».

Este compromiso no se ha llevado a la práctica jamás. Y los derechos de los ciudadanos árabes israelíes no se han respetado nunca, como demostraron trágicamente las represalias racistas de Galilea a comienzos de octubre de 2000. Por haber protestado contra la represión en Cisjordania y Gaza, los árabes israelíes fueron víctimas, en Nazaret y otros lugares, tanto de los disparos con balas reales de los militares, que causaron trece muertes, como de auténticos pogromos organizados por esbirros del Likud y de los partidos de extrema derecha.

Sin embargo, la noche de su elección triunfal en mayo de 1999, el primer ministro laborista Ehud Barak había prometido retomar el sendero de la paz. ¿No se había atrevido a declarar, en abril de 1998, para gran escándalo de la derecha: «Si yo fuera un joven palestino, también elegiría la violencia»?

Retirada del Sur del Líbano

Y, efectivamente, Barak tomó la decisión de poner fin a la ocupación militar del

sur del Líbano. En esa franja territorial, la precipitada retirada del ejército israelí y el poco glorioso abandono de la milicia del Ejército del Sur del Líbano (ESL) fueron interpretadas por Hizbullah (la milicia islamista shií apoyada por Irán) y por parte de la opinión pública árabe como una gran victoria militar sobre Israel, la primera en medio siglo de enfrentamientos israelo-árabes.

Por un instante, pareció incluso que la esperanza de ver el fin de las negociaciones de paz se alejaba. Y que la región se disponía a entrar en un nuevo ciclo de inestabilidad y tensiones. Las cosas, como siempre en esa zona, podían empeorar.

Pero las apariencias eran engañosas. Oriente Próximo estaba ávido de paz. En Israel, la opinión pública la exigía en voz alta y clara. Y en la mayor parte de los países árabes el realismo se imponía, al tiempo que sonaba la hora del relevo de los jefes. En Jordania y en Siria una nueva generación ha tomado las riendas del Estado. En Arabia Saudí, en Egipto y en el seno de la Autoridad Palestina, la cuestión sucesoria sigue siendo crucial. Y ningún viejo dirigente quiere dejarle la guerra en herencia a su delfín.

Reformas en Irán

Por su parte, en Irán, país protector del Hizbullah libanes, los partidarios de las reformas no han dejado de ganar terreno. Si la solidaridad hacia los palestinos sigue siendo una «causa nacional», la forma que, según los reformistas, puede tomar esa solidaridad no pasa necesariamente por el apoyo exclusivo a la lucha armada y al terrorismo contra Israel.

En efecto, un viento de libertad sopla sobre Irán desde la aplastante victoria del Frente de la Participación en las elecciones legislativas del 8 de febrero de 2000. La mayoría de los escaños del Parlamento fue a parar a manos de los amigos reformistas del presidente Mohammed Jatamí. Tras los triunfos en las elecciones presidenciales (mayo de 1997) y municipales (marzo de 1999), este maremoto confirmó la intensidad de la demanda de cambios expresada por la sociedad iraní, veintitrés años después de la revolución islámica.

Los acontecimientos que se suceden en ese país, tres veces mayor que España y poblado por sesenta y seis millones de personas, tienen una importancia planetaria y conciernen directamente al conjunto del mundo musulmán, esa inmensa media luna que va de Marruecos a Indonesia y de Kosovo a Nigeria, y engloba a más de mil millones de seres humanos.

Islamismo político

Alimentadas de igualitarismo, tercermundismo, antisionismo y antiamericanismo, las ideas del islam iraní se extendieron por todo el mundo musulmán a partir de 1979. En todos los países, y particularmente en los medios más desfavorecidos, Teherán intentó establecer redes para favorecer la conquista del poder por los integristas islámicos. Irán aspiraba así a convertirse en jefe de fila de un islam político combativo, opuesto al tradicionalismo de Arabia Saudí. El proyecto salió fallido. Y hoy, en el plano interior, el régimen revolucionario se halla inmerso en plena confusión. Vilipendiado por la corrupción generalizada, denigrado por las dimensiones del desastre económico, desgarrado por graves enfrentamientos internos, desacreditado por sus excesos en la represión y censurado por su conformismo reaccionario en materia de costumbres. Sus tres grandes éxitos son de orden social (la revolución benefició a los desheredados), educacional (campañas de alfabetización, generalización de la enseñanza gratuita, más de dos millones de estudiantes —en su mayoría, mujeres— en la enseñanza superior) y democrático (las elecciones de mayo de 1997, marzo de 1999 y febrero de 2000 se desarrollaron con total transparencia).

Paradójicamente, estos tres logros agravan el descrédito del régimen. Profundamente transformadas, educadas y politizadas, las generaciones jóvenes son las primeras en expresar sus frustraciones. Una vez más, se confirma el célebre axioma de Alexis de Tocqueville: «Las grandes revoluciones que triunfan hacen desaparecer las causas que las produjeron, y en consecuencia su mismo éxito las vuelve incomprensibles para las nuevas generaciones».[59]

Las mujeres, los jóvenes, los intelectuales, el campo reformista en su totalidad exige una revolución dentro de la revolución. A su manera, el presidente Mohammed Jatamí recuerda al Mijail Gorbachov que, a la cabeza de la Unión Soviética, reclamaba para el régimen surgido de la Revolución de 1917 transparencia (glasnost) y reestructuración (perestroika).

No obstante, los partidarios de Jatamí no reniegan de los acontecimientos de 1979, ni mucho menos sueñan con la restauración. Si dicen «no» al régimen de los mullahs, es porque se oponen al secuestro de la revolución por un clero shií incapaz de dar un nuevo impulso al país.

El fin de una teocracia

El replanteamiento del carácter teocrático de la república islámica constituye el eje del debate entre conservadores y reformistas.[60] E interesa al conjunto del mundo musulmán. Los segundos sostienen que la institución del velayat faguih (literalmente, «el magisterio del guía religioso»), que establece la autoridad de un «guía supremo» no elegido (actualmente el ayatollah Ali Jamenei) por encima de la del presidente de la república designado por las urnas, no tiene legitimidad divina. Es la posición no sólo de los laicos, sino también de numerosas personalidades religiosas de primer

orden que, conscientes de que las mezquitas se vacían y el clero se desprestigia por momentos, temen ver sufrir al propio islam las consecuencias de la impopularidad del régimen.

En consecuencia, los reformistas hacen campaña por el fin del poder omnímodo del dogma religioso, el establecimiento de un Estado de derecho, el multipartidismo, la libertad de opinión, el derecho de los intelectuales y los creadores a la crítica y la ampliación del acceso de las mujeres a puestos de responsabilidad. Pueden expresarse, no sin riesgos, en los centenares de nuevos periódicos y revistas que dan fe de una efervescencia intelectual y una creatividad formidables. En materia económica, los proyectos son más vagos, por más que la situación resulta alarmante, con un 20% de paro, más del 50% de la población por debajo del umbral de la pobreza y una deuda exterior que supera los veintidós mil millones de dólares. Si hay partidarios de preservar un sector público fuerte, en particular en los hidrocarburos, otros propugnan la privatización de todas las empresas nacionalizadas e incluso la liquidación de los monopolios del Estado en los transportes, las telecomunicaciones, la energía… El campo reformista, unido contra los conservadores, se muestra dividido ante cuestiones esenciales.

Así pues, las espadas siguen en alto. Los conservadores, con el guía supremo Ali Jamenei a la cabeza, siguen controlando el poder judicial, los grandes medios de comunicación (radio y televisión), el poder económico y la policía, las fuerzas armadas y las milicias paramilitares.

No puede excluirse que se produzca un enfrentamiento entre ambos campos. Jatamí y sus amigos modernizadores deberán recordar esto: la experiencia enseña que el momento más peligroso para un gobierno que sale de un largo período de conservadurismo suele ser aquél precisamente en que empieza a realizar reformas.

Por otra parte, los atentados del 11 de septiembre y la guerra de Afganistán facilitaron la reinserción de la diplomacia de Teherán en el concierto internacional. Contrario, desde siempre, al régimen de los talibanes y protector de la minoría hazara (shií) de Afganistán, Irán es, de hecho, uno de los beneficiarios de la nueva situación creada tras el derrocamiento de los talibanes, lo que, objetivamente, favoreció cierto acercamiento de Teherán y Washington. Acercamiento que se vio brutalmente interrumpido el 29 de enero de 2002, cuando, en su discurso sobre el Estado de la Unión, el presidente Bush señaló de manera sorprendente a Irán, junto con Irak y Corea del Norte, como uno de los países miembros del «eje del Mal».

Este contexto transformado, si bien no implica una rebaja del compromiso iraní a favor de la creación de un Estado palestino, debería conducir a Teherán a privilegiar, en la persecución de tal fin, la acción diplomática en detrimento del apoyo exclusivo a Hizbullah y otras organizaciones partidarias de la violencia y el terrorismo contra Israel.

Negociar con Siria

¿Por qué, tras pensárselo durante veintidós años, el gobierno de Israel decidió de pronto aplicar la resolución 425 de las Naciones Unidas, que lo exhortaba a retirar sus tropas del sur del Líbano? Primero, porque, tras su triunfal elección en mayo de 1999, el primer ministro Ehud Barak había prometido poner fin a una ocupación muy impopular en Israel. Después, porque, desde un punto de vista estrictamente militar, dicha ocupación no garantizaba en absoluto la seguridad de Israel y de su población. Por último y sobre todo, porque la retirada de tropas permitiría relanzar las negociaciones con Siria.

Éstas constituían la prioridad de Ehud Barak tras su elección. Estaba dispuesto a devolver a Damasco lo fundamental de los altos del Golán, oferta formulada ya por sus antecesores que confirmaba su deseo de avanzar hacia un acuerdo con Siria. Pero, como es bien sabido, el compromiso se estrelló contra la voluntad del antiguo presidente Hafez al-Assad de obtener —por lo demás, de acuerdo con la resolución 242 del Consejo de Seguridad— el regreso a las líneas de alto el fuego del 4 de junio de 1967 y, en consecuencia, el acceso de Siria a la ribera oriental del lago Tiberíades.

Al retirarse del sur del Líbano sin haber llegado a un acuerdo con Damasco, Barak perseguía tres objetivos. Daba otra prueba de su deseo de paz a la comunidad internacional. Privaba a Damasco del prestigioso papel político de protector de Hizbullah, aliado de Irán, cuyos golpes a las tropas de Israel eran celebrados en todo el mundo árabe musulmán. Y, por último, ponía en evidencia la «otra ocupación» del país del Cedro, la de Siria, que mantiene treinta y cinco mil soldados en el Líbano. De golpe, obligaba a los sirios a reflexionar: si permitían que Hizbullah actuara en el interior de Israel, se exponían a sufrir las consecuencias.

Sin embargo, Damasco difícilmente podía permitírselo. El estado de deterioro del país era considerable. Cualquier crisis importante habría podido perturbar gravemente el proyecto fundamental del presidente Assad: transmitir el poder a su hijo.

En contrapartida, un acuerdo con Israel habría tenido numerosas ventajas para Siria, que habría recuperado los altos del Golán, preservado sus intereses estratégicos en el Líbano y accedido a créditos occidentales. Así pues, de uno y otro lado, todo empujaba a un compromiso.

La ocasión perdida

En cuanto a las relaciones Israel-Palestina, a pesar de los sangrientos enfrentamientos de mayo de 2000, diversos signos indicaban que, siete años después de los acuerdos de Oslo, estábamos en vísperas de un compromiso histórico. Y, además, sobre los tres contenciosos fundamentales: territorios, Jerusalén y refugiados.

Las negociaciones secretas celebradas en Estocolmo desde principios de mayo entre Shlomo Ben Ami, por aquel entonces ministro israelí de la Seguridad Interior, y Ahmed Qorei (Abu Allah), presidente del Consejo legislativo palestino, reservaban considerables sorpresas a ambas partes. Israel habría cedido entre el 90 y el 92% de Cisjordania (y no entre el 60 y el 75%, como se presumía), excluida la región de Jerusalén. Así pues, los palestinos debían abandonar los territorios donde residía aproximadamente el 80% de los colonos judíos.

En lo referente a Jerusalén, los palestinos habrían podido instalar su capital en Abu Dis, un barrio de la ciudad santa recientemente devuelto por Israel que habría pasado a denominarse al-Quds, nombre árabe de la ciudad, y se mantendría comunicado con los lugares santos musulmanes por un pasillo bajo control palestino. Jerusalén Este, donde viven doscientos mil palestinos, habría permanecido bajo soberanía israelí, pero bajo administración municipal palestina.

Por último, en lo relativo al delicado problema de los refugiados (cerca de cuatro millones de palestinos), Israel habría permitido el regreso simbólico de unas decenas de personas e indemnizado al resto. Fue este punto, y especialmente la apelación de los palestinos al principio del «derecho al regreso» propugnado por la resolución 194 de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 11 de diciembre de 1948, el que acabó convirtiéndose en el principal escollo. Y se planteó la posibilidad de «remitir» el asunto a futuras negociaciones entre el Estado palestino y el Estado de Israel.

La paz al alcance de la mano

Tras su valiente decisión de poner fin a la ocupación del sur del Líbano y su intención, no menos valiente, de devolver el Golán a Siria a cambio de la paz, Ehud Barak parecía resuelto a terminar con las injusticias cometidas con los palestinos. Todo hacía pensar que la paz estaba al alcance de la mano y que el compromiso en torno a los principales asuntos en litigio —restitución de territorios, Jerusalén Este y refugiados— no tardaría en alcanzarse.[61]

Éste implicaba forzosamente —para ambas partes, pero sobre todo para los palestinos— una serie de concesiones, que los extremistas de uno y otro campo se apresuraron a calificar de «inaceptables», cuando no de «sacrílegas». Con todo, y a pesar de sus imperfecciones, el proyecto de acuerdo parecía lo bastante sólido como para relanzar al fin, siete años después de Oslo, una auténtica dinámica de paz. Erradicando la violencia de la región, esta dinámica garantizaría la legítima aspiración israelí a la seguridad, reconocería el derecho no menos legítimo de los palestinos a vivir en un Estado soberano y permitiría así a Oriente Próximo en su totalidad consagrarse a lo esencial: el desarrollo democrático, económico y social.

Después de haber estado tan cerca de la paz, ¿cómo es posible que, a comienzos de este siglo XXI, israelíes y palestinos se hallen inmersos en esta guerra infernal?

Nuevas revelaciones sobre las negociaciones secretas celebradas en julio de 2000 en Camp David (Estados Unidos) nos han permitido constatar que los palestinos, indignados por las constantes violaciones perpetradas por las autoridades israelíes, no estaban dispuestos a hacer sustanciales concesiones suplementarias. Es cierto que, al reconocer a Israel el 15 de noviembre de 1988, su Consejo Nacional había aceptado que el Estado judío ocupara el 78% de la Palestina mandataria, contentándose con el 22% restante para el Estado palestino. En tales condiciones, ¿cómo conceder además el 10% de Cisjordania, porcentaje que al parecer no incluía ni la región de Jerusalén ni el valle del Jordán, sobre los que Barak pretendía mantener la soberanía israelí?

Con el agravante de que, según el mapa esbozado por la delegación israelí, los «bloques de colonias» anexionados por Israel habrían seccionado la orilla occidental del Jordán en tres zonas discontinuas. Sin embargo, la resolución 242 de las Naciones Unidas, adoptada por el Consejo de Seguridad en 1967, ¿no exige la retirada de Israel de los territorios ocupados? Y el acuerdo de Oslo, ¿no está fundado sobre la entrega de tierras a cambio de paz?

Pero los palestinos tampoco estaban dispuestos a ceder en lo relativo a Jerusalén Este, que tenían intención de convertir en su capital. Consideraban que el derecho internacional estaba de su parte, puesto que la resolución 242 de las Naciones Unidas intima a Israel a retirarse a sus fronteras anteriores a la guerra de 1967. No obstante, como muestra de buena voluntad, aceptaron ceder a Israel la plena soberanía sobre el Muro de las Lamentaciones, así como —concesión fundamental— sobre los barrios judíos de la ciudad vieja.

Sintiéndose depositario de los deseos de una parte de su pueblo, para la que Jerusalén reunificado debe seguir siendo la «capital eterna» de Israel, Ehud Barak no podía plegarse a reconocer la soberanía palestina sobre la parte oriental de la ciudad. Considerándose a su vez investido por el conjunto de los fieles y de los estados musulmanes del deber de mantener los lugares santos del islam bajo salvaguarda árabe, Yasser Arafat tampoco podía dar su brazo a torcer.

Este doble impasse, sobre una cuestión ciertamente política, pero con un fuerte componente religioso, estaba destinado a frustrar las negociaciones. Las últimas propuestas de Barak, que a finales de septiembre de 2000 ofreció aceptar que, bajo el nombre de al-Quds, la capital palestina se instalara a menos de dos kilómetros de la Explanada de las Mezquitas, que continuaría bajo tutela (pero no bajo soberanía) palestina, no bastaron para detener el engranaje de la violencia, que la llegada al poder del general Ariel Sharon no hizo más que agravar.

¿Derecho al retorno?

Otra cuestión candente: el destino de los refugiados de 1948 —cuyo éxodo forzoso reconstruyeron los «nuevos historiadores» israelíes— y 1967. El derecho

internacional asistía a los palestinos también a este respecto: el 11 de diciembre de 1948, la resolución 194 de la Asamblea General de las Naciones Unidas establecía su derecho al retorno, que reconoció el propio Estado de Israel. En efecto, el 12 de mayo de 1949, en el marco de la conferencia de Lausana, Israel firmó con sus vecinos árabes un protocolo que asumía tanto el plan de reparto de 1947 como la resolución 194. Pero ese mismo 12 de mayo de 1949, la entrada en la ONU del Estado judío convertía en papel mojado lo acordado en Lausana. Walter Eytan, codirector general del ministerio israelí de Asuntos Exteriores, reconocerá lo siguiente: «Mi principal objetivo era empezar a socavar el protocolo del 12 de mayo, que nos habíamos visto obligados a firmar en el marco de nuestra lucha para ser admitidos en las Naciones Unidas».[62]

Cincuenta y dos años después, el Estado de Israel ha «olvidado» este episodio: a sus ojos, el retorno de los refugiados constituye una amenaza para su carácter judío, incluso para su misma existencia. En consecuencia, no cabía esperar que, en Camp David, el primer ministro Ehud Barak diera algún paso en dirección a Yasser Arafat.

No obstante, la honestidad intelectual obliga a reconocer que, en este contencioso como en los demás, la Autoridad Palestina tiene su parte de responsabilidad. No supo exponer claramente ni sus propuestas ni sus objeciones a las de la delegación israelí ni antes ni durante, ni después de la cumbre de Camp David. Ciertamente, los dirigentes y los medios de comunicación israelies instrumentalizaron el derecho al retorno.

Incluso un gran escritor israelí y veterano del «campo de la paz» como Amos Oz ha llegado a escribir que el reconocimiento de ese derecho «equivale a abolir el derecho a la autodeterminación del pueblo judío. Convertirá al pueblo judío en una minoría étnica a merced de los árabes, en una “minoría protegida”, como querrían los integristas musulmanes. El reconocimiento del “derecho al retorno” lleva aparejada la aniquilación de Israel… En lugar de “dos estados para dos naciones”, lo que a fin de cuentas habrá sobre esta tierra será dos estados árabes».[63] Pero ¿habría sido igual de eficaz este espantajo si, siguiendo el ejemplo de Leila Shahid, delegada general de Palestina en Francia, el líder palestino hubiera dicho públicamente —como sus negociadores a puerta cerrada—: «Es evidente que nadie desea modificar el carácter judío del Estado israelí… Es evidente que el derecho al retorno no podrá aplicarse a todos los refugiados. En consecuencia, habrá que negociar su aplicación; pero no es menos evidente que el derecho debe ser reconocido»?[64]

El compromiso de Taba

No obstante, estos desaciertos no bastan para justificar el juicio de diversos observadores, para los que en Camp David Ehud Barak habría hecho una «oferta generosa» que Yasser Arafat se habría obstinado en rechazar. Indiscutiblemente, el

primer ministro israelí fue más lejos que cualquiera de sus predecesores. Pero no lo bastante para satisfacer las exigencias del derecho internacional y crear las condiciones *sine qua non* para el establecimiento de un Estado palestino independiente y viable. «Era imposible», responden esos mismos observadores. A este respecto, basta con remitirse a la historia. Tras la publicación de las sugerencias del presidente estadounidense William Clinton en diciembre de 2000, el gobierno israelí y la Autoridad Palestina acabaron aviniéndose a reanudar sobre estas nuevas bases las negociaciones iniciadas en Estados Unidos en la ciudad egipcia de Taba. Y hoy sabemos que dicha negociación sirvió para trazar las grandes líneas de un posible acuerdo sobre la totalidad de los puntos en litigio, incluido el derecho al retorno, cuyo principio reconoció Israel por primera vez, a cambio de una «aplicación flexible».[65]

Entre tanto, la dimisión del primer ministro israelí, Ehud Barak, había motivado la convocatoria de elecciones anticipadas, que debían celebrarse el 6 de febrero de 2001. Ante la previsible victoria de Ariel Sharon, a los ojos de Barak la entente israelopalestina dejó de ser el instrumento de una posible reelección para convertirse en un pesado lastre. En consecuencia, retiró a sus negociadores. ¿Y si, en vez de arrojar la toalla, Barak se hubiera concedido unos meses y, una vez pulido y rubricado el acuerdo, lo hubiera defendido ante la opinión pública de su país? Los datos disponibles inducen a pensar que una clara mayoría de israelies lo habría ratificado, a condición de que ofreciera una perspectiva de paz en la seguridad y el respeto al derecho de ambos países a decidir libremente su destino. Por desgracia, se trata de una mera conjetura. La elección de Ariel Sharon, presidente del Likud, condujo el enfrentamiento, ya sangrante, al dramático impasse en que se halla inmersa la región desde finales de 2001.

Responsabilidad de Estados Unidos

Estados Unidos tiene una gran responsabilidad en la evolución de este proceso: en lugar de desempeñar el papel de mediador, ha dado constantes pruebas de parcialidad a favor de Israel. Y no ha dejado de amenazar con actuar militarmente contra varios países árabes (Yemen, Sudán y sobre todo Irak), acusados por Washington, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, de acoger, proteger y ayudar a organizaciones islámicas terroristas.

A finales de 2001, en plena ofensiva militar contra Afganistán y durante varias semanas, los medios de comunicación estadounidenses hicieron circular el rumor de que el Pentágono estaba a punto de lanzar un ataque contra Irak, acusado (injustamente) de ser el causante de la ola de pánico al ántrax que se extendió por todo el país durante los días posteriores al 11 de septiembre. Daba la impresión de que Estados Unidos pretendía aprovechar la situación de crisis internacional para zanjar un problema pendiente de solución desde el final de la guerra del Golfo.

Muchos amigos incondicionales de Israel incitaron a la administración estadounidense a tomar ese camino. Sabían que, en nuestro mundo unipolar, Estados Unidos es el país más poderoso del concierto internacional y puede ejercer su hegemonía de forma autoritaria.

En efecto, Estados Unidos subyuga al mundo como no lo ha hecho ningún otro imperio en toda la historia de la humanidad. Tras su victoria en la guerra del Golfo, en 1991, ¿no propuso Washington edificar un «nuevo orden mundial» diseñado a su imagen? Con acentos proféticos, el presidente George Bush (padre) declaró entonces: «Estados Unidos está llamado a sacar al mundo de las tinieblas y del caos de la dictadura y conducirlo hacia la promesa de días mejores». Esta voluntad de ejercer de hecho el liderazgo mundial, de intervenir en las crisis e inclinar la balanza del lado más favorable a sus intereses no hizo más que confirmarse de 1994 a 2001, durante el mandato del presidente William Clinton. «Estados Unidos se considera investido de una misión que se ha dado a sí mismo, por su peso en el tablero mundial —constataba Hubert Védrine, el entonces ministro francés de Asuntos Exteriores—. Estamos ante un fenómeno de hiperpotencia».[66]

Y la antigua secretaria de Estado Madeleine Allbright ya había recordado, a raíz de la confrontación con Irak en febrero de 1998, que representaba a «una América totalmente convencida de tener responsabilidades globales, lo que significa que, cuando podamos cambiar las cosas, debemos hacerlo».[67] Sin pasar por la ONU, a la que Washington, al rechazar la elección de Butros Ghali en 1996, impuso que el nuevo secretario general no fuera un político: «El secretario general de la ONU —decretó la señora Allbright— debe ser sólo un administrador. Es posible que tenga un papel más político en una etapa histórica futura, pero no en los cinco próximos años».[68] La ironía de la historia ha querido que este «administrador» sea Kofi Annan, que ha demostrado, con su actuación ante diversas crisis, la necesidad de la política… y de las Naciones Unidas.

Ninguna estrategia para Oriente Próximo

Pero, aparte del constante apoyo a Israel, Estados Unidos no dispone de ninguna estrategia global para Oriente Próximo. Washington no ha hecho nada decisivo para redinamizar las negociaciones de paz entre israelíes y palestinos, ni siquiera tras los atentados del 11 de septiembre (el envío como mediador del general Anthony Zinni fue una medida diplomática menor).

Sin embargo, la situación actual en el mundo árabe difiere de la existente en 1991, durante la guerra del Golfo. La brutalidad del embargo impuesto a Bagdad (desde hace once años, un niño iraquí muere cada seis minutos…) y los sucesivos bombardeos estadounidenses de 1992, 1993, 1996 y 1998 dan la impresión de un encarnizamiento antiiraquí cuyas principales víctimas son los civiles.

En contraste, la actitud de Estados Unidos es excepcionalmente indulgente en lo relativo a las autoridades de Israel, país que sigue ocupando, con grave desprecio a las leyes internacionales, una parte de Siria (el Golán) y los territorios de Gaza y Cisjordania, además de Jerusalén Este. Un país en el que el gobierno de Ariel Sharon, haciendo oídos sordos a las protestas, decidió poner fin a las negociaciones de paz con los palestinos e intesificar la colonización y la represión. Un país, en fin, que posee todo tipo de armas de destrucción masiva (químicas, biológicas y atómicas) y que viola desde hace treinta años todas las resoluciones de la ONU que le afectan. Sin haber sido sancionado jamás. Antes al contrario, Washington continúa concediéndole año tras año ayudas por valor de tres mil millones de dólares.

Estos hechos son percibidos como una profunda injusticia por la opinión pública árabe, que, en contrapartida, expresa con creciente fuerza su simpatía hacia la población iraquí. Sin olvidar que el régimen de Bagdad es una dictadura basada en el terror y la represión, los intelectuales más influyentes del mundo árabe se han puesto a la cabeza de una cruzada de solidaridad con la sociedad iraquí. Temerosos de la fuerza de este movimiento (y para protestar contra la intransigencia del gobierno israelí), la mayoría de los dirigentes de la región se negaron a respaldar los planes de bombardeo de Irak tras la victoria estadounidense de enero de 2002 sobre Afganistán. De haberse llevado a cabo, dicha acción habría provocado sin duda masivas manifestaciones antiestadounidenses en casi todas partes. Y, en un mundo árabe en el que no existe ninguna democracia auténtica, y donde algunos dirigentes figuran entre los más veteranos del planeta, los desórdenes podrían haber provocado la desestabilización de más de un régimen, en especial de los más próximos a Washington.

Oriente Próximo denegación de justicia

Estados Unidos no ha sabido mostrarse firme ante la intransigencia de las autoridades israelíes jamás. Ni siquiera cuando, en marzo de 2002, la Cumbre árabe, reunida en Beirut, planteó unánimemente la adopción del plan de paz propuesto por el príncipe heredero de Arabia Saudí, y que consistía esencialmente en trocar paz contra territorios. Toda la paz contra todos los territorios. Aunque Washington apoyó oficialmente ese plan, y el presidente Bush habló de la necesidad de un «Estado palestino», no protestó cuando el primer ministro Sharon, en respuesta a esa proposición, desencadenó su ofensiva «Muro de contención» y lanzó a 75.000 soldados a reocupar Cisjordania provocando decenas de muertos y destrucciones sin número.

Así pues, la partida no es igual. Y todos los que exigen frenéticamente un «equilibrio»[69] en el tratamiento mediático de este contencioso no pretenden otra cosa que enmascarar la pura verdad.

Ésta no puede ser más clara: en Cisjordania y Gaza estamos ante una flagrante denegación de justicia respecto a los derechos fundamentales de los palestinos. A nuestro modo de ver, esta denegación de justicia no justifica de ningún modo el recurso al terrorismo ciego ni los atentados indiscriminados contra civiles israelíes inocentes. Los dirigentes palestinos que apuestan por el terrorismo siguen ignorando el carácter democrático de la sociedad israelí que elige libremente a sus gobernantes. Cuanto más aterrorizados se sientan, mayor tendencia tendrán los israelíes a votar en favor de sus dirigentes más «halcones», más duros y más intransigentes. Ya es hora que vaya surgiendo, en el seno de la sociedad palestina, un poderoso movimiento no violento que podría aliarse al movimiento pacifista israelí. Todas las encuestas muestran que hay, en los dos pueblos, una mayoría de ciudadanos que, a pesar de todo lo ocurrido, desean avanzar hacia la paz y la reconciliación.

En cualquier otra región del mundo, una situación de opresión semejante habría provocado la justa indignación de los intelectuales que, en casos parecidos, alzan la voz contra las violaciones de los derechos humanos, reclaman la creación de tribunales internacionales y alertan a la opinión pública, cuando no exigen (como en Kosovo, Chechenia o Timor Oriental) una intervención militar. «Muchos intelectuales —constatan, por ejemplo, Daniel Bensaid, Rony Brauman y Marcel-Francis Kahn, comprometidos en la defensa de los derechos nacionales de bosnios, chechenos y kosovares— permanecen extrañamente callados (en el mejor de los casos) cuando se trata de los refugiados y los campos palestinos».[70]

Israel, superpotencia militar arrimada a la hiperpotencia de Estados Unidos, debe probar que sabe ser justo. Una parte de su clase política, escasa a un tiempo de imaginación, audacia y corazón, parece incapaz de afrontar los desafíos del postsionismo. ¿Tendrá el coraje necesario para hacer las concesiones imprescindibles? ¿Desmantelar las colonias enquistadas, como en Hebrón y Gaza, creadas ilegalmente por fanáticos de extrema derecha, racistas y armados hasta los dientes? ¿Abandonar la ilusión de que los palestinos siempre están dispuestos a aceptar lo que sea porque la relación de fuerzas les es desfavorable? ¿Admitir que los palestinos luchan por su libertad y su independencia, y que la ocupación, injusta para ellos, es suicida para el futuro del propio Estado judío?[71]

Verdad y reconciliación

Por múltiples razones, Oriente Próximo no puede permitirse seguir posponiendo la resolución del conflicto. En Israel como en Palestina, la opinión pública lo exige. La solución, política, pasa por la coexistencia, pacífica e incluso constructiva, de ambos estados, judío el uno y árabe el otro. Pero exige igualmente la reconciliación de los dos pueblos, que deben, entre otras cosas, asumir sus respectivas historias.

En eso radica la importancia, por ejemplo, de la llamada lanzada hace cuatro años

por Edward W. Said. El intelectual estadounidense de origen palestino replicaba lo siguiente a los amigos árabes de Roger Garaudy: «La tesis de que el Holocausto no es otra cosa que una superchería de los sionistas circula por diversos medios de manera inaceptable. ¿Cómo podemos esperar que el mundo entero tome conciencia de nuestros sufrimientos en tanto que árabes si no somos capaces de tomar conciencia de la de otros, aunque se trate de nuestros opresores, y si nos mostramos incapaces de aceptar los hechos cuando contradicen la visión simplista de intelectuales "bienpensantes" que se niegan a ver la relación existente entre el Holocausto e Israel? Decir que debemos tomar conciencia de la realidad del Holocausto —sigue diciendo Said— no significa en absoluto aceptar la idea de que el Holocausto excusa al sionismo del mal que ha hecho a los palestinos. Por el contrario, reconocer la historia del Holocausto y la locura del genocidio contra el pueblo judío nos hace creíbles en lo tocante a nuestra propia historia; nos permite pedir a los israelíes y los judíos que establezcan un vínculo entre el Holocausto y las injusticias sionistas impuestas a los palestinos; que establezcan un vínculo y al mismo tiempo lo cuestionen por lo que oculta de hipocresía y desviación moral».

Y el intelectual palestino no duda en añadir: «Abundar en el sentido de Roger Garaudy y sus amigos negacionistas en nombre de la "libertad de expresión" es un ardid idiota que no sirve más que para desacreditarnos a los ojos del mundo. Es una prueba de ignorancia fundamental de la historia del mundo en el que vivimos, un signo de incompetencia y de incapacidad para entablar una batalla digna».[72]

A esta llamada han respondido en el mundo árabe otros intelectuales que, plantando cara al rebrote antisemita alimentado por la degeneración del conflicto, se han opuesto a quienes niegan el genocidio de los judíos de Europa cometido por los nazis.

Puede verse en ello algo así como una mano tendida por encima del río de sangre que separa actualmente a ambos pueblos, para favorecer la llegada del día en que la verdad disipe al fin los odios e instaure una paz duradera. Y, al hacerlo, salve a ambos pueblos de una destrucción anunciada…

GLOBALIZACIÓN/ANTIGLOBALIZACIÓN. GUERRA SOCIAL PLANETARIA

Conocida es la frase de Karl Marx: «Dadme el molino de viento y os daré la Edad Media». Parafraseándola, podríamos añadir: «Dadme la máquina de vapor y os daré la era industrial». O, aplicándola a la época contemporánea: «Dadme el ordenador y os daré la globalización».

Aunque tales determinismos son forzosamente excesivos, resumen bastante bien esta idea central: en momentos cruciales de la historia, una invención genial —que no surge jamás del azar— trastoca el orden de las cosas, cambia la trayectoria de una sociedad y desencadena un nuevo movimiento de larga duración. Imperceptiblemente, desde hace un decenio largo, hemos entrado en un movimiento de este tipo.

A finales del siglo XIX, la máquina de vapor, al provocar la revolución industrial, cambió la faz del mundo: desarrollo del capitalismo, aparición de la clase obrera, nacimiento del socialismo, expansión del colonialismo, etc. Sin embargo, esa máquina, en definitiva, sólo reemplazaba a los músculos.

Con su vocación de reemplazar al cerebro, el ordenador lleva camino de provocar, ante nuestros ojos, mutaciones todavía más formidables e inauditas. Cualquiera puede constatar, en efecto, que todo ha empezado a cambiar a nuestro alrededor: el marco geopolítico, el contexto económico, las coordenadas políticas, los parámetros ecológicos, los valores sociales, los criterios culturales y las actitudes individuales.

Las tecnologías de la información y de la comunicación, junto con la revolución digital, nos han hecho entrar, *nolens volens*, en una nueva era, cuyas características fundamentales son la transmisión instantánea de datos inmateriales y la proliferación de los vínculos y las redes electrónicas. Internet es el corazón, la encrucijada y la síntesis de la gran mutación en curso. Las autopistas de la información son a la era actual lo que fue el ferrocarril a la era industrial: poderosos factores de impulso y de intensificación de los intercambios.

Nueva economía

Con tal paralelismo en mente, numerosos especuladores recordaron que «las ventajas económicas de un sistema de transporte aumentan en línea quebrada, con saltos repentinos, cuando se establecen determinadas conexiones». Y que, «en la década de 1840, la construcción de las líneas férreas constituyó por sí sola el motor más importante del crecimiento industrial en Europa occidental».[73] En consecuencia, desde mediados de la década de 1990, los neocapitalistas apostaron, en esta fase de despegue, por el crecimiento exponencial de todas las actividades

relacionadas con las autopistas de la información, las tecnologías de las redes virtuales e Internet. En 1999 y 2000 se dio en llamar «nueva economía» a esta fiebre especulativa.

Muchos inversores estaban convencidos de que, enfrentadas a una de las mutaciones más rápidas que haya conocido el mundo, las empresas se verían obligadas a adaptarse invirtiendo grandes sumas en equipos informáticos, telefonía digital, telecomunicaciones por satélite, redes, etc. Las perspectivas de crecimiento parecían ilimitadas. En Francia, por ejemplo, la tasa de equipos informáticos en hogares y oficinas se duplicó entre 1997 y 2000. Por otra parte, más de diez millones de personas adquirieron teléfonos portátiles en esos tres años. A 31 de diciembre de 2001, la tasa de penetración de la telefonía móvil había alcanzado el 61,6% y treinta y siete millones de franceses disponían de aparatos portátiles. Por añadidura, se calculaba que el número de usuarios de Internet, estimado en ciento cuarenta y dos millones en 1998, superaría los quinientos millones en 2003.

La gran batalla económica del futuro vería enfrentarse a las empresas estadounidenses, europeas y japonesas por el control de las redes y el dominio del mercado de las imágenes, los datos, el ocio, el sonido, las consolas de juegos y, en definitiva, los contenidos. Pero también, si no especialmente, por la hegemonía en el sector en desarrollo exponencial del comercio electrónico. Internet debía transformarse en una inmensa galería comercial.[74] Embrionario en 1998, con unos ocho mil millones de euros en transacciones, el comercio electrónico alcanzó los cuarenta mil millones en 2000 y podría superar los ochenta mil en 2005.

Presa de una acuciante fiebre de opulencia, soñando con el enriquecimiento fácil y espoleados por la mayoría de los medios de comunicación, enjambres de inversores (veteranos y bisoños) se abalanzaron en casi todo el mundo sobre las bolsas durante los dos años del «boom tecnológico» 1999-2000, como antaño los buscadores de oro sobre Eldorado o Klondike. Las cotizaciones de ciertos valores ligados a la galaxia Internet se dispararon. En 1999, una decena de compañías vieron multiplicarse por cien el valor de sus acciones. A otras, como American On Line (AOL), les fue aún mejor: su valor en bolsa se multiplicó por ochocientos respecto a 1992.

Crack del Nasdaq

Un ahorrador que hubiera invertido solamente mil euros en acciones de cada uno de los cinco grandes de Internet (AOL, Yahoo!, Amazon, AtHome y eBay) el día de su entrada en bolsa habría ganado, desde el 9 de abril de 1999, un millón de euros… El índice del Nasdaq (la bolsa donde se negocian la mayoría de los valores de la alta tecnología en Nueva York) anunció unas ganancias del 85,6% para 1999.

Pero enriquecerse deprisa, sin esfuerzo y sin trabajo suele tener no poco de espejismo. A partir de marzo de 2000, el Nasdaq se vino abajo y arrastró en su caída,

en todo el mundo, a la mayoría de los valores tecnológicos y de telecomunicaciones.

Paradójicamente, las desigualdades siguieron ahondándose incluso durante los años del boom tecnológico, hasta alcanzar, a comienzos del *crack* del Nasdaq de marzo de 2000, niveles insólitos desde la Gran Depresión. La prosperidad de la «nueva economía» se reveló tan frágil que trajo a la mente de muchos el boom económico de los veinte, años, como 1999 y 2000, de inflación débil y producción elevada. Hasta tal punto que, ante el vertiginoso despegue del índice Nasdaq, ciertos analistas no dudaron en predecir un «crack tecnológico» y anunciar un «riesgo de quiebra» que dejaba planear el espectro de 1929.[75]

En la actualidad, se estima que apenas un 25% de las empresas de la Neteconomía podrán sobrevivir a medio plazo. Autoridades financieras de primer orden habían puesto en guardia a los ahorradores desde fechas muy tempranas. «Seamos prudentes respecto a los títulos de las empresas de Internet», advertía por ejemplo, ya en marzo de 2000, Arnout Wellink, presidente del Banco Central Holandés, que comparaba a los operadores con «caballos locos corriendo unos tras otros a la busca de una mina de oro».[76]

Suele decirse de las revoluciones políticas que devoran a sus hijos. Otro tanto cabe decir de las económicas.

Globalización/antiglobalización: Argentina, un caso de manual

Así, el ciclón económico que se abatió a finales de diciembre de 2001 sobre Argentina no sólo provocó sangrientas algaradas (treinta muertos) y hundió el país en el caos; también dio cuenta del gobierno y de cinco presidentes en menos de dos semanas.

Esta crisis resulta aleccionadora desde varios puntos de vista.[77] Desde 1989, Argentina seguía al pie de la letra las recomendaciones del FMI y de todas las instancias financieras internacionales. Había privatizado el conjunto del patrimonio estatal (petróleo, minas, electricidad, agua, teléfono, autopistas, red ferroviaria, metro, compañías aéreas… ¡Incluso el servicio de correos!), liberalizado totalmente el comercio exterior, suprimido el control cambiario y despedido o recortado sueldos y pensiones a decenas de miles de funcionarios para reducir el déficit público. Incluso había puesto la moneda en paridad (¡incorporada a la Constitución!) con el dólar para impedir que un gobierno futuro pudiera devaluarla.

No obstante, el importe de la venta de todo el patrimonio estatal, que ascendía a decenas de miles de millones de dólares, se evaporó lisa y llanamente debido a una corrupción tremebunda. ¡Y ni siquiera sirvió para pagar la deuda exterior del país! Más insólito si cabe: esta deuda, que era de ocho mil millones de dólares antes de las privatizaciones, tras la venta de los bienes del Estado se multiplicó por dieciséis, alcanzando un total de ciento treinta y dos mil millones de dólares.

Sin embargo, siguió considerándose a Argentina el «mejor alumno» del FMI. Y en marzo de 2000 su ministro de Economía, Domingo Cavallo, artífice de las privatizaciones y de la dolarización, se vio premiado por el New York Times con el título de «héroe liberal del año». Así pues, Argentina era un ejemplo citado por todos los defensores del ultraliberalismo, que no se cansaban de ensalzar el «modelo argentino». El mismo modelo que, tras cuatro años de recesión económica, se derrumbó trágicamente en diciembre de 2001.

Elegido la noche del 1 de enero de 2002, el peronista Eduardo Duhalde abjuró de ese «modelo liberal» en su mismo discurso de investidura. «Mi compromiso a partir de hoy es acabar con ese modelo agotado —aseguró—, que ha hundido en la desesperación a la inmensa mayoría de nuestro pueblo.» Este modelo, precisó Duhalde, «ha llevado a la pobreza a dos millones de compatriotas, destruido la clase media, arruinado nuestras industrias y reducido a la nada el trabajo de los argentinos».[78] Pocas veces se habían denunciado tan clara y severamente los males del ultraliberalismo.

El desastre que se encarnizó con Argentina, como el que padecieron varios países del sudeste asiático en 1997, amenaza a otros en todo el mundo, en particular a Turquía, Rusia, Brasil, Sudáfrica y Filipinas. Si bien es cierto que la quiebra argentina había sido anticipada por los mercados, la ralentización de la economía mundial refuerza la aversión de los inversores a correr riesgos y abre un período de aguda incertidumbre económica.

Empresas gigantes, estados enanos

El caso argentino demuestra una vez más que la globalización del capital financiero lleva camino de empujar a los pueblos a un estado de inseguridad generalizada. Elude y rebaja a las naciones y sus estados en tanto que lugares propios del ejercicio de la democracia y garantes del bien común.

Por lo demás, la globalización financiera ha creado su propio Estado. Un Estado supranacional que dispone de aparatos, redes de influencia y medios de acción propios. Se trata de la constelación FMI, Banco Mundial, OCDE y OMC. Estas cuatro instituciones hablan con una sola voz —amplificada por la casi totalidad de los grandes medios de comunicación— para exaltar las «virtudes del mercado».

Este Estado mundial es un poder sin sociedad, que deja ese papel a los mercados financieros y las macroempresas de las que es mandatario, y convierte a las sociedades realmente existentes en sociedades sin poder.[79] Es un fenómeno que se agrava por momentos.

Tras suceder al GATT en 1995, la OMC se ha convertido en una institución dotada de poderes supranacionales y exenta del control de la democracia parlamentaria. Una vez consultada, puede declarar las legislaciones nacionales en

materia de trabajo, medio ambiente o salud pública «contrarias a la libertad de comercio» y exigir su derogación.[80]

No pasa semana sin que los medios de comunicación anuncien nuevas fusiones y compras, un nuevo matrimonio entre grandes empresas, un acercamiento colosal, una megaconcentración de la que surge una nueva macroempresa. Recordemos, por ejemplo, la compra del fabricante de automóviles Chrysler por Daimler-Benz (por un total de cuarenta y tres mil millones de euros); del banco Citicorp por Travelers (ochenta y dos mil novecientos); de la compañía telefónica Ameritech por SBC Communications (sesenta mil); de la empresa farmacéutica Ciba por Sandoz (treinta y seis mil trescientos), que dio origen a Novartis, del operador MCI Communication por WorldCom (treinta mil); del Banco de Tokio por el Mitsubishi Bank (treinta y tres mil ochocientos); y de la Société de Banque Suisse por la Union des Banques Suisses (veinticuatro mil trescientos). Así como el acuerdo de fusión de los dos gigantes históricos de la siderurgia alemana, Thyssen y Krupp, cuyo volumen de negocio ascenderá, según sus directivos, a sesenta y tres mil millones de euros. Pero la mayor operación a escala mundial hasta la fecha ha sido la compra del operador de cable AT&T Broadband por el grupo de telecomunicaciones estadounidense Comcast, por un total de setenta y tres mil millones de euros…

Sólo en 1997, por ejemplo, las operaciones de compra y fusión de empresas realizadas en todo el mundo alcanzaron la suma de más un billón seiscientos mil millones de euros. Y en 2001, a pesar de la recesión económica general y del hundimiento de la bolsa de valores tecnológicos, el importe de las fusiones y compras a escala mundial se elevó a un billón novecientos cincuenta y ocho mil millones de euros. Los sectores más sensibles a esta carrera hacia el gigantismo son la banca, la farmacia, la química, los medios de comunicación, las telecomunicaciones, la agricultura y el automóvil.

¿Por qué tanta efervescencia? En el marco de la globalización, los grandes grupos de la Tríada (Estados Unidos-Unión Europea-Japón), aprovechando la desreglamentación de la economía, quieren tener una presencia planetaria. Pretenden convertirse en actores importantes en todos los grandes países y copar partes significativas de sus mercados. Por lo demás, la bajada de los tipos de interés (que implica el trasvase de capital de las obligaciones a las inversiones), las masas de capital retiradas de las bolsas de Asia o América Latina (tras la crisis asiática de 1997 y la argentina de 2001), la colosal capacidad financiera de los principales fondos de pensiones estadounidenses y británicos y una mayor rentabilidad de las empresas (en Europa y Estados Unidos) activaron las bolsas occidentales en 1999 y 2000 y provocaron una fiebre de fusiones.

Éstas se enfrentan a menos tabúes cada día. Así, el automóvil, considerado antaño por la mayoría de los gobiernos como un sector no menos estratégico que la siderurgia y las telecomunicaciones, dejó de serlo en el Reino Unido hace una veintena de años y, tras la compra de Chrysler por la alemana Daimler-Benz, también

en Estados Unidos.

Lo prueba igualmente, en Alemania, primera potencia económica de la zona euro, la decisión del gobierno de Gerhard Schroeder de suprimir las tasas sobre las plusvalías obtenidas por las empresas en caso de cesión. En vigor desde el uno de enero de 2002, esta medida tiene como objetivo acelerar la mutación del capitalismo renano hacia el capitalismo anglosajón y favorecer las fusiones de empresas que operan en los mismos sectores estratégicos, como por otra parte mostró durante el verano de 2001 la compra del Dresdner Bank por la sociedad de seguros Allianz, por un importe de diecinueve mil setecientos millones de euros.

«En la actualidad, los patronos carecen de inhibiciones —declara un experto del Boston Consulting Group—. Los cerrojos del capitalismo tradicional han reventado y los pactos mutuos de no agresión son papel mojado. Ya no está prohibido aporrear la puerta de un grupo, por más que su consejo de administración rechace la idea de un acercamiento».[81] En Francia se nos ofreció un ejemplo elocuente en marzo de 1998, con motivo de la fusión-absorción de Havas por la Compañía General de Aguas de Jean-Marie Messier, que dio origen al grupo Vivendi, convertido a su vez, tras la adquisición de la estadounidense Universal, en Vivendi-Universal.

Dimensiones colosales

A los ojos de los depredadores, las fusiones presentan innumerables ventajas. Permiten reducir los efectos de la competencia uniendo a empresas deseosas de dominar su sector de manera casi monopólica.[82] Ofrecen la oportunidad de paliar el retraso en materia de investigación y desarrollo absorbiendo compañías tecnológicamente avanzadas. Y, por último, permiten llevar a cabo reducciones masivas de plantilla so pretexto de moderar los gastos (la fusión de las compañías farmacéuticas británicas Glaxo y Wellcome, por ejemplo, se tradujo a lo largo del primer año en la supresión de siete mil quinientos puestos de trabajo o, lo que es lo mismo, del 10% de sus efectivos).

Ciertas empresas han alcanzado dimensiones colosales. En muchos casos, su volumen de negocios es superior al PNB de numerosos países desarrollados: así, el de General Motors supera el PNB de Dinamarca; el de Exxon, el PNB de Noruega, y el de Toyota, el PNB de Portugal.[83] El total de los recursos financieros de que disponen esas empresas excede a menudo a los ingresos de los estados, incluidos los más desarrollados, y sobre todo a las reservas de cambio custodiadas por los bancos centrales de la mayoría de los grandes estados.[84]

Como si de vasos comunicantes se tratara, a medida que las empresas se agigantan por medio de fusiones, los estados van menguando a causa del abandono del patrimonio económico que representan las privatizaciones.

Desde que Margaret Thatcher se lanzara a privatizar a principios de los años ochenta, todo (o casi todo) está en venta. En todas partes. La mayoría de los gobiernos, de derecha o de izquierda, del Norte como del Sur, desmantelan sin vacilar el patrimonio de los estados y los servicios públicos.

Durante la década de los noventa, los estados de todo el mundo se deshicieron, en beneficio de empresas privadas, de una parte de su patrimonio valorada en más de quinientos trece mil millones de euros, de los que doscientos quince mil correspondían a la Unión Europea. Las empresas privatizadas son especialmente atractivas para los inversores, porque se han beneficiado previamente de una reestructuración financiada por el Estado, que, por añadidura, ha enjugado sus deudas. Son apuestas extraordinariamente atractivas. En particular, las empresas de los sectores de primera necesidad (electricidad, gas, agua, transportes, telecomunicaciones, salud, etc.), en las que el Estado ha realizado inversiones previas que de otro modo podrían durar años, garantizan unas ganancias regulares muy rentables y carentes de riesgos.

Así las cosas, asistimos al insólito espectáculo del aumento de poder de empresas planetarias, ante el que los contrapoderes tradicionales (estados, partidos y sindicatos) parecen cada vez más impotentes. El fenómeno fundamental de nuestra época, la globalización liberal, escapa al control de los estados, que siguen perdiendo prerrogativas frente a las macroempresas. Los ciudadanos asisten impotentes a una especie de golpe de Estado planetario de un nuevo tipo. Y constatan simultáneamente que, en el Norte como en el Sur, lacras sociales que creíamos erradicadas, como la explotación de los niños, están en plena recrudescencia.

Infancias rotas

Efectivamente, ciertos signos no engañan. A la reaparición de la mendicidad, del paro, de las sopas populares, de las «clases peligrosas» en los «barrios» y las «ciudades» de los extrarradios, se ha venido a sumar —como prueba suplementaria de la deshumanización que provoca la mundialización económica en este cambio de siglo— la figura social del niño trabajador.

Ya en el siglo XIX, el agravamiento de las desigualdades se reflejaba particularmente en la explotación de los niños, cuya participación en el mundo laboral se había generalizado. Describiendo en un célebre informe[85] de 1840 la situación de los niños obreros en Francia, donde la jornada de trabajo era de catorce horas, Louis Villermé evocaba «esa multitud de niños, algunos de apenas siete años, escuálidos, macilentos, cubiertos de harapos, que acuden a las manufacturas caminando descalzos sobre el barro, pálidos, debilitados, ofreciendo la imagen misma de la miseria, el sufrimiento y el desánimo».

Lejos de dejarse impresionar por esa realidad —denunciada igualmente por

novelistas como Charles Dickens, Victor Hugo, Héctor Malot, Jules Valles, Émile Zola y Edmondo de Amicis—, ciertos liberales la consideraban como un «mal necesario»; «Esa miseria —escribía uno de ellos— ofrece un saludable espectáculo a toda una parte de las clases menos afortunadas que se mantiene sana; es lo más adecuado para infundirles terror; los exhorta a las difíciles virtudes que deben practicar para alcanzar una condición mejor».[86]

Ante semejante cinismo, ¿cómo no comprender la indignación de, por ejemplo, Karl Marx, que en el Manifiesto del partido comunista de 1848 denunciará a «la gran industria, que destruye todos los vínculos familiares del proletario y transforma a los niños en simples artículos de comercio, en simples instrumentos de trabajo», y reclamará «la abolición del trabajo de los niños en las fábricas tal como se practica hoy»?[87]

La historia ha demostrado que la abolición progresiva del trabajo infantil y la instauración de la enseñanza obligatoria eran las condiciones indispensables del desarrollo en Europa Occidental y en Norteamérica. Sin embargo, hubo que esperar a 1990 para que, una vez ratificada en el marco de la ONU —salvo por Estados Unidos —, la Convención sobre los derechos del niño entrara en vigor y fijara, como pedía la Organización Internacional del Trabajo (OIT) desde 1973, una edad mínima de ingreso en el mundo laboral.

No obstante, se calcula que en el mundo trabajan unos doscientos millones de niños, algunos menores de cinco años. Si bien la mayoría viven en los países pobres del Sur, muchos son explotados en los estados del Norte. En el conjunto de la Unión Europea, su número superaría los dos millones… En particular en las zonas más castigadas por las reestructuraciones ultraliberales, como el Reino Unido. Pero el fenómeno del niño trabajador ha hecho su reaparición incluso en países considerados «socialmente avanzados», como Dinamarca u Holanda. «También Francia —afirma un experto del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Unicef)— cuenta con varias decenas de miles de niños que ejercen un trabajo remunerado so capa de aprendizaje, y el 59% de los aprendices trabajan más de cuarenta horas semanales, en algunos casos, hasta sesenta».[88]

Esclavos y siervos

El número de niños trabajadores no deja de crecer a nivel mundial. En algunos países, como Pakistán, es una lacra de enormes proporciones: decenas de millones de niños menores de seis años son víctimas de la explotación.[89] En América Latina trabaja uno de cada cinco niños; en África, uno de cada tres; en Asia, ¡uno de cada dos! En la agricultura, el sector que emplea más niños, se practica a menudo la esclavitud por deudas: los niños deben pagar con su trabajo las deudas contraídas por

sus padres o sus abuelos. Esclavos de hecho, estos niños nunca podrán escapar a esa condición: pasarán el resto de sus vidas en la plantación, donde se casarán y traerán al mundo nuevos esclavos…

Numerosos niños trabajan en la economía informal, el artesanado, el pequeño comercio, la mendicidad… El trabajo doméstico (en el Magreb, en Oriente Próximo, en África Occidental o en América Latina) es de los más perjudiciales, porque expone al niño a todo tipo de humillaciones y violencias, especialmente sexuales.

La causa fundamental de este desamparo es la pobreza, una pobreza que la mundialización económica generaliza y agrava.

De los seis mil millones de habitantes del planeta, cinco mil millones viven en la pobreza. Partiendo de esta realidad, cada vez son más las asociaciones que se movilizan, en torno a la OIT y a Unicef, para poner fin a uno de los escándalos más clamorosos de nuestro tiempo y reclamar el derecho sagrado de todos los niños a una vida decente. Se dirigen en primer lugar a los jefes de Estado y de Gobierno de todos los países del mundo. Y constatan que, en la era de la mundialización, muchos de estos dirigentes políticos, incluso los de más alto nivel, se dejan ganar por la fiebre del dinero fácil y la especulación, y sucumben a la corrupción.

Presidentes acosados

En casi todo el mundo, de una u otra forma, los presidentes, a veces en ejercicio y democráticamente elegidos, son perseguidos, acusados, hostigados, sin el menor respeto a su función, que hasta no hace mucho se consideraba casi sagrada y los convertía en poco menos que intocables. Todo eso se ha acabado. Quienes hablan de «final definitivo del Antiguo Régimen» no andan completamente desencaminados, porque es, por decirlo así, la «majestad» de la función presidencial lo que ha sido literalmente decapitado ante nuestros ojos.

Reelegido en Francia con el 82,5% de los votos (para descartar al candidato de extrema derecha, Jean-Marie Le Pen) el 5 de mayo de 2002, Jacques Chirac, perseguido por los jueces y vilipendiado por los medios de comunicación, no es el único presidente acosado. Ni mucho menos. Hoy en día, ni siquiera los «dueños del mundo» escapan al hostigamiento. Los presidentes reunidos en Genova del 20 al 22 de julio de 2001, con ocasión de la cumbre de los siete países más ricos del planeta (G7 y, con Rusia, G8), tuvieron que enfrentarse a manifestaciones de cólera de enorme amplitud. Dirigidas, no contra ellos personalmente, sino contra la globalización sin rostro que encarnan. Estos jefes de Estado y de Gobierno ofrecían a sus opiniones públicas la detestable imagen de un club de ricos arrogantes, encastillados a bordo de un lujoso transatlántico de crucero, parapetados tras murallas militarizadas, al abrigo de la ira popular, protegidos por una policía en estado de guerra que no dudó en matar a un joven contestatario, Carlo Giuliani, de veintitrés

años.

Asediados por unos doscientos mil manifestantes y visiblemente desbordados, los presidentes del G7 se limitaron a repetir un solo argumento en su defensa: «¡Hemos sido elegidos democráticamente!», como si eso tuviera alguna virtud mágica. ¡Como si eso no fuera, hoy en día, una obviedad!

Porque haber sido elegido democráticamente no autoriza de ningún modo a un presidente a traicionar sus promesas electorales y el interés general o a privatizar y liberalizar a ultranza. Ni a satisfacer a toda costa las exigencias de las empresas que financiaron sus campañas electorales. Por lo demás, al menos dos de los Siete —George W. Bush y Silvio Berlusconi— son los representantes de los medios financieros de sus países más que de sus conciudadanos.

El acoso a los gobernantes afecta sobre todo a los jefes de Estado o de Gobierno acusados de cometer crímenes de guerra o crímenes contra la humanidad. Como el general Augusto Pinochet, antiguo dictador de Chile, detenido en Londres en 1998 a petición del juez español Baltasar Garzón y devuelto en marzo de 2000 a su país, donde fue inculpado de nuevo por el juez Juan Guzmán, para ver definitivamente suspendidas las acciones emprendidas contra él el 9 de julio de 2001, en atención a la presunta «degradación del estado de salud mental del antiguo dictador».

Exigencia moral

El caso Pinochet cambió radicalmente la situación en lo relativo a la lucha contra la impunidad de los dirigentes políticos a escala internacional. Desde entonces, hemos podido ver a más de un antiguo responsable político delante de los jueces. Como el general argelino Nezzar, acusado por un juez parisino de «crímenes de guerra» cometidos en su país durante la guerra sucia contra los fundamentalistas islámicos. O el antiguo secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger, convocado por un juez de instrucción de París por su presunta implicación en el golpe de Estado contra el presidente socialista Salvador Allende en el Chile de 1973. O el primer ministro israelí Ariel Sharon, obligado a evitar Bélgica, donde está acusado de complicidad en las matanzas de Sabrá y Chatila perpetradas en Beirut en 1982.

Asimismo, el 3 de febrero de 2000 asistimos a la inculpación y arresto domiciliario del antiguo presidente de Chad, Hisséne Habré, en Senegal, país donde se había refugiado, por «complicidad en actos de tortura». Más recientemente, el 10 de julio de 2001, el general argentino Jorge Videla, autor del golpe de Estado de 1976 fue acusado y enviado a prisión preventiva por su presunta participación en el plan Cóndor, el pacto de muerte establecido por las dictaduras latinoamericanas en los años setenta para hacer «desaparecer» sistemáticamente a sus opositores. Y, por fin, el 29 de junio de 2001 presenciamos la controvertida comparecencia del antiguo presidente yugoslavo Slobodan Milosevic ante el Tribunal Penal Internacional para la

ex Yugoslavia (TPIY) de La Haya, para responder de «crímenes contra la humanidad».

Pero los autores de crímenes de sangre no son los únicos perseguidos; en la actualidad, presidentes elegidos democráticamente se ven obligados a responder ante la justicia debido, principalmente, a su corrupción. A este respecto, la exigencia moral se manifiesta a escala internacional. Así, en junio de 2001, antes de ser absuelto definitivamente, el presidente argentino Carlos Menem fue detenido y sometido a arresto domiciliario bajo la acusación de venta ilegal de armas y percepción de comisiones ocultas por valor de varias decenas de millones de dólares durante sus mandatos (1989-1999). Como también ha sido detenido el que fuera su cómplice neoliberal y ministro de Economía, Domingo Cavallo, que impuso la paridad peso-dólar y privatizó a mansalva.

Elegido también democráticamente, Alberto Fujimori, ex presidente de Perú, se refugió en Japón en noviembre de 2000 huyendo de la justicia, que lo acusa de corrupción y asesinato. Por su parte, Vladimiro Montesinos, su antiguo brazo derecho y hombre fuerte del régimen, fue detenido en julio de 2001 y recluido en prisión. En Filipinas, el 20 de enero de 2001, la presión popular expulsó del poder al presidente Joseph Estrada a raíz de un escándalo relacionado con la corrupción. Estrada fue detenido el 25 de abril de 2001, acusado de malversar ochenta millones de euros procedentes de fondos públicos. En Indonesia, el presidente Wahid fue destituido el 23 de julio de 2001, acusado de corrupción. El 28 de diciembre de 2001, el antiguo presidente del Congo-Brazzaville, Pascal Lissouba, fue juzgado en rebeldía y condenado por «alta traición petrofinanciera y malversación de fondos públicos» a treinta años de trabajos forzados. Y podríamos seguir citando ejemplos…

La persecución de los dirigentes políticos no es privativa de los países democráticos y desarrollados del Norte. Como puede verse, hoy en día se extiende a numerosos países del Sur, como si a la mundialización financiera respondiera una mundialización de la exigencia moral. Y el fenómeno crece a una velocidad casi tan grande como la del movimiento antiglobalización, que en menos de dos años, entre Seattle y Genova, ha dejado de ser una protesta pintoresca y aislada para convertirse en la revuelta de una generación, en la guerra social planetaria.

Desarmar los mercados

Para estos contestatarios, el desarme del poder financiero debe convertirse en un objetivo cívico prioritario si se quiere evitar que el mundo del siglo XXI se transforme en una jungla donde los depredadores dicten su ley.

Las especulaciones sobre las variaciones del mercado de divisas mueven a diario en torno a un billón seiscientos mil millones de euros. La inestabilidad de las cotizaciones es una de las causas del alza de los intereses reales, que frena el

consumo doméstico y la inversión empresarial. Agrava los déficits públicos y, por otra parte, anima a los fondos de pensiones, que mueven cientos de miles de millones de euros, a exigir a las empresas dividendos cada vez más elevados. Las primeras víctimas de esta «carrera» por el beneficio son los asalariados, cuyo despido masivo —«despidos de conveniencia bursátil»— multiplica el valor en bolsa de las acciones de sus ex patronos.

¿Pueden las sociedades democráticas seguir tolerando lo intolerable indefinidamente? Es urgente poner trabas a estos devastadores movimientos de capitales. De tres tipos: supresión de los «paraísos fiscales»; aumento de la fiscalidad sobre los rendimientos del capital; tasación de las transacciones financieras.

Los paraísos fiscales son otras tantas zonas donde reina el secreto bancario, que sólo sirve para camuflar malversaciones y otras actividades mafiosas. Por su intermedio, miles de millones de dólares escapan a la fiscalización en beneficio de los poderosos y de los establecimientos financieros. Porque todos los grandes bancos del planeta tienen sucursales en los paraísos fiscales, de las que obtienen los mayores beneficios. ¿Por qué no decretar un boicot financiero de, por ejemplo, Gibraltar, las islas Caimán, Monaco o Liechtenstein, prohibiendo establecer filiales en ellos a los bancos que trabajan con los poderes públicos?

La imposición de tasas sobre los rendimientos financieros es una exigencia democrática mínima. Deberían imponérseles las mismas que a las rentas del trabajo, cosa que no ocurre en ningún sitio, incluida la Unión Europea.

La total libertad de circulación de los capitales desestabiliza la democracia. Para remediarlo es necesario crear mecanismos disuasorios. Uno de ellos es la tasa Tobin, así llamada en honor del premio Nobel de Economía estadounidense James Tobin, que la propuso ya en 1972. Se trata de tasar, de forma módica, todas las transacciones del mercado de valores para estabilizarlas y al mismo tiempo procurar ingresos a la comunidad internacional. A un tipo del 0,1%, la tasa Tobin produciría anualmente unos ciento sesenta y seis mil millones de euros, el doble de la suma anual necesaria para erradicar la pobreza extrema en cinco años.[90]

Numerosos expertos han demostrado que la implantación de esta tasa no ofrece ninguna dificultad técnica.[91] Su aplicación arruinaría el credo liberal de quienes no dejan de proclamar la falta de solución de recambio al sistema actual.

Con tal fin, en abril de 1998 se creó en París, con vocación de extenderse a todo el planeta, la organización no gubernamental Action pour une taxation des transactions financiéres pour l’aide aux citoyens (Attac, «Acción por una tasación de las transacciones financieras para la ayuda a los ciudadanos»), que cuenta ya con cerca de cuarenta mil afiliados en Francia. En conjunción con los sindicatos y las asociaciones con fines culturales, sociales y ecológicos, Attac actúa como un formidable grupo de presión cívica sobre los parlamentarios y los gobiernos para incitarlos a reclamar la implantación definitiva de este impuesto mundial de solidaridad.

Pero Attac tiene además vocación de educador popular. Con otras asociaciones, organiza seminarios de formación para el análisis crítico de la economía financiera en todo el mundo. A este respecto, Attac estuvo en el origen de uno de los proyectos más audaces de respuesta intelectual y social a la globalización: el Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Porto Alegre

El siglo XXI empezó en Porto Alegre. En efecto, todos aquellos que, de un modo u otro, se oponen o critican la globalización neoliberal se reunieron del 25 al 30 de enero de 2001 y del 31 de enero al 5 de febrero de 2002 en esta ciudad del sur de Brasil, sede de los dos primeros Foros Sociales Mundiales.[92]

No para protestar, como en Seattle, Quebec, Genova y otros lugares, contra las injusticias, las desigualdades y los desastres que provocan en todo el mundo los excesos del neoliberalismo. Sino para intentar, esta vez con espíritu positivo y constructivo, proponer un marco teórico y práctico que permita proponer una mundialización distinta y afirmar que es posible otro mundo menos inhumano y más solidario.

Esta especie de Internacional rebelde[93] se reunió en Porto Alegre en el momento mismo en que, en Davos (Suiza) en 2001 y Nueva York en 2002, se celebraba el Foro Económico Mundial que reúne desde hace décadas a los nuevos dueños del mundo y en particular a quienes dirigen concretamente la mundialización. Éstos, incapaces de seguir ocultando su inquietud, se toman muy en serio las protestas ciudadanas que, de Seattle a Genova, han venido produciéndose sistemáticamente con motivo de cada cumbre de las grandes instituciones que gobiernan el mundo de hecho: la OMC, el FMI, el Banco Mundial, la OCDE, el G7 e incluso la Unión Europea.

Los acontecimientos de Seattle[94] consiguieron impresionar profundamente a los mandatarios reunidos en Davos ya en 1999. «Cada año —señalaba, por ejemplo, un periodista— un tema o una personalidad es la estrella del Foro Económico Mundial. En 2000, la estrella de Davos ha sido indiscutiblemente Seattle. De lo que más se ha hablado ha sido de Seattle».[95] Conscientes del déficit democrático inherente a la globalización, otros defensores del modelo dominante empiezan a reclamar que «se reflexione seriamente para modificar, en un sentido más democrático, las normas y los procesos de funcionamiento de la globalización».[96] El propio Alan Greenspan, presidente de la Reserva Federal de Estados Unidos, ha llegado a afirmar: «Las sociedades no pueden prosperar cuando sectores significativos perciben su funcionamiento como injusto».[97]

Llegados de los cuatro rincones del planeta, estos «sectores significativos» que se oponen a la actual barbarie económica y rechazan el neoliberalismo como «horizonte

infranqueable» intentaron poner las bases de un auténtico contrapoder[98] en Porto Alegre, con un entusiasmo que cabe calificar de revolucionario.

Soñadores de absolutos

¿Por qué precisamente allí? Porque desde hace algunos años Porto Alegre se ha convertido en una ciudad emblemática. Capital del estado de Rio Grande do Sul, el más meridional de Brasil, cerca de la frontera con Uruguay, Porto Alegre tiene algo de laboratorio social hacia el que los observadores internacionales vuelven los ojos con fascinación.[99]

Gobernada de manera original desde hace trece años por una coalición de izquierda liderada por el Partido de los Trabajadores (PT), la ciudad ha experimentado un desarrollo espectacular en numerosas áreas: vivienda, transporte público, vialidad, recogida de basuras, dispensarios, hospitales, alcantarillado, medio ambiente, viviendas sociales, alfabetización, escuelas, cultura, seguridad, etc. ¿El secreto de semejante éxito? El presupuesto participativo (ornamento partirípativo), es decir, la posibilidad de los habitantes de los diferentes barrios de definir muy concreta y democráticamente el empleo de los fondos municipales. En definitiva, de decidir qué tipo de infraestructuras quieren crear o mejorar y de seguir paso a paso el progreso de los trabajos y la evolución de los compromisos financieros. De esta forma, las malversaciones de fondos y los abusos son prácticamente imposibles, y las inversiones corresponden exactamente a los deseos mayoritarios de los vecinos de los barrios.

Es necesario subrayar que esta experiencia política se efectúa en una atmósfera de total libertad democrática, a despecho de la fuerte oposición política de la derecha. El PT no controla ni los grandes periódicos locales, ni la radio ni, por supuesto, la televisión, medios en manos de grandes grupos aliados al empresariado local, hostil al Partido de los Trabajadores. Por añadidura, el PT, obligado como está a respetar la Constitución Federal brasileña, dispone de escasos márgenes de autonomía política y, especialmente en materia de fiscalidad, no puede legislar a voluntad. A pesar de ello, la satisfacción de los ciudadanos es tal que, en octubre de 2002, el candidato del PT obtuvo la reelección a la alcaldía con más del 63% de los votos.

En esta ciudad singular, donde florece una democracia como ninguna otra, en 2001 y 2002 el Foro Social Mundial intentó poner en marcha una globalización que no excluya a los pobres. El capital y el mercado repiten desde hace diez años que, contrariamente a lo que afirmaban las utopías socialistas, son ellos y no la gente quienes escriben la historia y crean el bienestar.

En Porto Alegre, en este siglo XXI que comienza, algunos nuevos soñadores de absoluto nos han recordado que la economía no es lo único que puede ser global; la protección del medio ambiente, la lucha contra las desigualdades sociales y el respeto

a los derechos humanos también deben ser empeños mundiales. Y corresponde a los ciudadanos del planeta asumirlos de una vez por todas.

LA GUERRA DE KOSOVO Y EL NUEVO ORDEN MUNDIAL

El 24 de marzo de 1999, por primera vez desde su creación en 1949, la OTAN entró en guerra con un país, la República Federal de Yugoslavia, que no había cometido ninguna agresión fuera de sus fronteras. Era la primera vez desde 1945 que fuerzas europeas bombardeaban otro Estado europeo soberano. Esta decisión fue calificada de «deber moral» por Javier Solana, el entonces secretario general de la OTAN.

Desde el inicio de los bombardeos, las fuerzas de la OTAN dieron prueba de una improvisación tan increíble como estremecedora. La guerra de Kosovo se había emprendido prematuramente y con una falta de preparación, por así decirlo, completa.

¿Cuáles eran los objetivos de guerra perseguidos al comienzo de la crisis? Esencialmente dos: el restablecimiento de una autonomía sustancial para Kosovo (que había sido totalmente desposeído de ella en 1989) y el respeto a las libertades (políticas, culturales, religiosas, lingüísticas, etc.) de los kosovares por parte de Belgrado.

La consecución de estos dos objetivos por la vía pacífica era la aspiración prioritaria de la conferencia de Rambouillet, celebrada de enero a marzo de 1999. Y, por otro lado, las partes implicadas, serbios y kosovares (representados éstos por miembros del Ejército de Liberación de Kosovo, UQK), habían alcanzado un acuerdo sobre estos dos puntos fundamentales.

El régimen de Slobodan Milosevic se había avenido, explícitamente, a conceder una amplia autonomía a Kosovo: tras la celebración de elecciones libres, la provincia dispondría de gobierno autónomo, asamblea legislativa, presidente, poder judicial y fuerzas del orden propios.[100]

Si las dos partes en conflicto habían llegado a un acuerdo sobre lo esencial, ¿a qué se debió el fracaso de la conferencia de Rambouillet? A un solo motivo: la obstinación de las potencias occidentales, y particularmente de Estados Unidos, en imponer la presencia de fuerzas de la OTAN en el territorio de Kosovo y en el conjunto de la República Yugoslava, para supervisar la correcta aplicación de los acuerdos. Presencia a la que se sabía perfectamente que Belgrado se opondría. Y esa oposición, más que previsible, fue considerada un *casus belli*. No se propuso el envío de otras fuerzas de interposición europeas (del Oeste y del Este) ni, por ejemplo, de los «cascos azules» de las Naciones Unidas. No, era la OTAN o la guerra. Fue la guerra.

Y una guerra, especialmente por los ustashis croatas y los cheniks serbios. Los nacionalistas se esfumaron. Demostrando que la tesis de los «odios ancestrales» era absurda, Tito apostó por la cohesión. «Yugoslavia —decía— tiene seis repúblicas, cinco naciones, cuatro lenguas, tres religiones, dos alfabetos y un solo partido».

Tras su muerte en 1980, la autoridad del partido comunista, que había sabido plantar cara a la Unión Soviética y construir la «patria de la autogestión obrera», empezó a flaquear. El principio de la presidencia anual rotativa entre las seis repúblicas tuvo como consecuencia el debilitamiento de la Federación. A esto vino a añadirse la crisis de la deuda exterior, que iba a provocar durante una década miles de huelgas y fuertes tensiones entre las regiones ricas (Eslovenia y Croacia) y el resto del país.

Un desmembramiento precipitado

Los pueblos de los Balcanes aún siguen pagando cara la ceguera de la Unión Europea y de Occidente, que en 1991 toleraron el precipitado desmembramiento de la ex Yugoslavia por parte de los nacionalistas. ¿Cómo pudo darse semejante traspié, que alguien ha calificado del «mayor error colectivo de Occidente en materia de seguridad desde los años treinta»?[101] Un error que costó más de cien mil muertos y que era evitable.[102]

Jefe de la resistencia, después de 1945, Tito reunificó a los pueblos de Yugoslavia a pesar de las atrocidades cometidas durante la segunda guerra mundial.

Instrumentos de odio

Atizadas por los medios de comunicación, estas discordias favorecieron el resurgimiento de los egoísmos nacionalistas. En sus memorias, un antiguo embajador en Belgrado recuerda lo siguiente: «El virus de la televisión propagó el odio interétnico por toda Yugoslavia como una epidemia. Las imágenes de la televisión indujeron a toda una generación de serbios, bosnios y musulmanes a aborrecer a sus vecinos».[103] Otro testigo señala: «Después de ver la Radiotelevisión de Belgrado en 1991-1992, puedo comprender que los serbios de Bosnia llegaran a creer que se arriesgaban a ser víctimas de las fuerzas ustashis o de los fundamentalistas islámicos. Era como si toda la televisión estadounidense estuviera controlada por el Ku Klux Klan».[104]

Cuando en 1989, con motivo del sexto centenario de la derrota serbia ante los turcos y en el escenario mismo de la batalla del Campo de Merles, Slobodan Milosevic pronunció un discurso desaforado ante un millón de personas, los odios nacionalistas prendieron con fuerza… Otros líderes —Franjo Tudjman en Croacia y Alija Izetbegovic en Bosnia— respondieron con arengas no menos exaltadas.

Los países occidentales, obnubilados por la caída del muro de Berlín, la agonía de la Unión Soviética y la victoria militar en la guerra del Golfo, no supieron impedir el

desastre. Al apresurarse a reconocer la independencia de Eslovenia y Croacia, Alemania y el Vaticano incluso lo alentaron.

La guerra de Eslovenia estalló el 27 de junio de 1991, seguida por las de Croacia y Bosnia, con sus respectivos cortejos de crímenes. La Unión Europea demostró su inmadurez y su ineptitud para aprovechar aquella ocasión de afirmarse, en su propio continente, como una potencia capaz de imponer, por la fuerza en caso necesario, una solución justa y equitativa para todos. Mediante los acuerdos suscritos en Dayton en 1995, Estados Unidos restableció una paz demasiado precaria, como probaron los acontecimientos subsiguientes.

Una región pobre y superpoblada

Habitado por albaneses (no eslavos y mayoritariamente musulmanes) en un 90%, Kosovo es pobre: ostenta los mayores índices de subempleo y analfabetismo de Europa. Está superpoblado: dos millones de habitantes en diez mil novecientos kilómetros cuadrados, una tasa de natalidad del 40% y más de la mitad de la población menor de veinte años. En razón de su personalidad cultural diferenciada, Kosovo reclamaba desde tiempo inmemorial un estatuto de república de pleno derecho en el seno de la Federación Yugoslava; la Constitución de 1974 sólo le había concedido el estatuto de provincia de Serbia, si bien con una autonomía bastante amplia, que la convertía en una cuasirrepública con derecho a veto.

Pero la abolición de este estatuto en 1989 trajo consigo, entre otras cosas, la disolución del Parlamento kosovar, la prohibición de la enseñanza en albanés, el despido de más de ciento cincuenta mil albanoparlantes de las administraciones públicas y de las empresas públicas, y la instauración de una auténtica ley marcial que, de hecho, concedía poderes ilimitados a las fuerzas represivas de Belgrado para multiplicar las humillaciones y brutalidades a que sometían a los albaneses de Kosovo desde hacía una década para obligarlos a emigrar. Inevitablemente, todas estas circunstancias los empujaron a la revuelta.

La resistencia, pasiva entre los partidarios de Ibrahim Rugova, fue creciendo en violencia entre los militantes del ULK, que a lo largo de los años 1997 y 1998 multiplicaron los atentados sangrientos contra las fuerzas del orden yugoslavas y la minoría serbia. Espectacularmente hinchadas por los medios de comunicación de Serbia, estas acciones proporcionaron el pretexto que buscaba la propaganda del régimen de Milosevic para inflamar a las muchedumbres serbias tocando la fibra del nacionalismo («Kosovo, cuna de la nación serbia», «territorio sagrado», «solar de nuestros antepasados», «serbios, víctimas», etc.) para atizar el racismo antialbanés.

Con anterioridad a la guerra de 1999, los enfrentamientos de Kosovo habían provocado la muerte de unos dos mil kosovares, la destrucción de trescientos pueblos y la huida de más de doscientos mil refugiados. En octubre de 1998, bajo la amenaza

de una intervención de la OTAN, Slobodan Milosevic firmó un acuerdo por el que aceptaba retirar su ejército y autorizaba a la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE) a estacionar en la zona a unos mil seiscientos observadores no armados de la Misión de Verificación de Kosovo (MVK).

Para no alentar el fraccionamiento de Europa en microestados y evitar que el conflicto se extendiera a toda la región (el foco más cercano se encontraba en Macedonia, poblada por un 30% de albaneses), la Unión Europea se abstuvo de apoyar la independencia de Kosovo y propugnó la firma de un acuerdo que concediera la mayor autonomía posible a la provincia.

Consecuencias en cascada

Como se ve, la situación era sumamente compleja, como todas las cuestiones geopolíticas en los Balcanes. La búsqueda de un compromiso era una tarea delicada y ardua. En consecuencia, la conferencia de Rambouillet (enero-marzo de 1999) debería haberse prolongado durante algunas semanas más, habida cuenta de que la presencia de varios miles de observadores de la OSCE en Kosovo limitaba parcialmente la violencia contra los kosovares.

La historia enseña que en esa explosiva región cualquier actuación política intempestiva desencadena consecuencias en cascada, como pudo constatarse trágicamente en 1989, cuando Slobodan Milosevic abolió unilateralmente la autonomía de Kosovo y de Voivodina, o en 1991, cuando Alemania y el Vaticano reconocieron la independencia de Eslovenia con excesiva precipitación. Con la ofensiva aérea de la OTAN, lanzada a finales de marzo de 1999, pudo constatarse una vez más.

Destinados en principio a destruir la maquinaria represiva del régimen de Milosevic, los bombardeos provocaron de inmediato previsibles represalias de las autoridades de Belgrado contra los albaneses de Kosovo. Cuesta entender la miopía de los dirigentes de la OTAN, que con su iniciativa sumieron a los kosovares en una situación de riesgo similar a la que padecieron los armenios de Turquía durante la ofensiva rusa de 1915. Considerados por el poder central turco una «quinta columna potencial», fueron, como es bien sabido, víctimas del primer genocidio del siglo XX.

La OTAN, que no se cansaba de presentar a Milosevic como un «dictador sanguinario», no podía ignorar que existían planes serbios para ejecutar una depuración étnica de gran envergadura en Kosovo, y que los aliados ultranacionalistas de Slobodan Milosevic se morían de ganas de llevarlos a la práctica.

Pero los bombardeos causaron otras víctimas no previstas. Decididos sin la autorización expresa del Consejo de Seguridad de la ONU, agravaron el descrédito de las Naciones Unidas. Decretados, en la mayoría de los países, por el poder ejecutivo,

sin consulta ni votación de la representación nacional, desacreditaron igualmente a los parlamentos. Sobre el terreno, *nolens volens*, los bombardeos golpearon duramente a la población civil serbia (y a veces kosovar), víctima de numerosos errores de tiro, mientras que la destrucción de fábricas e infraestructuras económicas produjo centenares de miles de parados y convirtieron poco a poco en un infierno la vida del ciudadano de a pie.

Contrariamente a lo que, al parecer, se esperaba, los bombardeos no provocaron el aborrecimiento de Slobodan Milosevic por parte de la población. Antes bien, el sentimiento de ser víctimas de un castigo colectivo reforzó la unión nacional de los ciudadanos serbios en torno a su gobierno. En esta atmósfera de exaltación, que proclamaba «la patria en peligro», las «víctimas» de la OTAN obligaron a los demócratas serbios hostiles al régimen a reaccionar como patriotas y poner sordina a las críticas contra Milosevic.

Por si fuera poco, al destruir la embajada china en Belgrado, los ataques acentuaron la hostilidad de Pekín (miembro permanente del Consejo de Seguridad de la ONU) hacia la política de la OTAN. En el plano diplomático, humillaron igualmente a Rusia, que desde hace dos siglos es un actor ineludible en la geopolítica de los Balcanes.

El principio “cero bajas”

El conflicto de los Balcanes constituyó, también en lo que respecta a su conducción, una guerra de un tipo nuevo. En toda la historia militar nunca se había dirigido un enfrentamiento como lo hizo el general Wesley Clark, comandante supremo de la OTAN. El principio «cero bajas» se convirtió en un imperativo absoluto. Tras dos meses de bombardeos, ni un solo militar de la Alianza había muerto en acción de guerra. Era un hecho sin precedentes.

Las pérdidas materiales también fueron insignificantes. Aunque el número de misiones aéreas sobrepasó las veinticinco mil, sólo se perdieron dos aviones (cuyos pilotos fueron recuperados sanos y salvos en terreno enemigo por comandos infiltrados), de acuerdo con el proyecto del general Clark de hacer una «guerra sin pérdida de aviones».[105] Ningún barco, carro de combate o helicóptero de la Alianza quedó inutilizado en el curso de las operaciones.

En contrapartida, los daños materiales infligidos a Yugoslavia fueron considerables. Las infraestructuras militares e industriales (centrales eléctricas incluidas) quedaron gravemente dañadas o inutilizadas, igual que las principales vías de comunicación (puentes, líneas férreas y autopistas). Los aliados interfirieron todos los sistemas electrónicos y mantuvieron permanentemente intervenidas las líneas telefónicas. Aunque, como se supo más tarde, el ejército serbio consiguió «enterrarse» efectivamente y empleó con éxito ingeniosos «señuelos», varios miles

de militares yugoslavos perecieron bajo las bombas. Según algunos generales estadounidenses, los bombardeos hicieron retroceder dos décadas al país…

La relación de fuerzas militares entre la OTAN y Yugoslavia era tan desigual que casi resulta impropio hablar de guerra. Fue, más bien, una acción de castigo. Un castigo como jamás lo ha sufrido ningún país a excepción de Irak y, tras el 11 de septiembre de 2001, Afganistán. Porque la estrategia de la OTAN forzó a Yugoslavia a la pasividad impotente frente a las fuerzas de la Alianza, que por otra parte permanecieron fuera de su alcance en todo momento.

Dos guerras

Pero, en realidad, deberíamos hablar de dos guerras. Una, del fuerte contra el débil, de la OTAN contra Yugoslavia, que fue, como ya hemos dicho, más bien una acción de castigo. La otra, del débil contra el más débil, de Serbia contra los kosovares, de las fuerzas de Belgrado contra el UCK. De un lado, la guerra ultramoderna, electrónica y tecnológica; del otro, matanzas con tronzador, deportaciones masivas, violaciones y ejecuciones sumarias.

Otra originalidad de este conflicto: la OTAN declaró explícitamente que no quería matar. Ni siquiera a los militares serbios, y menos aún a los civiles. Fue una guerra de aparatos contra aparatos, de máquinas contra máquinas. Casi un videojuego. Y, cuando morían civiles debido a un error de cálculo, la Alianza se deshacía en excusas, lamentaciones, remordimientos, golpes de pecho y otras súplicas de perdón.

Aplastar a un adversario abstracto, sí; matar a un enemigo concreto, no. «En la neoguerra —señaló Umberto Eco—, pierde ante la opinión pública quien ha matado demasiado».[106] Tal fue la nueva ley impuesta por esta guerra, sobre cuyo cumplimiento velaban atentamente los medios de comunicación. Huelga decir que la manipulación de éstos se ha convertido en uno de los objetivos principales de las partes en conflicto.

Propaganda afable

A este respecto, la guerra de Kosovo no aportó ninguna innovación fundamental en relación al modelo «Malvinas»[107] puesto a punto en 1982 y aplicado particularmente en 1991, durante la guerra del Golfo. En lo esencial, la OTAN puso en marcha en Kosovo un dispositivo mediático concebido en 1986 y corregido tras las lecciones aprendidas en la guerra del Golfo.

Se trataba, en una palabra, de hacer invisible la guerra y convertirse en la principal fuente de información de los periodistas. Éstos, indiscutiblemente más

prudentes, no siempre pudieron eludir esta nueva forma de censura democrática y propaganda afable, tanto más cuanto que en Belgrado la censura tradicional y la propaganda pura y dura no ayudaban a la manifestación de la verdad.

Así, los medios se vieron reducidos durante dos meses a comentar una imagen crucial ausente: la de las atrocidades cometidas por las fuerzas de Belgrado contra la población civil de Kosovo. Los testimonios de muchos deportados describían crímenes de cuya realidad no cabía dudar,[108] pero ninguna imagen nos los había mostrado, ningún reportero los había visto con sus propios ojos. Lo que constituía un fracaso para la máquina mediática, especialmente la audiovisual, que llevaba diez años intentando convencernos de que informar consistía, esencialmente, en hacernos «presenciar el hecho».

De ahí, también, las polémicas. Entre los defensores de la «verdad oficial» de la OTAN y algunos observadores disidentes e iconoclastas. En el Reino Unido, por ejemplo, el ministro de Asuntos Exteriores, Robin Cook, no dudó en atacar públicamente a John Simpson, corresponsal de la BBC en Belgrado, acusándolo de ser un «cómplice de Milosevic», por el simple hecho de atraer la atención sobre la existencia en Serbia de opositores democráticos al régimen, sobre las escuelas destruidas por los bombardeos de la OTAN, etc. El gobierno (laborista) británico llegó incluso a presionar y exigir la repatriación del periodista, que la BBC rechazó.

En Italia, el corresponsal de la RAI, Ennio Remondino, que criticó con auténtica dureza el bombardeo de Belgrado y en particular la destrucción del edificio de la televisión serbia (que causó la muerte de varios redactores), recibió feroces críticas de periodistas e intelectuales, que lo trataron de «agente de Milosevic». Por último, en Francia, las opiniones expresadas por el intelectual Régis Debray a su regreso de una breve visita a Kosovo le valieron un auténtico linchamiento mediático, porque no cuadraban con la verdad oficial.[109]

Razón moral y humanitaria

Así pues, el balance de esta primera guerra de la OTAN no pudo ser más desastroso.[110] Y, por si fuera poco, la inestabilidad amenaza con generalizarse. En el 2001 asistimos a su extensión a Macedonia. Mañana podría afectar a Hungría, Bulgaria, Rumania, incluso a Grecia, Moldavia y Turquía. Todos estos países están, por decirlo así, en primera línea de frente, y tanto sus cancillerías como sus opiniones públicas (¡cerca de ciento cincuenta millones de personas!) siguieron las nuevas guerras de los Balcanes con una mezcla de espanto y exaltación.

Ante tal desastre, uno no puede dejar de preguntarse: ¿por qué tanta prisa en desencadenar la guerra? A modo de justificación, Javier Solana declaró: «Debemos impedir que un régimen autoritario siga reprimiendo a su pueblo en Europa».[111] Por

razones «morales», añadieron otros responsables de la OTAN. Por razones «humanitarias», alegaron ciertos comentaristas. Todos son argumentos respetables y ciertamente legítimos, pero insuficientes para convencer de forma conclusiva.

Porque existen otras tantas razones «morales» y «humanitarias» para intervenir, por ejemplo, en el Kurdistán, donde desde 1984 las autoridades turcas de Ankara hacen la guerra a la población kurda, a la que se niega el derecho a la autonomía e incluso a enseñar su lengua. Una guerra en curso que ha causado cerca de veintinueve mil muertos y más de un millón de refugiados.[112]

¿No hay también razones «morales» y «humanitarias» para reparar la injusticia cometida con los chipriotas griegos en 1974? Víctimas de una implacable limpieza étnica, más de ciento sesenta mil fueron expulsados en condiciones infrahumanas del norte de Chipre por el ejército de invasión turco, que sigue ocupando ilegalmente esa parte de la isla, donde ha fomentado el establecimiento de más de sesenta mil colonos llegados de Turquía.

Por último, ¿no hay razones «morales» y «humanitarias» para intervenir en favor de los centenares de miles de palestinos reprimidos, expropiados y expulsados por las autoridades israelíes, que persisten en vaciar Jerusalén Este de su población palestina al tiempo que animan, con grave desprecio a los acuerdos internacionales y a las resoluciones de las Naciones Unidas, la colonización judía de Cisjordania y Gaza?

La situación de estas tres comunidades —kurdos, chipriotas griegos y palestinos—, ¿es menos indignante que la de los albaneses de Kosovo? ¿Por qué favorece Occidente la negociación en unos sitios (acertadamente) y opta por bombardear otros? Por razones políticas, no morales. Porque Turquía e Israel son estados democráticos, con economía de mercado, viejos aliados militares de Occidente y muy alejados geográficamente del centro de la Unión Europea.

La importancia estratégica

Kosovo es harina de otro costal. Cada uno por su lado y por motivos diferentes, la Unión Europea y Estados Unidos encontraron razones urgentes para intervenir.

La Unión Europea lo hizo por consideraciones estratégicas. Pero la importancia estratégica de una región ya no es lo que era. Antaño, una zona era «estratégicamente importante» cuando su conquista y posesión proporcionaba una ventaja militar considerable (acceso al mar, a un río navegable, a una elevación crucial, etc.), permitía explotar riquezas decisivas (petróleo, gas, carbón, hierro, agua, etc.) o controlar rutas comerciales vitales (estrechos, canales, puertos de montaña, valles, etc.).

En nuestra época de satélites, globalización, financiarización y «nueva economía» basada en las tecnologías de la información, ese concepto de la «importancia estratégica» ha pasado a segundo plano. Por lo demás, Kosovo no ofrece el menor

interés estratégico desde ese punto de vista. Su posesión no aporta a la potencia conquistadora ni ventaja militar, ni riqueza decisiva, ni control de una ruta comercial vital.

Entonces, ¿qué determina hoy en día la importancia estratégica de un territorio para una entidad rica como la Unión Europea? Esencialmente, su capacidad de exportar desórdenes y conflictos: caos político, pobreza crónica, emigración clandestina, redes criminales, terrorismo, delincuencia, mafias de la droga o de la prostitución, etc. Desde ese punto de vista, tras la caída del muro de Berlín, hay dos regiones que poseen una importancia estratégica de primer orden para Europa: el Magreb y los Balcanes.

«Realpolitik»

La crisis de Kosovo se enconó definitivamente tras la implosión de Albania, en 1997, cuando dicho país se hundió en el caos y el desorden, lo que indirectamente proporcionó a los combatientes del UQK tanto la oportunidad de procurarse miles de armas a precio de saldo como de establecer una base segura en la retaguardia, un santuario desde el que lanzar sus sangrientas incursiones en Kosovo. Esta «guerra de liberación» de un territorio fanáticamente reivindicado, con las mismas motivaciones históricas, religiosas y culturales, por dos adversarios decididos a llegar hasta el fin, amenazaba con ser larga y cruel. ¿Podía permitirse la Unión Europea vivir durante cinco o seis años con un conflicto semejante a las puertas de casa? ¿Con todas las repercusiones previsibles en Macedonia y el resto de los Balcanes? ¿Con decenas de miles de refugiados intentando llegar vía Italia al resto de la Unión? La respuesta a estas preguntas tiene muy poco de moral y humanitario y mucho de Realpolitik, en cuanto se basa en la necesidad de defender intereses superiores de los estados y, en consecuencia, toma la forma de la guerra y los bombardeos a los que asistimos durante la primavera de 1999.

Nueva misión para la OTAN

Kosovo no tiene ningún interés estratégico para Estados Unidos, ni en el sentido antiguo de la expresión ni en el moderno. A Estados Unidos, que entró a regañadientes en la crisis de los Balcanes de 1991, el conflicto de Kosovo le proporcionó el pretexto ideal para dar carpetazo a un asunto prioritario: la nueva legitimidad de la OTAN. Esta organización de defensa, puesta a punto en la época de la guerra fría, fue concebida para afrontar la amenaza de un adversario concreto: la Unión Soviética. Con la desaparición de la URSS en diciembre de 1991, el

hundimiento de los países comunistas y la disolución del Pacto de Varsovia, la OTAN habría debido disolverse y desaparecer a su vez. Y ser reemplazada, en Europa Occidental, por una organización de defensa autóctona, cuyo embrión era la brigada franco-alemana, o eso se nos decía.

Pero Washington, que ve las cosas de otro modo, quiere seguir siendo una potencia europea y ha hecho todo lo que estaba en sus manos para reforzar la OTAN y extender su influencia acogiendo en su seno a tres países del antiguo bloque del Este (Polonia, Chequia y Hungría). «Indiscutiblemente —confirma un analista estadounidense—, la OTAN se ha mantenido en razón de la influencia política que proporciona a Estados Unidos en Europa y porque bloquea el desarrollo de un sistema estratégico europeo rival del de Estados Unidos».[113]

Pero eso no es todo. En la era de la globalización liberal, para reforzar su lógica y prevenir sus riesgos, Estados Unidos quiere convertir a la OTAN en el brazo armado, en el aparato de seguridad de esa globalización, con el Reino Unido, Alemania y Francia como aliados principales entre el resto de los países de la OTAN (a la espera de incluir, en una segunda fase, a Japón y Corea del Sur). En consecuencia, las Naciones Unidas se han visto excluidas y reducidas a una especie de instancia moral (en cierta manera, como el Consejo de Europa respecto a la Unión Europea, o una especie de Vaticano laico), sin capacidad real de intervención en caso de crisis.

Tanto es así que algunos altos funcionarios estadounidenses se preguntan si, a fin de cuentas, no habría sido más eficaz intervenir bajo el mandato de las Naciones Unidas, como en el Golfo, en lugar de hacerlo en el marco de la OTAN, con las complicaciones que imponen las consultas permanentes de diecinueve gobiernos.[114] A Estados Unidos le habría sido aún más fácil actuar unilateralmente. Su supremacía militar se lo permite. Para imponer, bajo el imperio del mercado, un nuevo orden global. ¿Es algo tan extraordinario? No, asegura el almirante William J. Perry antiguo secretario de Defensa del presidente Clinton: «Siendo Estados Unidos el único país con intereses globales, es también el líder natural de la comunidad internacional».[115]

Kosovo proporcionó a Estados Unidos la oportunidad de aplicar el «nuevo concepto estratégico» de la OTAN semanas antes de su adopción oficial en Washington, el 26 de abril de 1999: ampliar y reforzar la comunidad de las naciones democráticas. Huelga decir que la ampliación de la democracia supone, como condición indispensable, la adopción obligatoria del modelo occidental de globalización liberal. Y la sumisión a la hegemonía de Estados Unidos. Tales fueron, en el fondo, las motivaciones reales de la participación norteamericana en la guerra de Kosovo.

Chechenia

Debido a ciertas características que les son trágicamente comunes —

nacionalismo, odios étnicos, enfrentamiento islam radical/cristianismo ortodoxo, secesionismo, descolonización, independentismo…—, suele compararse la guerra de Kosovo con la nueva guerra emprendida por los generales rusos en Chechenia en septiembre de 1999.

No obstante, se trata de dos casos muy diferentes, por más que ambas guerras fueran en efecto particularmente inhumanas. Como en Kosovo desde el comienzo de los bombardeos de la OTAN, más de un tercio de la población chechena —es decir, alrededor de doscientas mil personas— se vio obligado a huir de los combates para buscar un precario refugio en Ingushia. Y, según las organizaciones humanitarias internacionales (a las que las autoridades rusas impedían acercarse al frente), centenares de civiles perdieron la vida durante los bombardeos indiscriminados del ejército federal. Ejército que, en algunos pueblos, se entregó además al pillaje, las violaciones y los crímenes de guerra. Devastada por el precedente conflicto de 1994-1996, que causó más de ochenta mil muertos, Chechenia asistió aterrada una vez más a la destrucción sistemática de sus principales infraestructuras.

En vista de que, transcurridos dos años, la guerra contra los resistentes chechenos no parece tocar a su fin, esta pequeña república del Cáucaso corre el riesgo de verse devuelta, en materia de desarrollo, a comienzos del siglo XX.

¿Cómo pudo producirse un desastre humano, económico y ecológico de tan espantosas dimensiones? ¿Cómo es posible que la comunidad internacional, tan pronta a invocar el derecho de ingerencia y movilizarse en favor de Kosovo en 1999, asistiera impasible a semejante tragedia?

La responsabilidad más grave recae ciertamente sobre Moscú, que, en el momento del desmantelamiento de la Unión Soviética, fue incapaz de proponer a las entidades que permanecieron en el seno de la Federación Rusa un estatuto de autonomía basado en criterios auténticamente democráticos. Con la complicidad de Occidente, que empujaba a Moscú a adoptar cuanto antes el modelo económico liberal, el Kremlin improvisó un federalismo a la carta y, a cambio de apoyo político, permitió la instauración en cada una de las regiones de «una especie de arrendamiento generalizado»[116] de los sectores más rentables (petróleo, divisas, alcohol, tabaco, caviar, drogas, armas, etc.), concedidos a mafias o clanes locales.

Este conjunto de prácticas exacerbó las tensiones sociales. Sobre todo en Chechenia, país que, tras haber aportado el 40% del petróleo de la Unión Soviética hasta 1940, veía extenderse la miseria por su territorio y experimentaba un declive imparable, habida cuenta de que su producción de hidrocarburos apenas representa el 1% del total ruso.

Islam Wahabí

Con el ascenso de las mafias se produjo también un rebrote del sentimiento

nacionalista y un resurgimiento del islam sunní, latentes en un país que se había resistido al expansionismo colonial moscovita durante más de un siglo, para convertirse en 1859 en el último bastión del Cáucaso en rendirse a los rusos.

Los desheredados se mostraron particularmente sensibles al discurso de los misioneros wahabíes, llegados de Arabia Saudí con abundantes medios financieros para predicar un islam integrista que ya había seducido a una parte de los resistentes afganos vencedores de los soviéticos en los años ochenta. A esta corriente islámica pertenecían los principales combatientes independentistas de comienzos de los años noventa, incluido el célebre Shamil Basaev. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, los medios de comunicación se apresuraron a vincular Chechenia con Afganistán y señalaron insistentemente que numerosos chechenos, protegidos por los talibanes, se entrenaban en los campamentos de al-Qaida bajo la dirección de Osama Bin Laden.

Tras la insólita victoria militar de 1996 sobre Moscú, la sagrada unión de los chechenos se debilitó. Sometido al bloqueo territorial de las fuerzas rusas, el gobierno de Asian Maskhadov se vio sin medios para reconstruir el país. Por su parte, los wahabíes constituyeron feudos islamistas en los que impusieron la ley coránica (sharia) contra la voluntad de numerosas familias. Aprovechando el caos, proliferaron las mafias y el bandidaje. El país presenció el desarrollo de una auténtica economía de la rapiña y el desmán: pillaje de granjas aisladas, contrabando de todo tipo de productos y, sobre todo, secuestros por dinero de centenares de personas, extranjeros en muchos casos.

Chechenia se convirtió poco a poco, y en gran medida por causas externas, en una entidad caótica e ingobernable, temida por sus vecinos y de la que sus propios habitantes empezaban a huir. En este contexto de podredumbre, cuatro hechos determinantes desencadenaron el conflicto actual.

Atentados terroristas

Para empezar, en mayo de 1999 la reapertura, con la aquiescencia occidental, del oleoducto que unía Bakú (Azerbayán) con Supsa (Georgia), a orillas del mar Negro, produjo un profundo malestar en Rusia.

Y, lo que es más grave, meses más tarde Turquía, Azerbayán y Georgia firmaron un acuerdo para la construcción de otro oleoducto entre Bakú y el puerto turco de Ceyhan, en el Mediterráneo, que evitaría definitivamente el territorio ruso. Moscú lo interpretó como una humillación geopolítica que podía anunciar una grave pérdida de influencia en el Cáucaso, tanto más cuanto los nuevos oleoductos quedaban automáticamente bajo la protección del sistema de seguridad de la OTAN.

A continuación, en agosto de 1999, la incursión en Daguestán del jefe islamista checheno Basaev confirmó a los ojos de los rusos el peligro de contagio que

entrañaba el ejemplo de la posible independencia de Chechenia. Rápidamente circunscrita y sofocada, esta incursión produjo innegable inquietud en Moscú, que veía multiplicarse las amenazas contra su control sobre una región tan estratégica como el Cáucaso del Norte.

Por último, a comienzos del otoño de 1999, una serie de espantosos atentados con explosivos contra edificios de viviendas causó alrededor de trescientos muertos entre la población civil de varias ciudades rusas. Aunque carecía de pruebas concluyentes, a Moscú le faltó tiempo para adjudicar la autoría a los «bandidos chechenos», lo que acabó de soliviantar a una opinión pública sumida en la catástrofe social desde hacía una década.

Que Vladimir Putin aprovechó la situación para declarar una «guerra sin piedad contra el terrorismo» e imponerse como el hombre fuerte que esperaban los rusos es una evidencia. Pero esta dimensión política es inseparable de los aspectos estratégicos de la guerra: para Moscú, se trataba de preservar el control férreo sobre Chechenia y, al mismo tiempo, restablecer a Rusia como potencia dominante en todo el Cáucaso, lo que no deja de ser una simple ambición regional para una antigua superpotencia mundial.

Nuevo orden global

Por el contrario, la guerra que enfrentó a la OTAN con la República Federal de Yugoslavia durante la primavera de 1999 abrió una nueva etapa en la historia de las relaciones internacionales y anunció el despuntar de un nuevo orden mundial. El 24 de marzo de 1999, fecha de los primeros bombardeos contra el régimen de Belgrado, señaló el comienzo de una nueva era.

Sabíamos que la guerra fría había terminado en noviembre de 1989 con la caída del muro de Berlín y que la desaparición de la Unión Soviética había puesto fin a la posguerra en diciembre de 1991. Hoy sabemos que la crisis de Kosovo cerró un decenio (1991-1999) de incertidumbres, desórdenes y tanteos en materia de política internacional y trazó un marco nuevo para el siglo XXI.

La globalización económica —que constituye de lejos la dinámica más poderosa de nuestro tiempo— necesitaba el complemento de un proyecto estratégico global en materia de seguridad. El conflicto de Kosovo proporcionó la ocasión de dibujar sus rasgos esenciales. Desde ese punto de vista, esta primera guerra de la OTAN tuvo, efectivamente, mucho de inaugural. Para la comunidad mundial, representa un auténtico salto hacia lo desconocido, la incursión en un territorio inexplorado que sin duda reserva muchas sorpresas agradables, pero también más de una emboscada y más de un peligro.

Pretextando las atrocidades cometidas en Kosovo por el régimen de Belgrado, la OTAN justificó el conflicto con argumentos de orden humanitario, moral e incluso

«civilizador»: era «una lucha por la civilización», llegó a declarar el entonces primer ministro francés Lionel Jospin.[117] De la noche a la mañana, la historia, la cultura y la política, causas de todos los conflictos desde las guerras púnicas,[118] se convirtieron en referencias obsoletas. Lo que constituye una revolución, no sólo de orden militar, sino también, y fundamentalmente, de orden mental.

Al emprender la guerra de Kosovo en nombre de la acción humanitaria, considerada moralmente superior a todo desde entonces, la OTAN no dudó en transgredir dos de los máximos tabúes de la política internacional: la soberanía de los estados y los estatutos de la Organización de las Naciones Unidas.

El principio de soberanía

Bajo el Antiguo Régimen, la soberanía residía en la persona del rey, «por la gracia de Dios». Bajo la influencia de los filósofos de la Ilustración, las revoluciones estadounidense (1776) y francesa (1789) y todas las democracias posteriores la hacen residir en el pueblo («El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación», dice el artículo 3 de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano de agosto de 1789).

Este principio de soberanía autoriza a los gobiernos a resolver sus conflictos internos de acuerdo con sus propias leyes, elaboradas por su Parlamento, sede de los representantes de la nación, y sin que nadie pueda inmiscuirse en los asuntos interiores del Estado en cuestión. Pues bien, fue precisamente este principio, que tiene dos siglos de antigüedad, lo que saltó por los aires el 24 de marzo de 1999, fecha de los primeros bombardeos de la OTAN contra Serbia.

Hay quien dice, y no sin razón: tanto mejor, porque, al amparo de ese principio, que impide a los otros países acudir en auxilio de las víctimas, más de un Estado tiránico ha cometido todo tipo de abusos contra sus propios ciudadanos. Y, en el caso de Yugoslavia, son muchos los que consideran que, si bien Slobodan Milosevic había sido formalmente elegido por vía democrática, no dejaba de ser un déspota y el inspirador de una odiosa política de limpieza étnica. Pero la legitimidad de un déspota, un tirano o un dictador no procede del pueblo, de modo que la soberanía de su Estado no es otra cosa que un artificio legal que les permite practicar la arbitrariedad. Semejante soberanía no merece el menor respeto, especialmente si el déspota es culpable de violaciones de los derechos humanos o crímenes contra la humanidad.

Recientemente hemos podido ver que las decisiones soberanas (tomadas por el conjunto de las principales fuerzas políticas de derecha e izquierda) de un país democrático como Chile, en lo tocante a su antiguo dictador el general Augusto Pinochet, lejos de ser respetadas, no han podido evitar la detención del susodicho en Londres y la petición de extradición de España para juzgarlo por crímenes contra la

humanidad.[119]

Por lo demás, el proyecto de creación de un Tribunal Penal Internacional (a cuya ratificación se opone Estados Unidos) tiene como objetivo juzgar a los autores de crímenes contra la humanidad (imprescriptibles) independientemente de cualquier decisión legal adoptada por un Estado soberano.

¿Dónde reside hoy la soberanía de un país? ¿Caminamos hacia la instauración, a escala planetaria y bajo la égida de Occidente, de «soberanías limitadas», como las que Leonid Breznev y la URSS intentaron imponer a los estados del bloque socialista en los años setenta? ¿Cabe juzgar a esa luz la resurrección de la vieja figura colonial del «protectorado», prevista ya en 1991 para Somalia y practicada de hecho en Albania y, bajo los auspicios de la ONU, en Kosovo, o en Afganistán desde diciembre de 2001, so capa de fuerza multinacional?[120]

A finales del siglo XVIII, la soberanía pasó de Dios a la nación. ¿Residirá de ahora en adelante en el individuo? Tras el Estado-nación, ¿asistiremos a la aparición del «Estado-individuo»? ¿Pasarán a los individuos concretos los atributos y prerrogativas que hasta hoy tenían los estados? Indiscutiblemente, la mundialización y su ideología no sólo tolerarían, sino que animarían tal transformación, posibilitada por las tecnologías de la comunicación y la información, como en cierto modo han demostrado Osama Bin Laden y su secta-red al-Qaida (véase el capítulo primero, consagrado a los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001).

¿Hacia el Estado Individuo?

Por añadidura, la mundialización, que elimina fronteras, homogeneiza las culturas y reduce las diferencias, se aviene mal con la identidad y la soberanía de los estados. Como afirma Alain Joxe: «La constitución de un imperio universal (estadounidense) mediante la generalización de la economía de mercado provoca balcanizaciones-libanizaciones, al eliminar las prerrogativas reguladoras de los estados tradicionales».[121]

La ONU fuera de juego

La OTAN decidió emprender la guerra de Kosovo sin contar con la autorización explícita de ninguna resolución del Consejo de Seguridad de la ONU. Por primera vez en un asunto tan grave, asistimos al ninguneo de la ONU, única plataforma internacional para la resolución de los conflictos y el mantenimiento de la paz. Desde comienzos de los años noventa, numerosos indicios hacían pensar que Estados Unidos deseaba que la ONU dejara de desempeñar su papel: no renovación del

mandato de Butros Butros-Ghali, reemplazado como secretario general por Kofi Annan, presuntamente más dócil a las tesis de Washington; firma de los acuerdos de Dayton sobre Bosnia bajo la égida, no de las Naciones Unidas, sino de Estados Unidos; lo mismo en lo relativo a los acuerdos palestino-israelíes de Wye River; decisión unilateral de bombardear Irak sin la autorización de la ONU, etc.

De hecho, todo apunta a que Estados Unidos no se aviene con la ONU ni acepta, en su actual situación hegemónica, verse frenado por los procedimientos legalistas de las Naciones Unidas. Resulta así evidente que la existencia de éstas a lo largo de todo el siglo XX (en un principio, bajo la forma de la Sociedad de Naciones) no se debía, como creíamos, a un logro de la civilización, sino tan sólo a la existencia simultánea de potencias de envergadura comparable que, al menos militarmente, no podían imponerse a las otras.

La desaparición de la Unión Soviética dio al traste con ese equilibrio y, por primera vez en dos siglos, un país —una «hiper-potencia», como lo calificó el ex ministro francés de Asuntos Exteriores Hubert Védrine— domina el mundo de manera aplastante. Estados Unidos no ve motivos para compartir o limitar su hegemonía cuando puede ejercerla plenamente sin que nadie (ni siquiera la ONU) pueda contradecirlo.

Ejecutadas en nombre del humanitarismo, estas dos transgresiones —de la soberanía nacional y del magisterio de las Naciones Unidas— plantean más de un problema. Por ejemplo: ¿cómo conciliar la preocupación humanitaria con el uso de la fuerza? ¿Puede haber «bombardeos éticos», sobre todo cuando numerosos errores de tiro causan centenares de víctimas inocentes entre la población civil? ¿Puede hablarse de «guerra justa» cuando la desproporción militar y tecnológica entre los adversarios es abismal?

¿En nombre de qué moral cabe equiparar la legítima protección de los kosovares con la destrucción de los serbios?

Guerra y ecología

Estas preguntas desazonan a la mayoría de los actuales dirigentes socialdemócratas (antiguos sesentayochistas, antiguos troskistas, antiguos maoístas, antiguos comunistas, antiguos pacifistas…), que pertenecieron a la *Love Generation* y el *Flower Power*, gritaron *«Make love, not war»*, entonaron canciones antimilitaristas (véase Donovan, *Universal Soldier*) y en su momento se opusieron ferozmente a la guerra de Vietnam (una «causa justa», según los criterios actuales…).

Algunos dirigentes ecologistas europeos, en particular los Verdes alemanes, se las vieron y se las desearon para conciliar una actitud rabiosamente guerrera con su tradicional discurso sobre la protección del medio ambiente. Acabaron constatando que la guerra de Kosovo, como cualquier guerra, era de por sí una catástrofe

ecológica: destrucción de refinerías de petróleo con las correspondientes emanaciones de nubes tóxicas; bombardeo de empresas químicas que contaminaron los ríos y aniquilaron la fauna; utilización de bombas de grafito que liberaron polvos cancerígenos; o de bombas radioactivas de uranio empobrecido; lanzamiento de bombas de fragmentación que siembran millares de artilugios similares a las minas antipersonal (Estados Unidos se negó a firmar el tratado de Ottawa que prohibía su uso); caída de bombas activadas en el Adriático que constituyen una amenaza para los pescadores, etc.

Otros se preguntan por qué no ha intervenido la OTAN, alegando razones humanitarias, en otros países que mantienen sojuzgada a la población. Por ejemplo: en el sur de Sudán, en Sierra Leona, en Liberia, en el Congo, en Angola, en Nueva Guinea occidental, en el Tíbet, etc. Otros constatan que en ocasiones el humanitarismo no se salva del principio del «doble rasero», como en el caso de Irak, que Estados Unidos y el Reino Unido siguieron bombardeando a diario durante todo el año 1999, sin el respaldo de un mandato internacional.[122] Por último, en lo referente al derecho de intervención humanitaria, hay quien apunta que no debería ser solamente un derecho del más fuerte. Pero ¿cómo iban a poder utilizar tal derecho los débiles? ¿Cabe imaginar, por ejemplo, que un país africano invoque ese derecho a la intervención humanitaria en determinado país americano para proteger a los negros que son víctima de violaciones de los derechos humanos? ¿O que un país del norte de África intervenga en un Estado europeo en el que los inmigrantes magrebíes son objeto de discriminaciones sistemáticas?

¿Y por qué no pedir, como piden algunos, el derecho de intervención social? ¿No es escandaloso que en el seno de la Unión Europea haya cincuenta millones de pobres? ¿No es una monstruosa violación de los derechos humanos? ¿Puede aceptarse que, a escala mundial, uno de cada dos seres humanos tenga que vivir con menos de dos euros al día? ¿Que mil millones de personas vivan en la pobreza más absoluta, con menos de un euro al día? A ese precio, lo que gastó diariamente la OTAN bombardeando Yugoslavia, es decir, sesenta millones de euros, habría permitido alimentar diariamente a sesenta millones de personas…

EL ECOSISTEMA EN PELIGRO. NUEVOS MIEDOS, NUEVAS AMENAZAS

«En la historia de las colectividades —afirma el historiador Jean Delumeau—, los cambian, pero el miedo persiste».[123] Hasta el siglo XX, los grandes males de la humanidad tenían su origen en la naturaleza, el frío, los rigores del clima, las inundaciones, las devastaciones, los incendios, el hambre y azotes como la peste, el cólera, la tuberculosis y la sífilis. Antaño, el ser humano vivía bajo la constante amenaza del entorno. La desgracia lo acechaba cotidianamente.

La primera mitad del siglo XX estuvo marcada por los horrores de las grandes guerras mundiales de 1914-1918 y 1939-1945. La muerte a escala industrial, los éxodos, las destrucciones masivas, las persecuciones, los campos de deportación y exterminio. Tras la Segunda Guerra Mundial y la destrucción atómica de Hiroshima y Nagasaki en 1945, el mundo vivió bajo la amenaza del holocausto nuclear. Un miedo que fue apaciguándose poco a poco hacia el final de la guerra fría y tras la firma de tratados internacionales que prohibían la proliferación nuclear.

Terror nuclear

Pero la existencia de esos tratados no eliminó todos los peligros. El 26 de abril de 1986, la explosión de la central nuclear de Chernobil provocó un recrudecimiento del terror nuclear. Más recientemente, el 1 de octubre de 1999, se produjo un accidente en la planta de la localidad japonesa de Tokaimura. Estupefacta, la opinión pública internacional descubrió que, incluso en un país como Japón, reputado por su rigor técnico, se transgreden principios elementales de seguridad y se arriesgan la salud y la vida de centenares de millones de personas.

A renglón seguido, el 13 de octubre de 1999, supimos que el Senado de Estados Unidos había tomado la increíble decisión de rechazar la ratificación del Tratado para la Prohibición Total de los Ensayos Nucleares (CTBT), contra los deseos del presidente William Clinton. Este rechazo, basado en mezquinas razones políticas, reviste una gravedad excepcional y constituye un auténtico desastre para la seguridad del planeta, tanto más cuanto que puede interpretarse como una autorización tácita para la reanudación general de las pruebas nucleares. Atenta contra el principio de no proliferación nuclear[124] y deslegitima cualquier futura presión de Washington para detener las pruebas atómicas.

El mismo Washington que, a finales de 2001 y a pesar del desacuerdo de Moscú, denunció el tratado de 1972 para la limitación del despliegue de misiles antimisiles (ABM), con el fin de precaverse contra el progreso en materia balística de determinados países (entre los que figuran Pakistán, Irán y Corea del Norte). Tras

este rechazo del Senado de Estados Unidos, Rusia y China, que aún no han ratificado el tratado de prohibición total de las pruebas nucleares, tienen un buen pretexto para realizar nuevas pruebas con vistas a miniaturizar sus arsenales, como hizo Francia en 1995.

Por su parte, el ex primer ministro francés Lionel Jospin, «teniendo en cuenta las armas balísticas y de destrucción masiva de las que se están dotando determinadas potencias», se declaró dispuesto a considerar la «modernización» y «modificación» del arsenal nuclear francés, con el fin de «prevenir la manifestación de una amenaza contra nuestros intereses vitales, sean cuales sean su origen —cercano o lejano—, naturaleza o forma».[125] Entre otros países, Jospin pensaba sin duda en Pakistán, reciente potencia nuclear, cuyas autoridades civiles, democráticamente elegidas, habían sido derrocadas el 12 de octubre de 1999 por el ejército y el general Pervez Musharraf.

Amenazas contra la identidad

En Europa occidental, la segunda mitad del siglo XX se caracterizó por el progresivo apaciguamiento de los conflictos armados y el aumento de una prosperidad casi general. Las condiciones de vida mejoraron sensiblemente y la esperanza de vida alcanzó cotas sin precedentes.

El día en que los historiadores de las mentalidades se pregunten por los miedos de comienzos del siglo XXI, descubrirán que, a excepción del terrorismo, que obsesiona a las sociedades occidentales desde el 11 de septiembre de 2001, los nuevos temores son menos de orden político o militar (conflictos, persecuciones, guerras…) que de carácter económico y social (desastres bursátiles, hiperinflación, quiebras empresariales, despidos masivos, precariedad, recrudecimiento de la pobreza…), así como industrial (accidentes tan graves como los de Minamata, Seveso, Bhopal o Toulouse) y ecológico (trastorno de la naturaleza, deterioro del medio ambiente, calidad sanitaria de la alimentación, contaminación de todo tipo…). Afectan tanto a lo colectivo como a lo íntimo (salud, alimentación…) y a la identidad (procreación artificial, ingeniería genética…).

Este último aspecto en particular preocupa cada vez más, en vista de que la capacidad de manipulación del patrimonio genético no deja de aumentar. Y la producción de animales transgénicos, la clonación, la secuenciación del genoma humano, la terapia genética, el patentado de la vida, la detección genética de las enfermedades hereditarias y la utilización de tests genéticos producen una inquietud sorda.[126]

Recordemos que en Estados Unidos, durante los años sesenta y setenta, investigadores como el doctor José Delgado, uno de los más firmes partidarios del

control de la mente en aras de una sociedad «psicocivilizada», afirmaban que la pregunta filosófica esencial ya no era «¿Qué es el hombre?», sino «¿Qué tipo de hombre debemos fabricar?».

El profesor Marvin Minsky, uno de los padres del ordenador, pronostica lo siguiente: «En 2035, gracias a la nanotecnología, el equivalente electrónico del cerebro podría ser más pequeño que la yema de su dedo. Eso significa que usted podrá tener en el interior de su cráneo todo el espacio que desee para implantar sistemas y memorias adicionales. De ese modo, poco a poco, podrá aprender más cosas cada año, añadir nuevos tipos de percepciones, nuevas formas de razonamiento, nuevas maneras de pensar e imaginar».[127]

Por su parte, el ensayista estadounidense Francis Fukuyama sostiene que «durante las dos próximas generaciones, las herramientas que nos proporcionarán las biotecnologías nos permitirán conseguir lo que no han conseguido los especialistas en ingeniería social. Llegados a ese punto, habremos terminado definitivamente con la historia humana, porque habremos abolido los seres humanos en tanto que tales. A partir de ese momento empezará una nueva historia, más allá de lo humano».[128]

Ciencia y ficción

Desde la clonación de la oveja Dolly en febrero de 1997, se sabe que la del hombre está al caer. La ciencia ha superado a la ficción, en la medida en que ha dejado chiquito el «procedimiento Bokanovsky» imaginado por Aldous Huxley en su novela *Un mundo feliz*. Dolly no es el resultado de una fecundación: su embrión fue creado mediante la simple fusión del núcleo de una célula adulta con el óvulo nucleado de una oveja portadora. Desde entonces, se han clonado ratones en Hawai, ovejas en Nueva Zelanda y Japón, cabras en Estados Unidos, etc. En 1998, la revista científica británica *The Lancet* opinaba que, a pesar de las advertencias morales expresadas en todo el mundo, la creación de seres humanos por clonación era «inevitable», y hacía un llamamiento a la comunidad médica para que lo «admitiera de una vez por todas».

Con idéntico espíritu, los medios de comunicación anunciaron el nacimiento de una nueva era el 26 de junio de 2000, fecha del desciframiento de los tres mil millones de pares de bases encadenadas a lo largo de los veintitrés cromosomas que componen nuestro patrimonio hereditario. Este descubrimiento permitirá secuenciar los genes implicados en las enfermedades. Potencialmente, los beneficios para la humanidad son enormes, puesto que la identificación de un gen responsable de una enfermedad hereditaria abre la vía al hallazgo de un posible tratamiento y a su curación.

Pero estamos muy lejos de conocer el alcance exacto de este descubrimiento, que puede alentar peligrosas veleidades. En adelante la genética ofrece al hombre la

posibilidad de lanzarse a una «apropiación salvaje del mundo, una versión moderna del esclavismo o de la explotación incontrolada de los recursos naturales, como demostraron las potencias coloniales».[129] Porque patentar los genes es tanto como privatizar un patrimonio común de la humanidad. Y vender la información a la industria farmacéutica —que la reservaría a algunos privilegiados— podría transformar este revolucionario descubrimiento científico en un nuevo instrumento de discriminación.[130]

¿Hacia un nuevo eugenismo?

Por si fuera poco, la ingeniería genética prefigura un nuevo eugenismo orientado hacia una especie de transhumanidad. ¿No cabe interpretarlo como el resurgir del fantasma del «niño perfecto», seleccionado en función de la excelencia de su código genético? Nuestras sociedades apenas se atreven a confesárselo. Un miedo indecible empieza a tomar cuerpo: ¿caminamos hacia una serialización en toda regla de la especie humana? ¿Hacia el recurso masivo a las biotecnologías duras? ¿Para fabricar una especie de «Pokemon»[131] humanos o transhumanos? ¿Se avecina la invasión de los HGM, los humanos genéticamente modificados?

Liberalismo y ecología

Las manipulaciones genéticas en curso no son lo único que inquieta a los ciudadanos. Las advertencias de carácter ecológico expresadas durante la Cumbre de la Tierra, en Rio de Janeiro en 1992, y más recientemente en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible, celebrada en Johannesburgo en agosto y septiembre de 2002, los han alertado igualmente sobre los riesgos inherentes al actual saqueo del planeta.

Con la esperanza de apaciguar esos temores y el objetivo de debatir la medidas ante el calentamiento de la Tierra a causa del aumento de las emisiones de gas con efecto invernadero, los representantes de ciento cincuenta países se reunieron en la ciudad japonesa de Kioto en diciembre de 1997.

Recordemos que esta conferencia crucial se celebró en una época en que Asia estaba inmersa en una sucesión de desastres financieros y ecológicos.

Presentados durante mucho tiempo por las grandes instancias económicas —Banco Mundial, FMI, OCDE y OMC— y los turiferarios del ultraliberalismo como el contraejemplo del «fracaso del Tercer Mundo» y el modelo a imitar, los viejos «dragones» (Hong Kong, Singapur, Taiwan y Corea del Sur) y los nuevos (Malasia, Indonesia, Tailandia y Filipinas) sufrieron una serie de gravísimos desórdenes

bursátiles en otoño de 1997.

Tras el hundimiento de la bolsa de Hong Kong, los mercados financieros de los cinco continentes, empezando por Wall Street, se sumieron en la tormenta y dejaron planear sobre el mundo el espectro de un *crack* del sistema monetario internacional.

El modelo de crecimiento basado en una mano de obra barata, una moneda sobredevaluada, la exportación a ultranza y la elevación de los tipos de interés para atraer a los inversores-especuladores internacionales, dentro del marco de un régimen político autoritario, demostró ser, tras el desastre asiático de 1997, más que ejemplar, peligroso.

Para colmo de males, algunos de los países más afectados por los tifones bursátiles —Indonesia y Malasia— sufrieron desastres ecológicos de excepcional amplitud. Escapando a todo control, miles de gigantescos incendios devastaron más de ochocientas mil hectáreas de bosque en las islas de Sumatra, Borneo, Java y Sulawesi. Inmensas nubes de humos tóxicos, del tamaño de medio continente, cubrieron de hollín ciudades como Kuala Lumpur, que quedaron sumidas en la semioscuridad, y provocaron graves accidentes (siniestro de un Airbus: doscientos treinta y cuatro muertos; colisión marítima: veintinueve muertos).

Deforestaciones masivas

Ni que decir tiene que estas dos catástrofes —bursátil y medioambiental— están íntimamente ligadas. Si es cierto que los incendios se debieron en parte a la sequía causada por un fenómeno climático cíclico conocido como El Niño, la principal razón del desastre radica en la política de deforestación masiva practicada durante décadas sobre la base de un modelo especulativo e hiperproductivista suicida, centrado únicamente en las exportaciones.

En nombre de una confusión interesada entre crecimiento y desarrollo, los estados del Norte y del Sur persisten en la destrucción sistemática del medio natural. Los atentados contra los suelos, las aguas y la atmósfera se suceden sin solución de continuidad.

Urbanización galopante, deforestación tropical, contaminación de las capas freáticas, los mares y los ríos, calentamiento del clima, empobrecimiento de la capa de ozono, lluvias ácidas: desastres ecológicos que ponen en peligro el porvenir de la humanidad. Cada año desaparecen seis millones de hectáreas de tierras cultivables debido a la desertización. En todo el mundo, la erosión y la sobreexplotación merman la superficie cultivable a un ritmo acelerado. La contaminación industrial de los países del Norte y la pobreza de los países del Sur (deforestación, abandono del barbecho, etc.) desestabilizan los equilibrios ecológicos. Lógicas económicas y políticas absurdas permiten que millones de seres humanos sigan muriendo de hambre.

Proteger la biodiversidad

En 2010, la capa forestal del globo habrá disminuido más de un 40% respecto a 1990. En 2040, la acumulación de gases con efecto invernadero podría provocar un ascenso de la temperatura media del planeta de entre uno y dos grados centígrados, y una elevación del nivel de los océanos de entre 0,2 y 1,5 metros. No es una certeza, pero si esperamos a tener certezas científicas será demasiado tarde para actuar. La elevación del nivel de los océanos habrá causado daños irreparables.

Cada año desaparecen entre diez y diecisiete millones de hectáreas. La deforestación destruye un patrimonio biológico irreemplazable: las junglas tropicales húmedas albergan el 70% de las especies animales, seis mil de las cuales son borradas de la faz del planeta anualmente. Según la UICN, en diez años habrá desaparecido el 20% de las especies existentes.

La conferencia sobre el clima de Berlín, celebrada en abril de 1995, ratificó la idea de que el mercado no está en condiciones de hacer frente a las amenazas globales que pesan sobre el medio ambiente. Proteger la biodiversidad, la variedad de la vida, mediante el desarrollo sostenible se ha convertido en un imperativo: el desarrollo se considera sostenible si permite que las generaciones futuras hereden un entorno de una calidad al menos igual al que recibieron las generaciones precedentes.

Los países occidentales —y especialmente Estados Unidos, responsable de la mitad de las emisiones de gases carbónicos de los países industrializados— deben respetar los compromisos suscritos en la Cumbre de la Tierra celebrada en Rio de Janeiro en 1992. Por el momento, no lo hacen. Si la Unión Europea prevé una reducción del 15% de los gases para el horizonte del año 2010, la administración estadounidense se propone retroceder a los niveles de 1990 nada menos que en 2012 y establecer a partir de 2008 «permisos de contaminación» negociables. El presidente George W. Bush ha sido aún más negativo, puesto que una de las primeras medidas adoptadas por su administración, con gran escándalo de las cancillerías internacionales, fue la denuncia del tratado de Kioto.

Por su parte, numerosos gobiernos del Sur se niegan a aceptar que la degradación de los ecosistemas tiene consecuencias trágicas para toda la humanidad. Sin embargo, es evidente que no conseguiremos aliviar al planeta sin un esfuerzo colectivo. Tanto en el Norte como en el Sur, ha sonado la hora de abandonar el modelo de desarrollo que hemos seguido durante siglos, para enorme desgracia de la Tierra y de sus habitantes.

Catástrofes de una amplitud desconocida

Esta actitud es característica de los egoísmos actuales, que estimula la globalización. Porque la globalización es también el saqueo ecológico de la Tierra.

Una destrucción que provoca consecuencias en cadena. De Mozambique a Venezuela, de China a Turquía, de México a la India: catástrofes y cataclismos, inundaciones y temblores de tierra se han sucedido en los últimos años con una amplitud nunca vista.

Miles de muertos, miles de millones de euros en daños y desastres ecológicos inimaginables: bosques devastados, faunas diezmadas, cosechas perdidas, aguas contaminadas, tierras cultivables arruinadas… En los países desarrollados —mejor protegidos contra las calamidades «naturales» por regla general—, los trastornos climáticos también se han dejado sentir dramáticamente. Basta con pensar en la Europa del Este, azotada en diciembre de 1999 por dos auténticos huracanes que causaron centenares de muertos y daños colosales e inauditos, y dejaron conmocionada a la población de determinadas regiones.

Esos mismos países desarrollados, que se creían a cubierto de los desastres del Sur, han padecido igualmente una interminable sucesión de nuevos desórdenes ecológicos que empiezan a sembrar el pánico. Sin ir más lejos, recordemos lo ocurrido en Europa en el curso de los dos últimos años.

«Annus horribilis»

Para empezar, la espeluznante marea negra que se extendió por la costa atlántica francesa en diciembre de 1999. Causada por el naufragio del petrolero Erika, fletado por la compañía Total, provocó la muerte de miles de aves, puso en peligro centenares de empresas, arruinó varias de las regiones más hermosas del país y causó la contaminación cancerígena de todos los voluntarios que participaron en la limpieza de las playas.

Otras catástrofes: las sucesivas inundaciones del Somme, en el norte de Francia, y los innumerables problemas relacionados con la contaminación alimentaria: descubrimiento del empleo de excrementos humanos para la elaboración de harinas animales destinadas a la alimentación de animales para el consumo humano y peces de criadero; nuevos casos de «vacas locas»; pollos con dioxinas; contaminación de latas de Coca-Cola; proliferación de los OGM; botellas de agua mineral contaminadas; multiplicación de casos mortales por consumo de quesos o embutidos con listeria, etc.

En nombre de una concepción errónea del desarrollo, la mayoría de los estados del Norte siguen practicando una política frenéticamente productivista que abusa de los pesticidas y los contaminantes, en detrimento de la agricultura tradicional y biológica. Entre tanto, numerosos estados del Sur, inconscientes o impotentes, continúan tolerando la destrucción sistemática del medio natural.

En todo el mundo se suceden todo tipo de desmanes y atentados cometidos contra los suelos, las aguas, la atmósfera y la salud de los seres humanos. Urbanización galopante, deforestación tropical, contaminación de mares y ríos, calentamiento del

clima, empobrecimiento de la capa de ozono, lluvias ácidas, etc. Por su misma desmesura, los desastres ecológicos constituyen actualmente un peligro para el futuro de la humanidad.

Nueva peste

«La peste —escribió Antonin Artaud— es la manifestación de un fondo de crueldad latente que reúne en un individuo o en un pueblo todas las posibilidades perversas del espíritu».[132] Como la peste, la epizootia de la fiebre aftosa que asoló los campos británicos durante la primavera de 2001 revelaba también «un fondo de crueldad latente» y muchas «perversiones del espíritu». Porque las epidemias, como confirman todos los historiadores, son no sólo causa, sino también consecuencia de un momento histórico concreto.

De modo que no es casualidad que, en una Inglaterra que llevaba más de veinte años sirviendo de laboratorio al ultraliberalismo, se multiplicaran los resplandores medievales de las hogueras donde ardían —inútilmente—[133] centenares de miles de animales y se elevaran gritos de desesperación y pavor. Para desgracia de los ciudadanos británicos, esta realidad de pesadilla venía a coronar un invierno 2000-2001 pródigo en calamidades: «vacas locas», inundaciones, regiones aisladas por la nieve y sin electricidad, catástrofes ferroviarias, etc. Y ninguna maldición divina, ninguna «conspiración del destino»[134] explica semejante desastre.

La decisiones que favorecieron estos dramas fueron tomadas muy conscientemente y obedeciendo dogmas concretos, extraídos del catecismo neoliberal. La fulgurante expansión de la epizootia de fiebre aftosa se debió al ansia de rentabilidad, que empujó a los operadores a reducir los costes y, en consecuencia, la seguridad, para aumentar sus márgenes de beneficio. En nombre de la desreglamentación, a lo largo de los años ochenta los gobiernos de Margaret Thatcher dieron la espalda al principio de prevención y acabaron desmantelando la red nacional veterinaria. Por si fuera poco, en 1991, para ahorrar mil millones de euros y favorecer las exportaciones, se tomó otra decisión nefasta: prohibir la vacunación de los animales.

Estas dos medidas, características de la agricultura productivista, crearon las condiciones de la epizootia. Y obligaron a luchar contra su propagación —puesto que sigue estando prohibido recurrir a los avances de la medicina pasteuriana— con medios arcaicos, inspirados por la máxima de Hipócrates: «Cito, longe, tarde» («de inmediato, lejos, durante mucho tiempo»), aplicada desde la Antigüedad a todas las epidemias. Adoptadas en nombre de una «agricultura sin fronteras», estas medidas instauraron de hecho un riguroso y paradójico proteccionismo. Porque se había olvidado una evidencia: los virus tampoco saben de fronteras. En la era de la globalización, «se desplazan con una fluidez sólo comparable a la de los movimientos

de capitales».[135]

Competitividad culpable

La obsesión de la competitividad, la carrera desenfrenada por obtener ejemplares más gruesos y menos caros están también en el origen de la enfermedad de las «vacas locas». «Todas las investigaciones demuestran que existe un vínculo entre determinadas alteraciones del proceso de fabricación de las harinas animales inglesas y la aparición del prión. En 1981, los fabricantes británicos se saltaron una etapa del proceso de fabricación: redujeron la temperatura (para economizar energía) y suprimieron los disolventes (para economizar materias primas). Estas dos modificaciones impidieron la erradicación del prión y facilitaron su desarrollo».[136]

Idéntica lógica indujo a los gobiernos británicos a multiplicar las privatizaciones a partir de 1979. La venta de la red ferroviaria al sector privado se consumó en 1994. Desde entonces, los sucesivos accidentes han causado cincuenta y seis muertos y setecientos treinta heridos. Los medios de comunicación acusan a los nuevos operadores de sacrificar la seguridad para aumentar sus beneficios y complacer a sus accionistas.

¿Cambió algo en 1997, con la llegada al poder de Tony Blair y los laboristas? Nada fundamental. Su «tercera vía» socialdemócrata ha demostrado ser una simple variante. Bajo su mandato, la partida del gasto público dentro del producto interior bruto es la más baja de los últimos cuarenta años. Inglaterra ofrece los contrastes sociales más violentos de Europa. La discreta privatización de la enseñanza pública ha seguido avanzando. Al aumentar las tasas de inscripción en las universidades, Blair introdujo una selección basada en el dinero.

Por lo que respecta a la atención sanitaria, un estudio de la Organización Mundial de la Salud sitúa al Reino Unido a la cola de la Unión Europea. Las desigualdades entre los más ricos y los más pobres han aumentado. Más de cinco millones de británicos viven en una situación de pobreza absoluta. Cerca de la mitad de las mujeres asalariadas trabajan a tiempo parcial. Una cuarta parte de la población infantil vive por debajo del umbral de la pobreza. Gran Bretaña cuenta con el mayor número de niños pobres de todos los países industrializados.[137]

Promesas incumplidas

Estos nuevos miedos —en particular los relativos a la enfermedad de las vacas locas y los OGM— nacen también de una decepción, del desencanto frente a los adelantos técnicos. La utilidad del progreso científico ha dejado de resultar evidente

en la medida en que sus hallazgos han sido absorbidos por el campo económico e instrumentalizados por empresas ávidas de sacarles provecho.

La confusión entre el interés público y los intereses industriales se ha saldado a favor de estos últimos en demasiadas ocasiones. En los últimos veinte años, el auge del neoliberalismo, la adoración del mercado, la reaparición de situaciones de gran precariedad y el recrudecimiento de las desigualdades sociales han contribuido a reforzar el sentimiento de que el progreso técnico no ha cumplido su promesa de mejorar la suerte colectiva.

A nadie se le escapa que las instituciones (parlamentos, gobiernos y expertos) que debían garantizar la seguridad han incumplido su misión una y otra vez, y en particular en el caso de las vacas locas, que dejó patente su imprevisión y negligencia. Por añadidura, los poderes públicos han tomado por costumbre comprometer el destino colectivo sin consultar a los interesados, que no son otros que los ciudadanos, en detrimento del pacto democrático.[138]

Consecuencias: una tenaz suspicacia se ha adueñado de las conciencias, que sienten una creciente renuencia a delegar en estos «responsables» el poder de comprometer la suerte colectiva autorizando prácticas basadas en innovaciones científicas arriesgadas e insuficientemente contrastadas. Los aprendices de brujo del neo-cientifismo han de hacer frente a una desconfianza nueva.

Plagas silenciosas

Revelaciones espectaculares sobre cierto número de «plagas silenciosas» han venido a demostrar *a posteriori* la trágica incompetencia de las autoridades y los expertos. Nos referimos no sólo al caso de la sangre contaminada, sino también al del amianto, que en Francia causa unas diez mil muertes (de obreros) al año. O al de las infecciones nosocomiales, es decir, las contraídas durante la permanencia en un hospital, que originan otros diez mil fallecimientos por año.[139] O al de la contaminación del aire, debida en un 60% al tráfico rodado, que en Francia causa la friolera de diecisiete mil muertes prematuras todos los años.[140] O al de la dioxina, producto cancerígeno emitido por los incineradores de basuras domésticas, que provoca entre mil ochocientas y cinco mil doscientas defunciones por año.[141]

Basta con leer el informe sobre la epizootia de encefalopatía espongiforme bovina (ESB) hecho público en el Reino Unido el 26 de octubre de 2000 para comprender la desconfianza de las sociedades europeas respecto a la carne de vacuno.

Despreciando las leyes de la naturaleza[142] y los más elementales principios de precaución, se adoptaron medidas aberrantes respaldadas por «expertos». Luego, cuando se hizo evidente que la enfermedad se extendía y se propagaba a los seres humanos, se sucedieron las mentiras y los subterfugios. Como era de prever, las

dilaciones, las evasivas y los desmentidos, junto con la actitud irresponsable de las autoridades, acabaron produciendo en la población británica la sensación de haber sido engañada. Teniendo en cuenta que el comportamiento de los gobiernos del resto de Europa no fue diferente, ¿por qué no iban a manifestar idéntica desconfianza todos los ciudadanos de la Unión? Sobre todo cuando constatan, en Francia sin ir más lejos, que se autoriza la comercialización de variedades de maíz transgénico, por más que se trata de un organismo genéticamente modificado.

Y no es que los ciudadanos, legítimamente inquietos ante la prioridad concedida por los poderes públicos a los grupos económicos y los egoísmos corporativistas en detrimento del bien común y el interés general, acaricien la esperanza de una seguridad absoluta o un riesgo cero. No obstante, definir el riesgo aceptable debería incumbir a todos y no sólo a los «expertos».

El foso de las desigualdades

Sabíamos que el foso de las desigualdades se había ahondado en el curso de los dos decenios ultraliberales (1979-2001); pero ¿podíamos imaginar hasta qué punto? Porque lo cierto es que las tres personas más ricas del mundo poseen una fortuna superior a la suma de los productos interiores brutos de los cuarenta y ocho países más pobres, es decir, la cuarta parte de la totalidad de los estados del globo. En más de setenta países la renta por habitante es inferior a la de hace veinte años. A escala mundial, casi tres mil millones de personas —la mitad de la humanidad— viven con menos de dos euros al día.

La abundancia de bienes alcanza niveles sin precedentes, pero el número de quienes carecen de techo, trabajo y comida suficiente aumenta sin cesar. Cerca de un tercio de los cuatro mil quinientos millones de habitantes de los países en vías de desarrollo no dispone de agua potable. Una quinta parte de los niños no consume suficientes calorías proteínas. Y unos dos mil millones de individuos —un tercio de la humanidad— padecen anemia.

¿Es una fatalidad? En absoluto. Según las Naciones Unidas, el 4% de la riqueza acumulada por las doscientas veinticinco mayores fortunas del mundo bastaría para cubrir las necesidades básicas (alimentación, agua potable, educación y sanidad) de toda la población del globo. Subvenir a la satisfacción universal de las necesidades sanitarias y nutricionales costaría solamente trece mil millones de euros, poco más de lo que gastan anualmente los ciudadanos de Estados Unidos y la Unión Europea en… perfumes.

La Declaración Universal de los Derechos del Hombre, cuyo cincuenta aniversario celebramos en diciembre de 1998, establece lo siguiente: «Toda persona tiene derecho a un nivel de vida suficiente para garantizar su salud, su bienestar y los de su familia, especialmente en lo relativo a la alimentación, el vestido, la vivienda,

la atención sanitaria y los servicios sociales necesarios». Sin embargo, estos derechos son cada vez más inaccesibles para gran parte de la humanidad.

Geopolítica del hambre

Tomemos, por ejemplo, el derecho a la alimentación. No puede decirse que los alimentos escaseen. Los comestibles nunca han sido tan abundantes, y las disponibilidades deberían permitir que cada uno de los seis mil millones de habitantes del planeta dispusiera de al menos dos mil setecientas calorías diarias. Pero no basta con producir alimentos. También es necesario que todos los grupos humanos puedan comprarlos y consumirlos. Y, desde luego, no es el caso. Todos los años mueren de hambre treinta millones de personas. Y ochocientos millones sufren de malnutrición crónica.

Eso tampoco tiene nada de irremediable. Los estragos ocasionados por el clima suelen ser previsibles. Cuando tienen la posibilidad de intervenir, organizaciones humanitarias como Action contre lefaitn (Acción contra el hambre)[143] pueden atajar una carestía incipiente en cuestión de semanas. Sin embargo, el hambre continúa diezmando poblaciones enteras.

¿Por qué? Porque se ha convertido en un arma política. En la actualidad, no hay hambruna fortuita. Dirigentes u organizaciones sin escrúpulos, a los que el final de la guerra fría privó de una fuente de ingresos, practican una auténtica estrategia del hambre. Como escribe Sylvie Brunel: «Ya no son los pueblos enemigos, los pueblos por conquistar, los sometidos al hambre, sino las mismas poblaciones de quienes quieren captar en beneficio propio esa nueva bicoca de los conflictos que son los proyectores mediáticos y su corolario, el desencadenamiento de la compasión internacional, fuente inagotable de dinero, alimentos y tribunas públicas para exponer sus reivindicaciones».[144]

En Somalia, en Sudán, en Liberia, en Corea del Norte, en Birmania o en Afganistán, responsables gubernamentales o señores de la guerra secuestran a las poblaciones y las matan de hambre para alcanzar objetivos políticos. A veces con una crueldad inaudita, como en Sierra Leona, donde los hombres del Rebel United Front (RUF), del ex cabo Foday Sankoh, desarrollaron durante años una escalofriante campaña de terror, amputando sistemáticamente las manos a los campesinos para impedirles cultivar. En la actualidad, el papel del clima en las grandes hambrunas es marginal: es el hombre el que mata de hambre a sus semejantes.

Conocido por sus trabajos, en los que muestra que las políticas de ciertos gobernantes pueden causar el hambre de la población incluso cuando abundan los alimentos, el profesor Amartya Sen, premio Nobel de Economía en 1998, afirma lo siguiente: «Uno de los hechos más notables de la terrible historia del hambre es que nunca se ha producido una carestía grave en ningún país dotado de una forma

democrática de gobierno y de una prensa relativamente libre».[145]

Contrario a las tesis neoliberales, el profesor Sen opina que el protagonismo en la consecución del bienestar de la sociedad corresponde al Estado, no al mercado. Un Estado que sea sensible a las necesidades de todos sus ciudadanos y al mismo tiempo se sienta responsable, a escala planetaria, del desarrollo de toda la humanidad.

Terror a la enfermedad

Hace cien años, los científicos y los médicos mostraban un gran optimismo ante al radiante porvenir sanitario que auguraban los progresos de la higiene y de la revolución pasteuriana. Indiscutiblemente, el mundo ha progresado en la mejora de la salud colectiva, pero sus avances quedan oscurecidos por la existencia del más indignante de los escándalos: las gravísimas desigualdades de acceso a la atención médica. «Más de mil millones de personas —ha señalado Gro Harlem Brundtland, directora general de la OMS— entrarán en el siglo XXI sin haberse beneficiado de la revolución sanitaria; su vida es breve y está marcada por la enfermedad».[146] Por añadidura, el foso que separa a los países pobres de los ricos no deja de ahondarse por lo que respecta al acceso a los medicamentos disponibles y a la investigación de tratamientos para enfermedades inexistentes o con poca incidencia en los países desarrollados.

Entre las principales amenazas que afectarán a la salud de los seres humanos a lo largo del siglo XXI figuran las enfermedades cardiovasculares, relacionadas en gran medida con los trastornos metabólicos —hipercolesterolemia, obesidad, diabetes, etc.—, que experimentan una expansión debido a la generalización del modo de vida occidental, es decir, alimentación abundante en grasas y falta de ejercicio físico.

Pero las enfermedades infecciosas tendrán una importancia creciente y se cobrarán decenas de millones de vidas todos los años. Sobre todo en el Sur. No obstante, dado que el planeta se ha convertido en una aldea, se producirá un efecto boomerang y el retorno a los países desarrollados de las enfermedades endémicas de los países pobres.

Un tercio de las muertes que se produjeron el año pasado en todo el planeta tuvo como causa enfermedades infecciosas graves como la tuberculosis, el sida, el cólera, los trastornos diarreicos infantiles, el paludismo, etc.

El rápido incremento de la población mundial, y en particular el crecimiento de ciudades gigantescas a cuyo alrededor se ha constituido un universo de marginales, inmigrantes y excluidos, favorece la emergencia y la reemergencia de enfermedades. Por otra parte, la mundialización acelera la propagación de las infecciones.

Hoy en día las enfermedades viajan, lo mismo que las bacterias resistentes. Antaño sólo había riesgo sanitario allí donde surgía, mientras que hoy las

enfermedades se propagan con extraordinaria rapidez. Gracias a la globalización, los gérmenes viajan a la velocidad de los aviones. Gérmenes adaptados a las condiciones de vida de una población resistente pueden difundirse en el seno de poblaciones mal preparadas y altamente vulnerables. Los virus, que también circulan a velocidad de chárter y de turista, propagan el cólera, la fiebre amarilla, el dengue, la gripe… Y, desgraciadamente, el sida.

Geografía del sida

El sida figura actualmente entre las diez causas principales de mortandad en el mundo. Y en vista del crecimiento de los índices de infección por el VIH, podría llegar a situarse entre las cinco primeras causas de fallecimientos a escala planetaria.

En el mundo hay actualmente cerca de treinta y seis millones de portadores del virus del sida, VIH, de los que más de veinticuatro millones viven en África. La mayor parte morirá en los próximos diez años y deberá sumarse a los catorce millones de africanos que ha matado hasta hoy la enfermedad. A finales de 2001, alrededor de dieciocho millones de personas (adultos y niños) habían muerto de sida desde la aparición de la enfermedad. Sólo en 2001 fallecieron dos millones y medio.

Cerca del 95% de las nuevas infecciones se producen en el Tercer Mundo, entre personas que no disponen de ningún medio para atajar el desarrollo de la enfermedad, lo que hace presagiar que el número de muertes aumente en los próximos años. Se calcula que sólo en 2001 hubo cinco millones seiscientos mil nuevos infectados, de los que quinientos setenta mil eran niños menores de quince años, africanos en un 90%; lo que equivale a unas quince mil infecciones diarias.

En África oriental y austral, el 90% de las personas infectadas ignoran que lo están. En todo el mundo, alrededor de once millones y medio de niños son huérfanos del sida. El 80% de ellos vive en África. El 55% de los adultos infectados en el África subsahariana son mujeres, y la probabilidad de que una joven africana de entre quince y diecinueve años sea seropositiva es de cinco a seis veces mayor que para los chicos de la misma edad.

La curva más acentuada de infección por VIH obtenida en todo el mundo corresponde a los nuevos estados independientes de la ex Unión Soviética, que entre 1997 y 2000 vieron duplicarse su población seropositiva. En Europa del Este, el número de infectados ha aumentado en más de un tercio y ronda ya las trescientas sesenta mil personas.

En Asia, a finales de 2001, cerca de siete millones de personas eran portadoras del virus, es decir, cinco veces más que el número de fallecidos de sida en el continente hasta esas fechas. Se calcula que en China, aunque las autoridades lo ocultan, hay ya varios millones de infectados, y se ha constatado un aumento del consumo de drogas por vía intravenosa utilizando jeringuillas compartidas, lo que

hace temer una explosión del número de infectados. En contrapartida, los programas de prevención desarrollados en la India, Tailandia y Filipinas han favorecido una disminución o una frágil estabilización del número de personas portadoras del virus.

Azote planetario

El azote del sida progresa día tras día desde hace dos décadas, arruinando poco a poco las esperanzas de quienes confiaban en atajar la enfermedad tras el descubrimiento del virus asesino, el VIH.

En 1993, los expertos del Banco Mundial calculaban que el número de infectados en todo el mundo ascendería a veintiséis millones de personas en 2000; para entonces, el virus acabaría anualmente con cerca de un millón ochocientos mil enfermos. Esta previsión fue tachada de pesimista. Sin embargo, leyendo los informes de la OMS puede constatarse que, por desgracia, los expertos del Banco Mundial se quedaron cortos y que la epidemia del sida se ha extendido más rápidamente y ha causado más víctimas de lo previsto.

Todos los investigadores confirman que los países del Sur concentran la inmensa mayoría —alrededor del 95%— de las personas infectadas por el VIH. Y no cabe duda de que esta proporción aumentará, en la medida en que aumente el índice de infección en los países en los que la pobreza y la insuficiencia de los sistemas sanitarios y de los recursos destinados a la previsión y la atención favorecen la propagación del virus.

El África subsahariana y los países asiáticos en vías de desarrollo, que en conjunto representan menos del 10% del PNB, albergan al 89% de las personas seropositivas. Sólo los países del África negra concentran el 70% del total de casos o, lo que es lo mismo, veinticuatro millones de infectados.

La esperanza media de vida en el África subsahariana ha disminuido siete años a causa del sida. En los nueve países más afectados (aquéllos en los que más del 10% de la población adulta es seropositiva), la esperanza de vida ha descendido diez años. El sida ya ha acabado con más vidas que todos los conflictos y todas las guerras de los últimos diez años juntos.

La mayoría de las personas infectadas de los países del Sur morirán en los próximos diez años. Dejarán tras sí familias destrozadas. Pero, más allá de los dramas individuales y familiares, no cabe duda de que la epidemia acabará provocando profundas desestabilizaciones socioeconómicas y, también, políticas. A fecha de hoy, las perspectivas de desarrollo de ciertos países son nulas.

En algunos países de África meridional (Uganda, Zimbabue, Zambia, Botswana, Malawi…), una de cada cinco personas de entre quince y cuarenta y nueve años es portadora del VIH. En el conjunto del continente, la población afectada por la epidemia —contando los hijos y los padres a cargo de personas infectadas—

sobrepasa los ciento ochenta millones.

A medida que se extiende, el sida acapara recursos públicos y privados, desestabiliza la producción económica, agota el ahorro, agrava la pobreza y propaga la miseria. Se calcula que en Kenia, por ejemplo, la producción económica habrá descendido un 14,5% a causa de los efectos de la epidemia en 2005. Ese mismo año, Etiopía deberá dedicar el 33% de su presupuesto al tratamiento y la atención de sus enfermos de sida. Kenia, casi el 50%. Y Zimbabue, ¡más del 60%!

La peste de los pobres

Ante semejante panorama, la solidaridad internacional resulta irrisoria de puro insuficiente. En la práctica, no se da ningún paso decisivo para organizar una lucha común. Una lucha en la que el dinero y los adelantos en materia de diagnóstico y terapéutica de los países industrializados acudan en auxilio de los enfermos más desposeídos del planeta. El sueño de una globalización de la lucha contra el sida no tiene visos de convertirse en realidad. ¿Quién se movilizará en los países desarrollados para atajar una peste que afecta esencialmente a los habitantes pobres de los países del Sur?

La suma dedicada en todo el mundo a la lucha contra el sida entre 1990 y 1997 sólo aumentó de ciento sesenta y cinco a doscientos setenta y tres millones de euros, mientras que el número de infectados se multiplicó por más de tres en el mismo período, pasando de nueve millones ochocientas mil personas a treinta millones trescientas mil. Según el Programa Común de las Naciones Unidas sobre el VIH-sida (Onusida), las cantidades desbloqueadas por los organismos de ayuda al desarrollo de los países del Norte por persona infectada entre 1988 y 1997 descendieron más de un 50% en valor absoluto.

El coste de la prevención contra la extensión del sida en los países del Sur oscila entre un euro y treinta céntimos y tres euros y medio por persona y año, mientras que el tratamiento básico cuesta más de siete euros por persona y año. Y, por supuesto, el coste del tratamiento efectivo de un paciente infectado de sida es astronómicamente superior.

Según el Banco Mundial, la suma total necesaria para la prevención del sida en África fluctúa entre los mil y los dos mil millones trescientos mil euros. Sin embargo, África sólo recibe en la actualidad ciento sesenta millones de euros de ayuda oficial para la lucha contra el sida.

La acción internacional contra esta enfermedad representa menos del 1% de los presupuestos anuales de ayuda pública al desarrollo de los países ricos. El sida simboliza de forma espectacular el abismo existente entre países ricos y países pobres en el acceso a los tratamientos. Para estos últimos, el problema es triple: coste prohibitivo de cortos tratamientos; fluctuaciones en el aprovisionamiento de

medicinas, e insuficiencia de la investigación de enfermedades que sólo afectan a los países más pobres.

El coste de los tratamientos los hace inaccesibles a la inmensa mayoría de los enfermos. En Tailandia, por ejemplo, el coste mensual de una triterapia es de seiscientos setenta y cinco euros, cuando un trabajador del sector terciario gana una media de ciento veinte euros mensuales. En Kenia, el coste de las dos primeras semanas de tratamiento de una meningitis asociada al virus del sida es de ochocientos euros, mientras que el salario medio no sobrepasa los ciento treinta euros.

Porque, en la era de la globalización liberal, no todos los individuos son iguales frente al sida, como no lo son para lo demás. Los ricos y los pobres no tienen acceso a las mismas atenciones sanitarias. En su mayoría, los segundos continúan muriendo, mientras los primeros se benefician de un respiro salvador. Aunque las perspectivas de descubrir una vacuna preventiva parecen cada vez más lejanas, el contexto ha cambiado desde 1996. En algunos países del Norte, el empleo de nuevas moléculas inhibidoras de la proteasa del virus, asociadas a los inhibidores de la transcriptasa inversa, ha hecho descender la mortandad un 60% en cuatro años.

En efecto, el descubrimiento de la triterapia y la eficacia de las nuevas combinaciones de tratamientos antirretrovirales, sumados a las medidas de prevención, han permitido atajar la extensión de la enfermedad en los países desarrollados. En Europa occidental, por ejemplo, el número de nuevos casos anuales de sida aumentó de forma regular hasta 1994, año en que alcanzó los veinticinco mil; a partir de entonces, gracias a la eficacia de los nuevos tratamientos, ha ido disminuyendo progresivamente hasta situarse por debajo de los quince mil en 1997. Y el número de fallecimientos causados por el sida cayó un 80% en cuatro años gracias a la introducción de la politerapia.

En Estados Unidos, el retroceso no ha sido menos espectacular: las estadísticas sitúan la reducción del número de muertes por sida entre el primer semestre de 1996 y el de 1997 en un 40%. Todos los indicadores epidemiológicos muestran que en los países industrializados el sida lleva camino de convertirse en una enfermedad viral crónica pero raramente mortal.

Guerras y sida

Mientras el sida inicia un movimiento de reflujo en los países ricos, la marea epidémica sigue sumergiendo a los países en vías de desarrollo. Los índices de infección y de mortalidad continúan aumentando rápidamente en la mayoría de los países de Europa Oriental, Asia, y África central y austral, así como en algunos de América Latina (Perú, Venezuela, Colombia, Argentina y Chile).

Ni los países del Norte ni las empresas farmacéuticas hacen gran cosa para paliar semejante desequilibrio. «La industria farmacéutica tiene una deuda con los enfermos

del sida, y debería pagarla —declara un responsable de una organización de lucha contra el sida—. Durante quince años, los laboratorios han obtenido enormes beneficios sobre nuestras vidas; hoy, cuando la epidemia se transforma en los países del Norte y explota en los del Sur, se niegan a modificar sus estrategias y se resisten a distribuir las nuevas moléculas, que son la última esperanza de los pacientes con los que han fracasado todos los tratamientos».[147]

Kofi Annan, secretario general de la ONU, exhorta al Consejo de Seguridad, precisamente porque es el órgano encargado de mantener la paz, a convertir la lucha internacional contra el sida en una «prioridad inmediata». Para Peter Piot, director del Onusida: «Los conflictos y el VIH están tan unidos como gemelos diabólicos». Según James Wolfensohn, presidente del Banco Mundial: «Con el sida, nos enfrentamos a una guerra que debilita más que la guerra misma. Y, si toda guerra exige un fondo de guerra, el que aporta la comunidad internacional es nulo».

Todas estas declaraciones alertan sobre las consecuencias del *laisser-faire* actual. Allí donde prevalece, el sida desestabiliza las economías, engendra pobreza y favorece la guerra; y la guerra, a su vez, con sus atropellos, sus violaciones y sus desórdenes, facilita la propagación de la epidemia.

OTRO MUNDO ES POSIBLE

Desposeídos de voz y alternativas durante demasiado tiempo, cada vez son más los ciudadanos que exclaman de un extremo al otro del planeta: «¡Basta!». Basta de aceptar la globalización liberal como una fatalidad. Basta de permitir que el mercado suplante a los representantes democráticamente elegidos. Basta de ver el mundo transformado en mercancía. Basta de aguantar, de resignarse, de someterse.

Un embrión de sociedad civil internacional, que reúne a decenas de ONG, colectivos de asociaciones, sindicatos y redes de numerosos países, ha empezado a tomar cuerpo.

A lo largo de los años noventa, el fenómeno de la globalización y el laxismo de los dirigentes políticos provocaron una profunda mutación del poder. Los auténticos dueños del mundo ya no son quienes ostentan la apariencia del poder político, sino quienes controlan los mercados financieros, los grupos mediáticos planetarios, las autopistas de la información, las industrias informáticas y las tecnologías genéticas.

Bajo la supervisión de este consejo de vigilancia planetaria se ha establecido una especie de directorio mundial o gobierno real del mundo, cuyos cuatro actores principales son el FMI, el Banco Mundial, la OCDE y la OMC.

Siguiendo el ejemplo de los estados hiperindustrializados de antaño, como la Unión Soviética, grandes grupos privados explotan hoy el medio ambiente con medios desmesurados y esquilman las riquezas de la naturaleza, que son el patrimonio común de la humanidad. Y lo hacen sin escrúpulos ni freno. Exacerbando aquí y allí la crisis ecológica: multiplicando la contaminación de fuerte intensidad, acelerando el efecto invernadero, extendiendo la desertización, provocando «mareas negras», propagando nuevas pandemias (sida, virus Ebola, enfermedad de Creutzfeldt-Jakob…), etc.

Indiferentes al debate democrático e inmunes al sufragio universal, estos poderes oficiosos gobiernan de hecho el planeta y deciden soberanamente el destino de sus habitantes sin que ningún contrapoder permita corregir, enmendar o rechazar sus decisiones. Pues los contrapoderes tradicionales —parlamentos, partidos, medios de comunicación…— son o muy locales o muy cómplices. Así las cosas, quien más quien menos siente confusamente la necesidad de un contrapoder cívico mundial que actúe como contrapeso de este ejecutivo planetario.

Al retomar la bandera de la contestación internacional, los insumisos de hoy —que se han expresado en Seattle, Washington, Praga, Davos, Quebec, Genova, Barcelona y Porto Alegre— han empezado a construirlo. En cierto modo, intentan poner la primera piedra de un nuevo espacio de representación mundial, cuyo puesto central debería corresponder a la sociedad civil internacional.

Porque la mercantilización generalizada de las palabras y las cosas, de los cuerpos y las mentes, de la naturaleza y la cultura, provoca un agravamiento de las desigualdades.

Aunque la producción mundial de alimentos básicos equivale a más del 110% de las necesidades de la población del planeta, treinta millones de personas siguen muriendo de hambre anualmente y más de ochocientos millones padecen malnutrición. En 1960, el 20% de la población más rica del mundo disponía de unas rentas treinta veces superiores a las del 20% de los más pobres. Hoy, la renta de los ricos es ochenta y dos veces mayor. De los seis mil millones de habitantes del planeta, apenas quinientos millones viven con desahogo, mientras que cinco mil quinientos millones pasan necesidad. Para vestirse, alojarse, trasladarse, cuidarse y alimentarse, más de mil doscientos millones de personas, es decir, un quinto de la humanidad, disponen de menos de un euro diario.

¿Es de extrañar que la exigencia de justicia e igualdad —que atraviesa como un mar de fondo la larga historia de la humanidad— haya resurgido con fuerza en nuestra época? Tanto más cuanto que no dejan de aparecer nuevos peligros. Porque, si bien la concentración de capital y poder ya se había acelerado formidablemente durante los últimos veinte años a causa de la revolución de las tecnologías de la información, lo cierto es que las nuevas técnicas genéticas de manipulación de la vida hacen presagiar un nuevo salto adelante en este inicio de milenio.

En particular, tras anunciarse en Washington, el 26 de junio de 2000, el desciframiento casi total del genoma humano o, lo que es lo mismo, de los tres mil millones de bases, o eslabones elementales de nuestro patrimonio genético. Los investigadores se aplican ahora al estudio de las decenas de miles de genes contenidos en el ADN, que constituyen tanto la memoria biológica de nuestra especie como el fundamento de la medicina del futuro. «Cuando conozcamos sus funciones, podremos obtener nuevos medicamentos y nuevas formas de terapias génicas y celulares. Esta perspectiva revoluciona las estrategias de la industria farmacéutica y suscita polémicas éticas y comerciales. Nuevo Eldorado para los inversores “posgenónicos”, nuestros propios genes representan hoy una fuente potencial de sustanciosos beneficios para quienes los han descifrado».[148]

La explotación con fines comerciales del genoma humano y la generalización del patentado de la vida abren nuevas perspectivas de expansión al capitalismo. Ante estas nuevas amenázaseos ciudadanos, tras haber obtenido los derechos políticos y después los sociales, reclaman una nueva generación de derechos, esta vez colectivos: el derecho a una naturaleza preservada, el derecho a un entorno no contaminado, el derecho a la ciudad, el derecho a la paz, el derecho a la información, el derecho a la infancia, el derecho al desarrollo de los pueblos…

En la actualidad resulta inconcebible que la incipiente sociedad civil no esté mejor representada en las próximas grandes negociaciones internacionales en las que se discutan problemas relacionados con el medio ambiente, la salud, la prepotencia financiera, el humanitarismo, la diversidad cultural, la manipulación genética, etc.

Porque si queremos cambiar el mundo hay que empezar a pensar en construir un futuro diferente. Ya no podemos contentarnos con un planeta en el que mil millones

de personas viven en la prosperidad mientras los otros cinco mil millones sobreviven en una miseria atroz.

Esos cinco mil millones de ciudadanos están representados, cada año, en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, que es sencillamente la asamblea de las gentes del planeta. De las gentes, de los pueblos, de las sociedades civiles. Es la primera vez que, representadas por miles de asociaciones y de ONG, las gentes deciden reunirse en un lugar —Porto Alegre— para expresar públicamente cómo están sufriendo por culpa de la globalización liberal. Es la reunión de la gente que está humillada, que no tiene alojamiento, ni medicamentos, ni trabajo, ni agua potable, y que tampoco tiene el respeto de sus propios gobernantes.

En Porto Alegre se reúnen los marginados, los excluidos del planeta, los condenados de la globalización. Es un acontecimiento absolutamente innovador. Y esos marginados y excluidos están descubriendo que se pueden reunir, descubren la alegría de estar juntos, y descubren también que su reunión asombra e impresiona al mundo. Y atemoriza a los amos del mundo, a los que presentan una lista de reivindicaciones indispensables para salir del horror económico.

Pues ha llegado el momento de fundar una nueva economía, más solidaria, basada en el principio del desarrollo sostenible y que tenga al ser humano como preocupación central. Y el primer paso para conseguirlo es desarmar al poder financiero.

Durante los dos últimos decenios, el ultraliberalismo económico no ha dejado de achicar el territorio de lo político y reducir de manera preocupante el perímetro de la democracia. El desmantelamiento del poder financiero exige un gravamen significativo de las rentas del capital y, muy especialmente, de las transacciones especulativas sobre los mercados de cambio (tasa Tobin).[149] Se impone igualmente boicotear, asfixiar y suprimir los paraísos fiscales, zonas en las que impera el secreto bancario y que sirven para disimular las malversaciones y demás delitos de la criminalidad financiera.

También hay que idear una nueva distribución del trabajo y de las rentas, dentro de una economía plural en la que el mercado sólo ocupará parte del espacio, con un sector solidario y un tiempo de ocio cada vez mayor.

Establecer un sueldo base incondicional y universal, concedido a cada individuo desde que nace, independientemente de su estatuto familiar o profesional y obedeciendo al principio —revolucionario— de que todo ser humano tiene derecho a ese sueldo vital por el simple hecho de vivir, y no para vivir. La implantación de este sueldo se basa en la idea de que la capacidad productiva de una sociedad es el resultado de todo el saber científico y técnico acumulado por las generaciones precedentes. El sueldo base incondicional sería la herencia de ese acervo común y podría extenderse a toda la humanidad, puesto que hoy por hoy el producto mundial equitativamente repartido bastaría para garantizar una vida digna al conjunto de los habitantes del planeta.

Con tal fin, es necesario devolver a los países del Sur al lugar que les corresponde, poniendo fin a las políticas de ajuste estructural; anulando la mayor parte de su deuda pública; aumentando la ayuda al desarrollo y aceptando que éste no adopte el modelo del Norte, ecológicamente insostenible; promoviendo economías basadas en los propios recursos del país; fomentando el comercio justo; invirtiendo masivamente en educación, vivienda y salud; exigiendo la protección de las minorías indígenas; facilitando el acceso al agua potable de los mil quinientos millones de personas que carecen de ella; estableciendo, especialmente en el Norte, cláusulas de protección social y medioambiental sobre los productos importados que garanticen condiciones de trabajo dignas a los asalariados del Sur, así como la protección del medio natural…

A este programa para cambiar el mundo habría que añadir otras urgencias: el Tribunal Penal Internacional; la emancipación de la mujer a escala planetaria; la creación de una autoridad internacional que garantice a los ciudadanos la no contaminación con mentiras de los medios de comunicación de masas; establecer el principio de precaución en materia medioambiental y contra toda manipulación genética, etc. Utopías hasta ayer, convertidas en objetivos políticos concretos para este siglo XXI que comienza…

Referencias bibliográficas

Achkar, Gilbert, *La Nouvelle guerre froíde. Le monde aprés le Kosovo*, PUF, París, 1999.

Aguirre, Mariano, y Ramonet, Ignacio, *Rebeldes, dioses y excluidos*, Icaria, Barcelona, 1998.

Badie, Bertrand, y Smouts, Marie-Claude, *Le Retournement du monde. Sociologie de la sane Internationale*, Presses de Sciences Po y Dalloz, París, 1999.

Balencie, Jean-Marc, y De la Grange, Arnaud, *Mondes rebelles. Acteurs, conflits et violences politiques*, 2 vols., Michalon, París, 2001.

Baudrillard, Jean, *L'esprit du terrorisme*, Gahlée, París, 2002.

Bishara, Marwan, *Palestine/Israel. La paix ou l'apartheid?*, La Découverte, París, 2001.

Boniface, Pascal, *Les Guerres de demain*, Le Seuil, París, 2001.

Borón, Atilio, *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Clacso, Buenos Aires, 1999.

Chaliand, Gérard, *Les Stratégies du terrorisme*, Desclée de Brouwer, París, 1999.

Chossudovsky, Michel, *La Mondialisation de la pauvreté*, Ecosocieté, Montreal, 1998.

David, Charles-Philippe, *La Guerre et la Paix. Approches contemporaines de la sécurité et de la stratégie*, Presses de Sciences Po, París, 2000.

Engelhard, Philippe, *La Troisiéme guerre mondiale est comencée*, Arléa, París, 1997.

George, Susan, y Solf, Martin, *La Mondialisation libérale*, Grasset, París, 2002.

Goldsmith, Edward, y Mander, Herry (dirs.), *Le Princes de la mondialisation*, Fayard, París, 2001.

Gret, Martion, y Sintomer, Yves, *Porto-Alegre. L'espoir d'une autre démocratie*, La Découverte, París, 2002.

Heisbourg, Francois, *Hyperterrorisme: la nouvelle guerre*, Odile Jacob, París, 2001.

Klare, Michael T., y Lumpe, Lora, *World Security. Challenges for a New Century*, St. Martin's Press, Nueva York, 1998.

Lacoste, Yves (dir.), *Dictionnaire géopolitique des Etats*, Flammarion, París, 1994.

Lanxade, Jacques, *Quand le monde bascule*, Nil, París, 2001.

Moreau Defarges, Philippe, *Un Monde d'ingerences*, Presses de Sciences Pd, París,

1997.

Ramonet, Ignacio, *Geopolítica del caos*, *Debate*, Madrid, 1999.

—, *Marcos, La dignidad rebelde*, Cybermonde, Valencia, 2001.

Seoane, José, y Taddei, Emilio, *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre*, Clacso, Buenos Aires, 2000.

Taguieff, Pierre-André, *L'effacement de l'avenir*, Galilée, París, 2000.

Toffler, Alvin, y Tofiler, Heidi, *War and Antiwar*, Wainer Books, Nueva York, 1993. [Trad. cast.: *Las guerras del futuro*, Plaza & Janes, Barcelona, 1995.]

Virilio, Paul, *L'Insécurité du territoire*, Galilée, París, 1993.

—, *Ce qui arrive*, Galilée, París, 2002.

Walzer, Michael, *Just and Unjust Wars*, Basic Books, Nueva York, 1992. [Trad. cast.: *Guerras justas e injustas*, Paidós, Barcelona, 2001.]

Notas

[1] *International Herald Tribune*, 7 de enero de 2002. <<

[2] Con todo, cabe prever que Estados Unidos mantenga sus fuerzas en Afganistán durante mucho tiempo. A finales de diciembre de 2001, George W. Bush aseguró que las tropas estadounidenses empeñadas en las operaciones contra la red al-Qaida y su jefe Osama Bin Laden permanecerían en el país durante «un período bastante largo» y no se retirarían hasta que el jefe de operaciones, general Tom Franks, le asegurara que la misión había finalizado. «No sé cuándo nos marcharemos —declaró Bush—, pero no será antes de que hayamos cumplido nuestra misión.» (*Le Monde*, 30 de diciembre de 2001). <<

[3] La antigua secretaria de Estado del presidente Clinton, Madeleine Allbright, ha llegado a afirmar, por ejemplo, que «la cadena CNN es el decimosexto miembro del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas». <<

[4] Valor de la producción global (bienes y servicios) de un país. <<

[5] *Cf.* Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, Debate, Madrid, 1998. <<

[6] *Cf.* «Ravages des technosciences», *Maniere de voir*, n.º 38, marzo-abril 1998. <<

[7] *Cf.* Riccardo Petrella, *Économie sociale et mondialisation de l'économie*, Suco Éditeur, Montreal, 1997. <<

[8] Kris Dechouwer, «Unité et diversité de l'extréme droite européenne», *Politique*, n.º 21, en «Extreme droite en Europe», Bruselas, noviembre de 2001; *cf.* también Gilles Ivaldi (dir.), «L'extréme droite en Europe occidentale», Problémes politiques et soaaux, n.º 849, *La Documentaron francaise*, París, 22 de diciembre de 2000. <<

[9] *Le Monde*, 13 de abril de 1996. <<

[10] Ambos partidos aglutinan a individuos de sensibilidades diferentes: católicos, tradicionalistas, nostálgicos del régimen de Vichy, veteranos de la OAS partidarios de la Argelia francesa, monárquicos, racistas, neopaganos, etc. <<

[11] *Cf.* Mark Hunter, *Un Amérkain au Front. Enquite au sein du FN*, Stock, París, 1998. <<

[12] *Le Monde*, 30 de diciembre de 2001. <<

[13] Sofres, *L'État de l'opinion 1991*, Le Seuil, París, 1991. <<

[14] *Liberation*, 20 de marzo de 1998. <<

[15] *Cf.* Klaus Mann, *Le Toumant*, trad. fr. N. Roche, Solin, París, 1984, p. 329 y ss., París, 10/18,2001. <<

[16] En Francia, el gobierno de «izquierda plural» de Lionel Jospen ha promovido vanas grandes leyes que representan innegables avances sociales: el empleo joven, la semana de treinta y cinco horas, la cobertura sanitaria universal (CMU) y el subsidido personalizado de autonomía (APA). <<

[17] *Cf.* Roland Hureaux, «Les trois ages de la gauche», *Le Débat*, enero de 1999. <<

[18] *Cf.* Pierre Bordieu, «L'essence du néolibéralisme», *Le Monde diplomatique*, marzo de 1998; *cf.* igualmente, del mismo autor, «Le néolibéralisme, utopie (en voie de réalisation) d'une exploitation sans limites», en *Contre-Feux*, París, Liber-Raison d'Agir, vol. I, 1998. <<

[19] Sólo los movimientos de educación popular (Ligue de l'enseignement, Foyers Léo-Lagrange, Foyers ruraux, etc.) poseen, como los partidos, una visión global: la de educar a la ciudadanía. <<

[20] Léase *Porto Alegre (Foro Social Mundial 2002). Una asamblea de la humanidad*, Icaria, col. Más Madera, Barcelona, 2002. <<

[21] *Cf.* Alain Gresch, *Israel, Palestine. La venté sur un conflit*, Fayard, París, 2001. <<

[22] *La Repubblica*, Roma, 18 de septiembre de 2001. <<

[23] *El Mundo*, Madrid, 29 de septiembre de 2001. <<

[24] Citado por Jean-Claude Buisson en Emmanuel de Waresquiel (dir.), *Le Siècle rebelle. Dictionnaire de la contestation au xxe siècle*, París, Larousse, 1999. <<

[25] *El País*, Madrid, 10 de noviembre de 2001 <<

[26] *Le Monde*, 30 de noviembre de 2001. <<

[27] El Mundo, Madrid, 1 de jumo de 2002. <<

[28] *Le Monde*, París, 8 de junio de 2002. <<

[29] *International Herald Tribune*, 1 de diciembre de 2001. <<

[30] Centenares de sospechosos, acusados de pertenecer a la red al-Qaida y de haber luchado con los talibanes, fueron trasladados a la base estadounidense de Guantánamo, en la isla de Cuba. <<

[31] *Cf. Newsweek*, 5 de noviembre de 2001. <<

[32] Citado por *El País*, 1 de noviembre de 2001. <<

[33] *Le Monde*, 14 de diciembre de 2001. <<

[34] *El País*, Madrid, 29 de mayo de 2002. <<

[35] *Cf.* Francois Heisbourg, *Hyperterrorisme: la nouvelle guerre*, Odile Jacob, París, 2001. *Cf.* también Pascal Bomface, *Les Guerres de demain*, Le Seuil, París, 2001. <<

[36] ¿Cómo no preguntarse, después del 11 de septiembre, si es razonable continuar con la construcción del futuro avión gigante Airbus para mil pasajeros, aberración ecológica que en manos de un piloto loco constituiría evidentemente un arma demencial? <<

[37] Por lo demás, los atentados han permitido saber que ni las presas ni las centrales nucleares están construidas a prueba de aviones bomba… <<

[38] Washington comprendió enseguida la importancia del desafío e intentó replicar —en nuestra opinión, desacertadamente— prohibiendo que se mostraran los cuerpos de las víctimas, para no dar a los autores de los atentados la satisfacción de contemplar el aspecto más trágico de la vulnerabilidad estadounidense. <<

[39] Hasta tal punto que la revista Time, antes de decidirse por el alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliam, había pensado, con gran escándalo de la Norteamérica bienpensante, en nombrar a Osama Bin Laden «hombre del año 2001»… <<

[40] *Cf.* Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, *op. cit.*, y en particular el capítulo «Mesianismo mediático». <<

[41] *Le Monde*, 3 de noviembre de 2001. <<

[42] La base de Pearl Harbour, atacada el 7 de diciembre de 1941, se encuentra en Hawai, por aquel entonces una colonia de Estados Unidos. <<

[43] *Cf.* Paul-Marie de La Gorce, «Controverses a Washington», *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2001. <<

[44] *International Herald Tribune*, 21 de noviembre de 2001. <<

[45] *Ibid*., 24 de noviembre de 2001. <<

[46] *Ibid.*, 7 de enero de 2002. <<

[47] *International Herald Tribune*, 24 de noviembre de 2001. <<

[48] «El estado de derecho se detuvo un momento después del 11 de septiembre en Estados Unidos y Europa», declaró Freimut Duve, representante de la libertad de prensa en el seno de la Organización para la Segundad y la Cooperación en Europa (OSCE), *Le Monde*, 7 de noviembre de 2001; *cf.* también Patti Waldmeir y Brian Groom, «In Liberty's Name», *Financial Times*, Londres, 21 de noviembre de 2001. <<

[49] Cf, entre otros, la entrevista a Kofi Annan, *Le Figaro*, 5 de noviembre de 2001; *Financial Times*, Londres, 21 de noviembre de 2001; *El País*, Madrid, 19 de noviembre de 2001; y la entrevista a Joseph E. Stiglitz, último premio Nobel de Economía, *Le Monde*, 6 de noviembre de 2001. <<

[50] *Cf.* Ignacio Ramonet, *Geopolítica del caos*, Debate, Madrid, 1999. <<

[51] El 19 de octubre de 2000, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas condenó a Israel por «uso desproporcionado de la fuerza contra civiles inocentes y desarmados» y calificó el trato dado por el ejército de Israel a la población civil palestina de «crimen de guerra». <<

[52] Léase Ammon Kapeliouk, «Yenín, encuesta sobre un crimen de guerra», *Le Monde diplomatique* en español, mayo de 2002. <<

[53] *Cf.* Alain Joxe, «Israel entre en guerre civil», *Le Monde*, 19 de octubre de 2000. <<

[54] El PNB palestino por persona y año ha disminuido sensiblemente, pasando de 2.245 dólares en 1992 a 1.940 en 1999. En ese mismo año, el número de parados representaba el 19,7% de la población activa en Cisjordania y el 27,3% en la banda de Gaza, pero aumentaba en un tercio en caso de bloqueo de las ciudades por el ejército israelí. <<

[55] Según el sondeo Gallup publicado por el diario Maariv el 5 de noviembre de 2001, el 53% de los israelíes era favorable a la negociación de un arreglo definitivo. *Cf.* Dominique Vidal, «La cié palestinienne», en *Maniere de voir*, n.º 60, «11 septembre 2001: Ondes de choc», noviembre-diciembre de 2001. <<

[56] Haaretz, Tel-Awiv, 25 de enero de 1998. <<

[57] Resulta dramático y paradójico que Israel sea hoy el último lugar del mundo en el que se mata a judíos por el simple hecho de serlo. <<

[58] La propia televisión oficial israelí acabó por admitir la verdad histórica en 1998, cuando empezó a difundir una serie documental titulada Tékouma («Renacimiento»), que reveló al gran público la falsedad fundamental del eslogan colonial «una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra». <<

[59] Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1982. <<

[60] *Cf.* Éric Rouleau, «En Irán, islam contre islam», *Le Monde diplomatique*, junio de 1999. <<

[61] *Cf.* Alain Gresh, *Israel-Palestine. La venté sur un conflit, op. cit.* <<

[62] Elian Pappé, *The Making of the Arab-Israeli Conflict*, 1947-1951,1. B. Tauns, Nueva York, 1992. <<

[63] *Le Monde*, 9 de enero de 2001. <<

[64] *Ibid.*, 29 de diciembre de 2000. <<

[65] *Cf.* también Alain Gresh, «Proche-Orient, la paix manquee» y «La proposition israélienne sur les refugies palestmiens à Taba», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2001. <<

[66] *Jeune Afrique*, 24 de febrero de 1998. <<

[67] *Le Monde*, 16 de febrero de 1997. <<

[68] Mi., 27 de septiembre de 1996. <<

[69] En lo tocante a este conflicto, la obsesión de equilibrio, de igualdad en el tratamiento, parece haberse adueñado de los grandes medios de comunicación, cuando la norma establecida durante las guerras del Golfo, Ruanda, Somalia, Bosnia, Kosovo, Chechenia y Afganistán fue la de un maniqueísmo de lo más primario: «Sadam Hussein es Hitler»; o «Milosevic es Hitler». Tan condenable era el maniqueísmo de entonces, como irracional es ahora exigir equilibrio en una situación manifiestamente desequilibrada, en la que la superioridad militar de Israel sobre los palestinos es aplastante desde cualquier punto de vista. Cabe recordar aquí la siguiente reflexión de Jean-Luc Godard: «El debate democrático se deshonra a sí mismo cuando se concibe así: “un minuto para Hitler, un minuto para los judíos”». <<

[70] *Le Monde*, 8 de noviembre de 2000. <<

[71] *Cf.* Gilles París, «La Paliestine en miettes», *Le Monde*, 20 de octubre de 2000. <<

[72] Edward W. Said, «Israél-Palestine: jjour «rae troisiéme vie», *Le Monde diplomatique*, agosto de 1998. <<

[73] David S. Landes, *L'Europe techtucienne*, Gallimard, París, 1975, p. 214. <<

[74] *Cf.* Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación, op. cit*. <<

[75] *Business Week*, 14 de febrero de 2000. <<

[76] *Le Monde*, 12 de marzo de 2000. <<

[77] Carlos Gabetta, *La debacle de Argentina*, Icaria, Barcelona, 2002. <<

[78] *Le Monde*, 3 de enero de 2002. <<

[79] *Cf.* André Gorz, *Miséres du present, richesse de l'avenir*, Gahlée, París, 1997. <<

[80] *Cf.* François Chesnais, *La Mondialisation du capital*, nueva edición aumentada, Syros, París, 1997. <<

[81] *Liberation*, 15 de octubre de 1997. <<

[82] Para no ser acusado de favorecer la reconstitución de «monopolios naturales», el 18 de mayo de 1998 el gobierno de Estados Unidos presentó una denuncia contra la empresa Microsoft de Bill Gates por violación de la legislación antitrust. <<

[83] François Chesnais, *La Mondialisation du capital, op. cit.*, p. 251. <<

[84] *Ibid.*, p. 253. <<

[85] Louis Villermé, *Tablean de l'état physíque et moral des ouvriers…* [1840], Edhis, París, 1989. <<

[86] Citado por Jacques Droz en *Histoire genérale du socialisme*, PUF, col. «Quadrige», 1.1, p. 369, París, 1997. <<

[87] Karl Marx, *Manifiesto comunista*, Crítica, Barcelona, 1998. <<

[88] *Cf.* Claire Brisset, *Un monde qui devore ses enfants*, Liana Lévi, París, 1997. <<

[89] *Cf.* Bernard Schlemmer, *L'Enfant exploité*, Khartala, París, 1996; *cf.* también el dossier «L'Enfant exploité», page 2, n.º 2, Lausana, junio de 1996. <<

[90] *Rapport mondial sur le développement humain 1997*, Económica, París, 1997. <<

[91] *Cf.* Mahbub Ul Haq, Inge Kaul, Isabelle Grunberg, *The Tobin Tax: Coping with Financial Volatility*, Oxford University Press, Oxford, 1996. <<

[92] Para cualquier información, consultar el sitio web de este foro (www.forum-socialmundialorg. br). Léase también Porto Alegre (Foro Social Mundial). Una asamblea de la humanidad, Icaria, Barcelona, 2002. <<

[93] *Cf.* Pepa Roma, *Jaque a la globalización. Cómo crean su red los nuevos movimientos sociales y alternativos*, Grijalbo, col. Arena Abierta, Barcelona, 2001. <<

[94] *Cf.* el dossier «Comment l'OMC fut vamcue», *Le Monde diplomatique*, enero de 2000. <<

[95] *International Herald Tribune*, 2 de febrero de 2000. <<

[96] Joseph S. Nye Jr., «Take Globalization Protest Seriously», *ibid.*, 25 de noviembre de 2000. <<

[97] Citado por Jean-Paul Maréchal en *Humaniser l'économie*, Desclée de Brouwer, París, 2000, p. 22. <<

[98] *Cf.* Miguel Benasayag y Diego Sztulwark, *Du contre-pouvoir*, La Découverte, París, 2000. <<

[99] *Cf.* Bernard Cassen, «Démocratie participative á Porto Alegre», *Le Monde diplomatique*, agosto de 1998. <<

[100] *Cf.* el documento íntegro (en inglés) del acuerdo de Rambomllet en el sitio web de *Le Monde diplomatique* (www.monde-diplomatique.fr) y, más concretamente, en pp. 7-25. <<

[101] *Cf.* Richard Holbrooke, «El mayor fracaso colectivo de Occidente», Política exterior, Madrid, enero-febrero de 1998. <<

[102] *Cf.* Catherine Samary, «La resistible dislocation du puzzle yougoslave», *Le Monde diplomatique*, julio de 1998. <<

[103] Warren Zimmermann, *Origins of the Catastrophe. Yugoslavia and its Destroyers*, Times Books, Nueva York, 1996. <<

[104] Noel Malcom, *Bosnia: A Short History*, New York University Press, Nueva York, 1994. <<

[105] *International Herald Tribune*, 18 de mayo de 1999 <<

[106] *Le Figaro*, 3 de mayo de 1999. <<

[107] *Cf.* Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación, op. cit.* <<

[108] *Cf.* William Bramgin, «US Detailed Serb Terror in Kosovo», *International Herald Tribune*, 12 de mayo de 1999. <<

[109] *Cf.* Régis Debray, «Une machine de guerre», *Le Monde diplomatique*, junio de 1999. <<

[110] *Cf.* entre otros, Edgar Morin, «Le desastre», *Le Monde*, 23 de abril de 1999; Francois Maspero, «Kosovo: le crime annoncé», *Le Monde*, 24 de abril de 1999; Jean Daniel, «Le sens Observateur, 22 de abril de 1999. d'un combat», *Le Nouvel*. <<

[111] *Le Monde*, 25 de marzo de 1999. <<

[112] *Ibid.*, 19 de febrero de 1999. <<

[113] *Cf.* William Pfaff, «What Good is NATO if America Intends to go it Alone?», *International Herald Tribune*, 20 de mayo de 1999. <<

[114] *Ibid.* <<

[115] William J. Perry, «La construction d'alliances par le leadership global et la dynamique d'enlargement», (discurso del 4 de marzo de 1996), *Cahiers d'études strategiques*, n.º 20, París, primavera de 1997. <<

[116] Cajean Radvanyi, «Sale guerre en Tchétchéme», *Maniere de voir*, n.º 49, «L'Atlas 2000 des conflits», enero de 2000. <<

[117] *Le Monde*, 22 de mayo de 1999. <<

[118] Los tres motivos que enfrentaron a Roma y Cartago en los siglos III y IV a. C. <<

[119] Como es sabido, la justicia británica acabó permitiendo regresar a su país al general Pinochet por motivos de salud. <<

[120] Una Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad (FIAS), aprobada por los acuerdos de Bonn e integrada por militares de diecisiete países, desplegó inicialmente un total de tres mil quinientos hombres en Kabul y sus alrededores, con intención de desplegarse por el resto de Afganistán. <<

[121] Alain Joxe, «Le nouveau statut des alliances dans la stratégie américaine», *Cahiers d'études stratégiques*, n.º 20, primavera de 1997. <<

[122] Francia, Rusia y China son favorables por razones humanitarias al levantamiento del embargo decidido por las Naciones Unidas. Sin embargo, los otros dos miembros del Consejo de Seguridad —Estados Unidos y el Reino Unido— se oponen sistemáticamente, a pesar de que el embargo ha causado directa o indirectamente la muerte de más de un millón de civiles inocentes desde 1991. <<

[123] Jean Delumeau e Yves Lequin (dirs.), *Ley Malheun des temps*, Larousse, Paris, 1987. <<

[124] Garantizado desde 1995 por el Tratado de No Proliferación (TNP), que reconoce a los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU —China, Estados Unidos, Francia, Remo Unido y Rusia— como únicas potencias nucleares autorizadas del planeta. Cuba, la India, Israel y Pakistán son los únicos que no lo han suscrito. <<

[125] Declaración efectuada en el Institute des hautes études de la défense nationales (IHEDN) de París el 22 de octubre de 1999. <<

[126] *Cf. Transversales Science Culture*, enero-febrero de 1999. <<

[127] *Le Temps*, Ginebra, 24 de noviembre de 1999. <<

[128] *Le Monde*, 17 de junio de 1999. <<

[129] Jean-Yves Ñau, «Brevets industriéis pour matériau humain?», *Le Monde*, 22 de julio de 2000. <<

[130] *Cf. The Economist*, 1 de julio de 2000. <<

[131] Videojuego para Game Boy de Nintendo, además de dibujos animados y juego de cartas coleccionable, Pokemon y la miríada de subproductos a que ha dado origen invadieron el mundo a finales de los años noventa con la velocidad del relámpago. Acuñado a partir de la contracción de *pocket* y *monster* («monstruo de bolsillo»), el término Pokemon designa a una especie de duendes transgénicos, gnomos de la era biotecnológica, «criaturas que viven en la hierba, los arbustos, los bosques, las cuevas, los lagos…». Hay ciento cincuenta diferentes. Son seres únicos con características genéticas individualizadas. Algunos son muy escasos; otros, difíciles de atrapar. El juego consiste en apoderarse de los Pokemon. Tras capturarlos, hay que domesticarlos y entrenarlos para que lleven a cabo una mutación de especie. En adelante pueden cambiar de aspecto, metamorfosearse, en una palabra, «evolucionar» (el juego utiliza este concepto darwimano) y adquirir nuevas aptitudes, más poderes… En la era de la revolución biotecnológica, de la clonación y de la invasión de los OGM, ¿cabe sorprenderse de que esta epopeya de «mutantes buenos» fascine a los niños? <<

[132] Antonin Artaud, *El teatro y su doble*, Edhasa, Barcelona, 1997. <<

[133] Extremadamente contagiosa, la fiebre aftosa, descrita ya en el siglo XVI y cuyo virus fue identificado en 1898, no es mortal para el ganado (menos del 5% de mortandad). A lo largo de la historia, Europa ha conocido decenas de epizootias de fiebre aftosa; pero, tras varias semanas de enfermedad, los animales se reponían y la calidad de la ganadería se recuperaba. <<

[134] *Daily Mail*, Londres, 1 de marzo de 2001. <<

[135] *International Herald Tribune*, 16 de marzo de 2001. <<

[136] *Le Monde*, 13 ét marzo de 2001. <<

[137] *Ibid*., 28 de septiembre de 2000; *L'Expansion*, 5 de marzo de 2001. <<

[138] *Cf.* Olivier Godard, «De la nature del principe de précaution», en Edwin Zacca y Jean-Nóel Missa (dirs.), *Le Principe du précaution. Significations et conséquences*, Editions de l'Université de Bruxelles, Bruselas, 2000. <<

[139] Más que los accidentes de tráfico, que causaron ocho mil cuatrocientas ochenta y siete víctimas en 1999. <<

[140] Dos lacras sociales, dos drogas legales se cobran aún más víctimas en Francia: el alcohol, con cuarenta y dos mil novecientas sesenta y tres muertes, y el tabaco, con cuarenta y una mil setecientas setenta y siete (cifras de 1997). <<

[141] Entre 1975 y 1995, a medida que se multiplicaban los incineradores de basura, el número de casos de cáncer aumentó en Francia un 21% en los hombres y un 17% en las mujeres. <<

[142] Ya en 1923, una personalidad controvertida, Rudolf Steiner, inspirador de la agricultura biodinámica, advertía contra los peligros de transformar a los bóvidos en carnívoros. *Le Monde*, 6 de mayo de 1996. <<

[143] En: 4, rué Niepce, 75014 París, Francia (e-mail: ir.acf.imaginet.fr). <<

[144] Sylvie Brunel y Jean-Luc Bodin, *Géopolitique de lafaim. Quand la faim est une arme…* (informe anual de Action contre la faim), PUF, París, 1998. <<

[145] *El País*, 16 de octubre de 1998. <<

[146] *Le Monde*, 26 de noviembre de 1999. <<

[147] *Le Monde*, 2 de diciembre de 1999. <<

[148] *Le Monde*, 27 de junio de 2000. <<

[149] Éste es el objetivo de la asociación internacional Attac (Acción por una tasación de las transacciones financieras para la ayuda a los ciudadanos, attac.org). <<